

**MUY**  
**INGLES**

Una noche. Dos corazones rotos.  
La pasión de sus vidas.

**ILSA MADDEN-MILLS**

*Phoebe*

ILSA MADDEN-MILLS

# MUY INGLES

Traducción de María José Losada



*Phoeba*

Título original: *Spider*

Primera edición: octubre de 2019

Copyright © 2017 by Ilsa Madden-Mills

Published by arrangement with Bookcase Literary Agency and RF Literary Agency

© de la traducción: M<sup>a</sup> José Losada Rey, 2019

© de esta edición: 2019, Ediciones Pàmies, S. L.

C/ Mesena, 18

28033 Madrid

phoebe@phoebe.es

ISBN: 978-84-17683-43-6

BIC: FRD

Ilustración y diseño de la portada: CalderónSTUDIO

Fotografía de cubierta: Wong Sim. Modelo: Amadeo Leandro

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

## NOTA DE LA AUTORA

Esta novela es un volumen independiente basado en una historia corta —y quiero decir muy corta— que escribí en 2013. Apareció en dos antologías: *Breakaway* y *Beaus and Arrows*, que ahora no se encuentran disponibles.

Dañado, roto e increíblemente adorable, Spider lleva años habitando en mi cabeza con su acento británico.

Ahora, también es tuyo... Espero que te guste tanto como a mí.

Ilsa

ÍNDICE

NOTA DE LA AUTORA

PRIMERA PARTE

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

SEGUNDA PARTE

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

EPILOGO

DESPEDIDA

AGRADECIMIENTOS

CONTENIDO EXTRA

## PRIMERA PARTE

A MENUDO, UNO SE ENCUENTRA CON SU DESTINO  
EN EL CAMINO QUE TOMA PARA EVITARLO

# 1

ROSE

ANTES

Un destello de luz ilumina el techo de mi habitación y me despierta en medio de la oscuridad. Mi madre ha estado tocando a todo volumen durante la noche, pero es la tormenta y no la música la que me sobresalta; el estruendo agita las paredes de la pequeña casa en la que vivimos un barrio destartado a las afueras de Dallas, Texas, que es conocido como Tin Town, «Barrio Chatarra» —debido precisamente a los depósitos de chatarra, centros de reciclaje y negocios de coches usados—, un foco de pobreza y delincuencia. ¿Cómo puedo saber esto si solo tengo once años? Porque veo las noticias. A veces incluso veo mi calle en la tele cuando disparan o asaltan a alguien.

El rítmico sonido de un goteo inunda mis oídos, y veo que una pequeña gota de agua se desliza por la pared. Una gran ráfaga de viento arrancó las tejas en primavera, lo que hizo que hubiera goteras en una esquina de mi habitación. Mi madre ha dicho que va a pedirle al propietario que lo arregle, pero no lo ha hecho.

La voz profunda de un hombre flota junto con las notas de *Hotel California* hasta mí, y el corazón se me hunde en el pecho.

Cualquier idea de volver a dormir desaparece.

Conozco bien esa voz. Es el novio de mi madre, Lyle, o «pedazo de mierda», que es como le gustaba llamarlo a la abuela. Viene de vez en cuando y hace que mi madre se enfade. Se pelean como gatos y perros, se desgarran entre sí con las manos y se lanzan insultos, pero luego, bruscamente, se olvidan de todo eso y se ponen a besarse.

Desde el pasillo, parece como si estuvieran discutiendo, y me quedo rígida, el aire crepita con una energía extraña. Tal vez sea la tormenta que golpea la casa o el timbre ronco de su voz, pero está pasando algo. Escucho cacarear a mi madre como cuando está histérica, y el miedo me invade y hace que se me pongan los pelos de punta.

La abuela siempre me dijo que tengo buenos instintos, y que había heredado su capacidad de leer a las personas, y me fío de eso ahora.

Ha llegado el momento de esconderse.

Salgo de debajo de las mantas, me meto debajo de mi camita, soplando para apartar las bolas de polvo. Tengo aferrado contra mi pecho el peluche que me regaló mi abuela antes de morir.

La pelea se traslada hasta mi puerta.

Susurros.

Mi miedo crece.

—Por favor, déjame mirarla —oigo que le dice a mi madre—. No le haré daño.

—Está durmiendo. Déjala en paz —responde mi madre de forma astuta, y me la imagino pasándole las manos por el pecho como hace siempre antes de que vayan a la habitación.

Está tratando de distraerlo, de alejarlo de mí; no sé si es porque se preocupa por mí o porque está celosa. Nunca conozco sus motivos; es una de las pocas personas que no logro leer.

—Venga —le dice él con voz burlona—. Déjame ver a tu preciosa hija. Quiero ver cómo ha



crecido. —Su tono es ligero, pero en su voz hay oscuridad, una cualidad que hace que se me ponga la carne de gallina.

No quiero que entre en mi habitación.

Sé lo que buscan los hombres como él. Noto la forma en que me mira. Dice que tengo las piernas lo suficientemente largas como para bailar en la barra como una *stripper*. La abuela ya me advirtió de que algún día él también vendría a por mí.

Oigo el traqueteo de la puerta.

«¡Corre!».

Me impulso con las manos y las rodillas y salgo volando de debajo de la cama para arrastrarme hasta la ventana. En el exterior hay unas intimidantes corrientes de relámpagos, que iluminan el cielo mientras empujo el cristal hacia arriba, y me lanzo al alféizar, donde me detengo medio segundo antes de saltar. Aterrizo en un charco de lodo, y unas rayas marrones salpican mis piernas desnudas.

El viento me azota mientras corro hacia los pinos que hay detrás de la casa. De vez en cuando miro por encima del hombro, por lo que veo la luz en mi habitación antes de escuchar gritar mi nombre a mi madre. Su voz, irritada y brusca, me llega desde la ventana.

Su tono hace que me hiele por dentro.

Me escondo detrás de un tronco y me encojo temblando mientras la tormenta descarga su furia desde arriba.

Nunca vienen a por mí.

Horas después, cuando sale el sol, parpadeo para abrir los ojos. Quiero volver a casa, pero a veces Lyle se queda varios días, hasta que se cansa de mamá.

Bajo la escasa luz matutina, recorro un sendero a través del bosque hasta el supermercado que hay en la carretera principal. Mi intención es evidente: robar algo para comer. Lo he hecho antes, una bolsa de patatas fritas aquí, una tableta de chocolate allí.

Ve el contenedor de basura verde oxidado en el estacionamiento de atrás y me detengo con los sentidos en alerta al ver que un adolescente de cabello blanco y despeinado y un conocido traficante de drogas del barrio se intercambian un fajo de dinero y un paquete marrón.

No puedo apartar la vista.

El adolescente no me resulta familiar; es muy guapo, y tiene unos pómulos altos que acentúan perfectamente la nariz recta y los labios carnosos. Lleva unos vaqueros tan limpios que me dan envidia y un jersey ajustado de cuello alto que hace destacar el blanco de su cabello. Lleva el pelo tan brillante y peinado que me imagino que se pasa más tiempo arreglándose que yo duchándome y preparándome para ir al colegio. Una chaqueta de cuero de aspecto muy caro completa el atuendo. Parece una estrella de cine, por lo que es evidente que no vive en este barrio.

Debería esconderme al menos entre las hierbas más altas, ya que se trata claramente de un negocio de drogas, pero no lo hago, paralizada por lo diferente que él resulta de cualquiera que haya conocido antes, desde sus ojos atormentados hasta la forma en la que se encoge de hombros sin esfuerzo mientras habla.

Lo analizo como hago con todo, archivándolo en mi mente: guapo, arrogante, rico, problemático.

De repente, se vuelve directamente hacia mí y sus ojos oscuros se clavan en los míos. Más rápida que un rayo, me dejo caer entre la maleza con el corazón acelerado.

Los minutos pasan lentamente mientras me encojo entre la hierba empapada por la lluvia. Por fin, oigo que un coche arranca y se aleja. Me siento aliviada. El año pasado, uno de los niños de mi clase

fue testigo de un negocio de drogas y se jactó de ello en clase, contándonos cada detalle..., hasta los nombres. Como una semana después, simplemente desapareció, y nadie sabe lo que le sucedió.

Por eso espero allí inmóvil, y cuento hasta cien antes de levantarme.

He llegado a cincuenta cuando aparecen frente a mí unas zapatillas de deporte muy caras.

—Hola. ¿Estás buscando insectos ahí abajo? —dice el chico guapo, con un acento extraño.

Parpadeo mirándolo.

—No he visto nada.

Él se encoge de hombros, lo que hace que mis ojos se fijen automáticamente en su pecho. Por lo que puedo ver, es un buen torso, pero no está tan musculado como un jugador de fútbol; podría con él si tuviera que hacerlo.

—No me importa lo que hayas visto. ¿Cómo te llamas?

—No soy importante —digo secamente, desafiándolo a que me lleve la contraria.

Aprieta los labios.

—Encantado, «no-soy-importante». ¿Qué te parece que te levantes y me dejes verte?

Me pongo de pie para enfrentarme a él.

Él arquea una ceja al verme las piernas desnudas y la camiseta que uso para dormir.

Tiro del borde de la tela, esperando que me cubra el trasero. Algo que solo hace por los pelos. Debo de parecer una rata ahogada.

Aprieta más los labios mientras sus ojos castaños me estudian con atención, haciendo que retuerza las manos. Creo percibir un destello de compasión en su expresión.

—Déjame adivinar..., ¿te has escapado de casa?

Ahora soy yo la que aprieta los labios. No pienso decirle nada. Soy capaz de darle una patada a cualquiera en las pelotas y luego huir corriendo lo más rápido que pueda.

Mira a su alrededor, al aparcamiento vacío.

—Las cosas pueden ser difíciles en casa, chica, pero este no es un buen lugar para ti. Hay gente por aquí, ¿sabes a qué me refiero? Una chica podría meterse en muchos problemas.

Lo miro de reojo. ¿Piensa que soy tonta?

Por supuesto que este lugar es peligroso.

Todo mi mundo lo es.

—¿Tienes algún lugar al que ir? ¿Alguien a quien quieras que llame? —Clava los ojos en el oso de peluche que cogí antes de salir, así que me lo acerco al pecho.

—Tengo hambre —digo sin saber por qué.

Suspira pesadamente y se frota la cara; mientras se inclina hacia mí tiene una expresión pensativa. Saca del bolsillo otro fajó de dinero como el que he visto antes y coge tres billetes.

—Ten. Ve a por algo de comida, y no lo desperdicies en dulces. Come algo de carne. Estás muy flaca.

Miro el dinero con sospecha, incluso mientras lo aprieto con fuerza con el puño. Nunca había visto un billete de cien dólares, así que tener tres juntos es surrealista. Es suficiente para comprarme dulces durante meses.

—¿Qué quieres de mí? —Sé lo que sucede cuando los hombres dan dinero a las mujeres. Siempre quieren algo a cambio.

Frunce el ceño de nuevo y mete las manos en los bolsillos.

—Nada. Solo quiero que comas algo, y si las cosas se ponen difíciles en casa, llama a la policía, ¿vale?

—La policía no es buena. Simplemente me llevarán a una casa de acogida, y podría ser una todavía

peor que la mía. —Le lanzo una mirada para que no piense que soy idiota.

—Yo también me escapé un par de veces, chica. He pasado por eso.

—Sí..., ¿y? —Me encojo de hombros.

Se ríe de mí y lo miro, fascinada una vez más. Cuanto más habla con ese acento extraño, más quiero seguir mirándolo. Estudio el anillo de calavera que lleva en el dedo, el tatuaje que se asoma bajo por el cuello del jersey. Parece un hombre malo, pero no lo es, a pesar de que esté en el aparcamiento del supermercado.

El corazón siempre lo sabe, por lo menos el mío.

—¿Cuántos años tienes?

Me sonrío con un destello de dientes blancos.

—Dieciséis.

—Yo tengo once. —Le lanzo una mirada de reojo—. ¿Te tiñes el pelo de ese color? Es muy blanco. Al principio he pensado que eras albino, pero el color de tus ojos no encaja, y tampoco tienes la piel tan pálida.

Echa la cabeza hacia atrás y se ríe... Como si fuera intocable..., como si fuera el dueño del mundo.

Noto una sensación extraña en el estómago.

Se pone serio.

—Tienes que comer algo.

Me encojo de hombros. Que me haya acostado con hambre no ayuda.

—¿Por qué me miras? —le pregunto después de que me estudie durante unos segundos.

Niega con la cabeza, como si se sintiera perplejo.

—No lo sé. Me intrigas y estoy aburrido.

Le señalo el bulto que tiene en el bolsillo.

—Ya tienes tu dosis. ¿Por qué sigues por aquí?

Se rasca la cabeza, prestándome más atención.

—Dame el brazo —dice un par de segundos más tarde mientras se acerca a mí.

Me estremezco, un viejo hábito, y me alejo un paso de él.

—No.

Levanta las manos de manera tranquilizadora y luego saca un bolígrafo del bolsillo de la cazadora.

—No voy a hacerte daño... Solo voy a apuntarte mi número, por si acaso te metes en líos, ¿vale?

Asiento, mirándolo con cautela mientras se acerca, me coge el brazo y escribe los números en mi antebrazo:

«555-481-9066».

—Es el número de mi celular.

—Se llama móvil, y si alguna vez tengo uno, te llamaré —respondo fríamente, tratando de parecer mayor de lo que soy—. Aunque podría pasar algún tiempo. No soy rica, ¿sabes?

Sus labios se curvan de nuevo y niega con la cabeza.

—Me recuerdas a alguien.

Inclino la cabeza hacia un lado.

—¿A quien?

—A nadie importante. —Hace una pausa, con expresión de tristeza—. A mí.

Sonrío.

—Estarás bien, ¿verdad? ¿Me llamarás si necesitas ayuda?

—Sí.

Asiente y se aleja de mí andando hacia atrás, como si quisiera mirarme todo el tiempo. Pero no lo hace de una forma extraña y lasciva como la que tiene Lyle cuando me mira; no, es más bien como si no supiera en qué categoría meterme.

Lo entiendo. Yo también pongo a todo el mundo en una categoría. Tengo instinto para eso.

Lyle, mal.

Abuelita, bien.

Mi madre, ¿quién demonios sabe?

El chico guapo es uno de los buenos. Quizá él piense que yo también lo soy.

Un cálido rubor me invade la cara.

—¿De dónde eres?! —grito cuando aumenta la distancia entre nosotros. No quiero que se vaya.

—Del otro lado del estanque —responde con un gesto alegre mientras camina hacia un *jeep* negro con las ruedas tan brillantes y nuevas que brillan bajo el sol. Me lanza una última mirada y se mete en el vehículo; la música rap suena a su paso mientras sale del estacionamiento.

Lo echo de menos de inmediato.

Después de devorar una bolsa de pollo frito y dos tabletas de chocolate, recorro el sendero de vuelta a casa, sin dejar de pensar en él. Me ha dado dinero y no quería nada a cambio.

¿Quién iba a imaginar que existía gente así?

Llego a la hilera de árboles y veo que la ventana sigue levantada, las cortinas se mueven sin control con el viento suave. Al avanzar hacia la parte de delante, veo que Lyle ya se ha ido. Abro la puerta con facilidad y entro en el estudio. La habitación huele a cigarrillos y comida rancia. Observo que la mesita del salón está volcada, el jarrón roto y el suelo cubierto de botellas de cerveza.

Ya me he encontrado con esto antes.

No pasa nada.

Ella está bien.

Encuentro a mi madre detrás del sofá, con la cabeza torcida en un ángulo extraño, mirándome con los ojos en blanco, recordándome a un pez muerto del mercado.

Da miedo.

Se me acelera la respiración y me acerco con rapidez.

—¿Mamá? —Me apoyo en el reposabrazos del sofá—. ¿Mamá?

Me acerco a ella, le toco la mano y noto su piel fría.

Dejo caer la bolsa de comida y grito tan fuerte como puedo.

Hasta que noto la garganta irritada.

Hasta que las lágrimas resbalan por mis mejillas.

Hasta que la policía entra por la puerta.

Y luego, nada encaja hasta que el destino entra de puntillas y me pone en el camino correcto.

Hasta que lo vuelva a ver...

## 2

SPIDER

SEIS AÑOS DESPUÉS

«Seré gilipollas...».

No solo estoy empecinado, sino que estoy peleando a lo grande con una tía lo suficientemente mayor como para ser mi *nanny*.

La elegante agente de la puerta se cruza de brazos. Está harta de mí. La mayoría de las mujeres llegan a ese punto tarde o temprano.

—Señor, no puede subir con la guitarra. Tendrá que facturarla.

—¿No puedes hacer una excepción conmigo, por favor, Betty? —ruego, mirándole la etiqueta y exagerando el acento inglés. Por lo general, mi tono más seco acostumbra a sacarme de situaciones difíciles, en especial con la parte femenina de la población, pero me estoy dando contra una pared de ladrillos desde el momento en que me he acercado a su escritorio. Quizá sean mis tatuajes, mi chupa de cuero o la camiseta de malla sin mangas. No parezco exactamente un buen tío.

Sus ojos pequeños y brillantes se deslizan sobre mi cuerpo, deteniéndose en la artística viuda negra que llevo tatuada en el cuello, para seguir subiendo hasta mi pelo. Me lo toco tímidamente. Este mes lo llevo azul cobalto, con el tupé engominado y levantado en plan mohicano y los lados afeitados casi al cero. La próxima semana quizá lo lleve blanco. No importa el color, las chicas se vuelven locas con eso.

Salvo Betty.

—Lo siento, pero ya lleva una bolsa de mano y un artículo personal. Eso es todo lo que está permitido en el avión. Son las reglas, y son extremadamente claras. —Señala un letrero que cuelga en la pared a mi lado, donde se explican las normas para volar con Delta. Es la segunda vez que me lo señala, y como el obstinado gilipollas que soy, me niego a mirar.

—Pero es que es mi verdadero amor. —Doy una palmada a la caja.

—Es una guitarra —me recuerda secamente.

Levanto la funda sobre el mostrador y abro los broches metálicos, para dejar a la vista el instrumento amarillo y azul.

—Es una Gibson Les Paul, atrevida pero liviana al mismo tiempo. Está hecha de arce con incrustaciones de palo de rosa; la mejor que el dinero puede comprar, y su valor asciende a más de cinco mil dólares. Pagué yo mismo por esta preciosidad. Mi querido viejo ni siquiera me ayudó. —Le muestro una pequeña franja horizontal al final del diapasón en el mástil de la guitarra—. ¿Ves esto aquí? Esa es la tuerca del bajo, y controla la colocación de la cuerda. Está hecha en hueso. No sé qué tipo de hueso es, pero me gusta pensar que de león o tigre. Por supuesto, no los abatieron para hacer la guitarra, pero sus huesos fueron donados después de morir en una majestuosa batalla en la naturaleza. ¿No te parece adecuado? —Sonrío. «Venga, Betty, déjanos subir al avión», le ruego con los ojos.

Pero Betty se eriza ante mí, frunce aquellas cejas gruesas y espesas detrás de las pequeñas gafas de presbicia. Sus labios se afinan mientras estudia mi hermosa obra de arte.

—Por favor, señor, retire ese artículo de mi escritorio.

Me inclino sobre el mostrador, con los ojos muy abiertos, lanzándole una mirada con «efecto Spider», o, dicho con otras palabras, la observo entre mis largas pestañas negras a medio cerrar. La gente me dice que es una mirada devastadora para los órganos reproductores femeninos, y me pregunto si tiene alguna disfunción anatómica, porque no parece perturbada por mi atractivo, ni siquiera cuando me muerdo el labio.

—Helene, ese es su nombre. Helene y yo llevamos juntos desde que tenía catorce años.

—Me alegro mucho. —Ya está mirando por encima de mi hombro a la persona que hay detrás de mí.

—Mi novia me dejó cuando estaba aquí en Nueva York —continúo, ahora mintiendo de forma flagrante, aunque lo cierto es que no es difícil fingir sentirse deprimido con una resaca brutal—. Siempre ha sido de moral relajada. Una vez se acostó con mi primo; después de eso, las reuniones familiares son muy extrañas. —Suspiro—. Hemos venido aquí para, ya sabes..., intentar resolver las cosas, y luego ella lo conoció...

—Mire, señor...

—Por favor, llámeme Spider.

Vuelve a arquear las cejas, que ahora suben un poco más, y sus ojos caen en el tatuaje de la viuda negra que llevo en el cuello.

—Eh..., señor Spider, lamento lo de su novia. Suena fatal, pero...

—¿Alguna vez te han engañado, Betty?

Ella asiente, aunque de mala gana.

Agito las manos delante de ella.

—Entonces sabes lo que es el desamor. Dios, no sabes la forma en que me la ha jugado.

—¿Con su primo otra vez?

Asiento mientras me seco los ojos con una servilleta de papel que me guardé anoche en el bolsillo, cuando estaba en el club. Miro a Betty, observando que se balancea sobre los pies al tiempo que busca sinceridad en mí.

—Además, mi perro también murió la semana pasada. —Hice un último esfuerzo, hundiéndome hasta un nivel completamente nuevo para mí. La cuestión es que voy a ver a mi padre, y solo de pensar en tenerlo delante me da ganas de vomitar. En cuanto vea mi aspecto, sabrá la verdad.

Necesito ayuda.

Pero también... joderlo un poco.

—¿Qué tipo de perro era? —pregunta Betty, sorprendiéndome.

«¿Qué tipo de perro?».

¡Mierda! Me quedo paralizado, pero no se me ocurre ni una sola raza de perro. «Piensa en un puto chuchó! No es tan difícil». ¿Cómo se llamaba ese collie que rodó tantas películas en los años 70? ¡Ay, Dios, mi cabeza! Las resacas son asquerosas...

—Dile «yorkie» —me sisea una voz femenina al oído, desde atrás. Las palabras me provocan un hormigueo por la columna vertebral cuando la mujer que las dice me respira contra el cuello—. Son una monada, y pequeños. Son de los que le gustarán. Además, te agradecería muchísimo que aligeraras para que yo pueda subir a mi avión. Llevas bloqueando la cola un montón de tiempo. Es muy grosero por tu parte.

Echo de menos la calidez de la chica cuando ella da un paso atrás. Me siento rechazado.

—Collie —le digo a Betty, que espera mi respuesta—. Como Lassie, la perra de las películas.

—A mí me gustan más los yorkies —murmura Betty mientras aporrea el ordenador.

—Te lo he dicho —dice la voz de la chica detrás de mí.

La ignoro y dejo nuestro último CD en el mostrador, que firmo con rapidez con un rotulador permanente que llevo en la mochila.

—Algún día seré famoso, así que te lo regalo. No te lo doy para que te encargues de Helene..., sino porque eres una mujer hermosa, Betty, y todas las mujeres hermosas merecen tener una sorpresita al día. —Curvo los labios, sonriente—. Pero si puedes encontrar la forma de que lleve la guitarra en la cabina, sería genial. Quizá te escriba una canción: «Betty» suena muy bien.

Vaya... , aparece un hoyuelo en cada una de sus mejillas mientras coge el CD y me lanza una mirada considerablemente más cálida.

—Tenemos una zona en primera clase que generalmente reservamos para abrigos y demás. Quizá allí haya sitio. Espere, que miro...

Dos segundos después está llamando a alguien para comprobar que tienen un lugar para mi guitarra.

Huelo la victoria.

Noto un suave empujón en la espalda.

—¿Qué coño...? —Me giro y veo una almohada grande en los brazos de la chica que me ha susurrado al oído. Arqueo la ceja y la cojo.

Labios rojo rubí.

Un vestido negro ajustado.

Y un par de Converse rojas de caña alta.

¡Joder! Me muerdo el labio, y esta vez no lo hago de coña. La chica de la almohada me enciende como un árbol de Navidad.

Casi me esperaba que fuera una anciana reseca con hábito de monja, pero no es vieja, sino más o menos de mi edad, veintidós años. Es muy guapa, pero de esa forma que hace que todo el mundo la mire dos veces, quizá tres veces, pero yo estoy con chicas hermosas todo el tiempo, en todas partes.

Me devuelve la mirada con los ojos muy abiertos, los baja por mi tatuaje hasta que caen para estudiar mis hombros, mis caderas y mis piernas. Sonríe de oreja a oreja porque sé que estoy estupendo. Mis rasgos son casi perfectos, mis hombros musculosos y mis piernas largas tienen muy buen aspecto embutidas en unos vaqueros de marca.

—Lo siento, te he empujado sin querer —dice arqueando las cejas.

No sé por qué, pero no creo que lo sienta en lo más mínimo. Pienso que está tratando de llamar mi atención.

Sonríe.

—¿Alguna vez has pensado en probar con una almohada para el cuello en lugar de con esa tan grande? —Señalo con la cabeza aquel accesorio grande y esponjoso—. Son pequeñas, más manejables en un viaje. Incluso puedes comprar una en el aeropuerto.

Los labios, carnosos y perfectos, se aprietan hasta formar una línea.

—Me gusta esta.

Me quedo parado cuando un *déjà vu* se apodera de mí. Hay algo en su cara...

Inclino la cabeza a un lado.

—¿Nos conocemos?

Niega con la cabeza, pero no parece segura.

Entrecierro los ojos.

—¿Estás segura de que no nos hemos visto antes?

—No —dice secamente—. Aunque vi la actuación de tu grupo anoche en Greenwich Village.

¡Ah...!, en un bar junto a la universidad de Nueva York. Había sido una actuación en la que agotamos las entradas, y no salimos de allí hasta las tres de la mañana.

Asiento con la cabeza.

—Vaya vergüenza..., no me acuerdo de ti.

Se encoge de hombros.

—No me sorprende. Estabas rodeado de chicas.

—¿No podemos conocernos mejor en el avión? —pregunto, arqueando una ceja en su dirección de forma inquisitiva.

Parpadea como si la hubiera puesto nerviosa, y eso me hace sonreír.

—No eres mi tipo.

—Qué putada... —murmuro—, porque tú sí eres el mío.

Le brillan los ojos.

Betty cuelga el teléfono.

—¡Buenas noticias! Puede subir la guitarra. Hay una azafata a bordo llamada Heidi que le estará esperando en la puerta.

«¡Por fin...!».

Sonrío de oreja a oreja cuando Betty escanea mi billete, y con un saludo burlón a la nena, avanzo dispuesto a abordar el avión, mientras pienso en que voy a ver a mi padre por primera vez en seis meses. Me ha convocado en su casa en Highland Park, a las afueras de Dallas, donde está comenzando una vida nueva. Quiere que conozca a su nueva esposa, y allí podremos fingir que somos una gran familia feliz.

O lo que sea...

Si quiero su dinero, tengo que jugar según sus reglas.

Me acerco al avión y me detengo en la entrada, donde una azafata saluda a los pasajeros.

—¿Heidi? —pregunto, curvando los labios al estudiar a la pelirroja con curvas que lleva la típica falda azul marino y zapatos de tacón.

Me devuelve la sonrisa.

—Debes de ser el dueño de la guitarra.

—En efecto.

—Excelente. —Se ríe—. Voy a guardarla en el armario de primera clase. Puedes cogerla antes de salir, cuando aterricemos. —Su sonrisa se hace más grande—. Adoro tu acento. ¿Tienes un grupo?

Asiento con la cabeza.

—Sí. Vital Rejects. ¿Has oído hablar de nosotros?

Pone los ojos en blanco.

—Ya, por ahora no somos nadie.

Se pasa un mechón de pelo por encima del hombro.

—Pasaré a verte con bastante frecuencia —añade con una sonrisa—. Por si necesitas una manta o una almohada...

—¡Dios mío!, ¿nunca dejas de ligar? Por favor, muévete. Estás bloqueando el camino a todo el mundo —se queja una voz molesta a mi espalda.

La chica de la almohada.

¡Joder!, está en todas partes.

La miro divertido mientras pasa junto a mí, rozándome la entrepierna con el trasero mientras



resopla antes de continuar por el pasillo.

Su culo en forma de corazón se balancea de un lado para otro lado bajo el vestido negro. Debe de medir cerca de metro ochenta, y eso que ni siquiera lleva zapatos de tacón. Tiene unas piernas largas, torneadas y muy bronceadas.

Alguien se tropieza conmigo mientras la estoy mirando, y doy un paso atrás entre los asientos para darles más espacio a los pasajeros que entran al avión.

—¿Te gustaría conocer al piloto? —me pregunta Heidi con una sonrisa coqueta.

—Delta es mi aerolínea favorita —aseguro.

Se ríe y me presenta al piloto; termino dándoles a los dos una copia del CD del grupo y una breve explicación sobre nuestra música. Les firmo los discos a ambos, y antes de darme cuenta, otros dos asistentes de vuelo entran en la cabina, para obtener una copia. Les sonrío, acostumbrado a ser el centro de atención.

Una chica me mete su tarjeta en el bolsillo trasero de los vaqueros con una caricia. La miro sonriente al tiempo que arqueo las cejas. Ella y Heidi intercambian algunos susurros, y es obvio que le está advirtiéndole a su compañera de que me ha visto antes.

Me río entre dientes.

Sebastian Tate, el cantante del grupo y mi mejor amigo desde la primaria en Highland Park, siempre bromea diciendo que tengo algo que atrae a la gente. Su teoría es que se trata del acento, pero sobre todo es mi rollo, como si todo el mundo estuviera cómodo con mi actitud. Soy el compañero que todos quieren tener. ¡Joder!, si soy el tipo que se ofrece como voluntario para hacer concursos de beber cerveza (y los paga), y luego regresa con una caja de tequila y un coche lleno de mujeres hermosas...

Mi mantra es vivir rápido y no recoger corazones.

No tengo miedo.

Después de todo, no tengo nada que perder, y menos cuando ya lo he perdido todo en la vida.

Aparto a un lado esos pensamientos oscuros, echando la culpa de su aparición a mi cabeza palpitante. Las resacas son lo peor. Solo necesito un golpe de pura y blanca felicidad para llegar al límite.

Después de besar las mejillas de las azafatas, voy a mi sitio y veo que la persona que ocupará el asiento de al lado ya ha llegado.

¿Adivináis quién es?

Me parece tan guapa como antes.

Me detengo en seco y la miro; me sorprende ver el libro que está leyendo en su Kindle: *100 reglas infalibles para que un hombre se enamore de ti*.

Sonrío.

¿Esta chica está tratando de ligarse a un tío?

«Oh, sí».

Este vuelo no va a ser tan aburrido como esperaba, después de todo.

¿Conoces el viejo refrán que aconseja convertir limones en limonada? Pues la chica de la almohada es mi limón, y voy a convertirla en la bebida más dulce de la historia.

### 3

ROSE

Recorro el pasillo hasta el asiento de la ventana que me han asignado. Diez, quizá quince centímetros me separan de la muerte.

Sí, soy dura, pero ir en avión me da miedo.

Los aviones son básicamente maltratados ataúdes de hojalata que viajan un millón de kilómetros por hora. Si los combinamos con una pequeña tormenta eléctrica, como la que nos envuelve en este momento, me convierto en una histérica. Las gotas de sudor me perlan la frente cuando imagino mi cuerpo destrozado en el suelo en medio de un montón de escombros en llamas.

Me tiemblan las manos mientras abro la mochila para sacar mi preciada copia en papel de *Jane Eyre*, el Kindle —pues nunca se tienen demasiados libros— y un jersey. Me estoy congelando en el avión, y no estoy segura de si es por los nervios o si hace frío de verdad. Decido que se trata de los nervios al estudiar de forma furtiva a los demás pasajeros y notar que parecen estar a gusto.

Estremeciéndome, me acomodo en el asiento e intento leer el ridículo libro que me ha descargado en el Kindle mi prima Marge, una neoyorquina de veintitantos años con la que me he alojado mientras visitaba la universidad de Nueva York durante las vacaciones de primavera del instituto. Mantuvimos algunas animadas charlas nocturnas, y cuando le mencioné lo colada que estoy por Trenton, un chico de Highland Park, se autoimpuso la misión de llenarme el lector digital de libros de autoayuda y consejos prácticos sobre cómo conseguir conquistar al hombre de mis sueños.

Es una tontería, y lo sé.

Pero es difícil decirle a Marge que no.

Olvidando el libro, apoyo la cabeza hacia atrás, contra el reposacabezas del asiento. Estoy cansada después de haber salido de juerga con ella, a pesar de que permanecí sentada en una esquina al fondo del bar y me dediqué durante la mayor parte de la noche a observar a todo el mundo. Me sentía muy nerviosa, ya que solo tengo diecisiete años y usé un carnet de identidad falso que Marge me proporcionó. Cumpliré dieciocho años en septiembre, dentro de unos cinco meses.

Vuelvo a pensar en el chico guapo de la puerta de embarque.

Desde el momento en que lo vi por primera vez, cuando tocaba anoche, noté algo en él que... me llamó la atención.

Era como si lo conociera, pero no sabía de qué.

Mis ojos lo siguieron durante todo el concierto; me fijé en la forma en la que se paseaba por el escenario como si no tuviera miedo, la forma en la que hacía girar su cuerpo delgado y musculoso, moviéndose al ritmo de aquella música ruidosa y sugerente. En un momento dado, me excusé con Marge para ir al baño y lo seguí al exterior durante el descanso, donde lo observé desde la puerta mientras él fumaba un cigarrillo, apoyando la cabeza contra la fachada de ladrillo del edificio al tiempo que expulsaba el humo al aire. No se había percatado de mi presencia, por supuesto. Había muchas chicas a su alrededor compitiendo por su atención. En pocas palabras, estaba fuera de mi alcance.

«Olvídate de él».

Es lo mejor.

Lo que debería estar haciendo es concentrarme en convencer a mi madre adoptiva, Anne, para que me permita asistir a la universidad de Nueva York en otoño.

Como si la hubiera invocado, me vibra el móvil y recibo un mensaje de texto de ella.

*«¿Marge se ha portado bien?»*

*«Cuando tenía tu edad hizo muchas locuras».*

Viniendo de Anne, esto significa en realidad que considera a Marge un poco putilla. De hecho, me ha sorprendido mucho que accediera a dejarme visitarla, y atribuyo su aceptación al *shock* que le ha supuesto enterarse de que está embarazada y el posterior y apresurado matrimonio que celebró después. Está bien. Mi reprimida madre adoptiva tuvo una noche loca de sexo y se quedó embarazada por sorpresa a los cuarenta y cinco años.

Escribo la respuesta.

*«Ha estado genial. Muy hospitalaria. Su apartamento está muy cerca de la universidad de Nueva York».*

Su respuesta es rápida y precisa, y me la imagino escribiendo las palabras con furia. Odia cualquier mención a la universidad de Nueva York, y cada vez que sugiero que quiero asistir allí, se cierra en banda.

*«Sé que la universidad de Nueva York te parece inigualable, pero la universidad de Winston es más pequeña y está aquí, en la ciudad. Además, ya te han aceptado. Es demasiado tarde para pedir plaza en Nueva York. Solo faltan unas semanas para que te gradúes en el instituto.»*

*Con cariño.*

*Anne».*

Solo Anne envía mensajes de texto como si fueran una carta, con oraciones completas y la puntuación correcta.

Suspiro mientras paso los dedos por la pantalla del teléfono. No quiero ir a Winston. Es una universidad muy elitista, ubicada a solo diez minutos de Highland Park; es como el instituto al que asisto ahora, solo que con alumnos más mayores. También es donde estudió Anne. Es decir, estoy agradecida de que me esté proporcionando esta educación, pero me gustaría poder opinar sobre el asunto.

Tiene la impresión de que este viaje solo ha sido una visita rápida para ver a su prima y disfrutar de las vacaciones de primavera. No sabe que solicité plaza hace meses, sin decirle nada, en la universidad de Nueva York y que hace poco recibí la carta de aceptación. Ahora me falta convencerla.

Anne es una famosa filántropa de Dallas, a la que conocí después de llevar dos años de un hogar a

otro por culpa del sistema de acogida. Aquel día se sentó conmigo en la oficina del departamento de servicios sociales y se puso a admirar el color de mi pelo —una mezcla entre rojo y castaño—, y me felicitó por mi piel perfecta. La calé de inmediato; era una mujer rica que buscaba un accesorio, y me aproveché de ello para sacar ventaja, así que le hablé de mis notas en los exámenes, superiores a la media, y mis sueños de doctorarme en psicología algún día.

Y funcionó. Cuando me acogió y me adoptó, me dio un cambio de imagen completo: un nuevo corte de pelo en capas con un tutorial sobre cómo peinarlo, ropa más conservadora y un curso sobre modales y etiqueta. ¿Quieres saber en cualquier situación dónde debes poner un vaso de agua? Pues solo tienes que preguntarme... Y es aproximadamente a tres centímetros de la punta del cuchillo. Ella me moldeó para adaptarme a como consideraba que debía ser la chica perfecta.

Suspiro al sentirme culpable por haber ido a ese bar en Nueva York... Incluso por querer asistir a la universidad de Nueva York. Anne me ha dado tanto que no debería querer alejarme de ella, pero no puedo respirar en Highland Park. Allí hay siempre invitados famosos, como antiguos presidentes, celebridades de la música *country* y peces gordos de Texas, y yo no soy de ese mundo.

Antes de que tengamos que poner los móviles en modo avión, me llega otro mensaje de texto, esta vez de Trenton.

Noto cientos de mariposas en el estómago cuando lo leo.

*«Se acerca la última fiesta Spring Fling. ¿Quieres ir?».*

Las fiestas Spring Fling son celebraciones secretas organizadas por los chicos más populares del instituto Claremont, y esta se celebra el primer fin de semana de mayo. Por lo general, transcurre en un destino que solo se revela en el último momento posible. Si no recibes la invitación, eres un don nadie, que es lo que soy yo. Realmente me da igual ir, pero Trenton es popular y atractivo, y estaría loca si le dijera que no.

Le respondo afirmativamente, y luego bloqueo rápidamente el móvil antes de soltarle algo más atrevido. Llevamos coqueteando bastante tiempo...

Bueno, da igual; pensaré en ello más tarde.

Al levantar la vista, veo a Spider —sí, sé su nombre por la actuación de anoche en el bar— acercándose por el pasillo como un dios griego. Usa unos vaqueros de marca con agujeros en las rodillas, botas de motero y una cazadora de cuero gris; va disfrazado como si el suyo fuera un rollo de chico malo.

Muy peligroso

El típico mojabragas.

No voy a mentir, tiene el tipo de cara que te deja sin aliento y te hace detenerte en seco. Solo mirarlo de frente me hace sonrojarme. No es de una belleza clásica como Trenton, que tiene la barbilla cuadrada y los hombros musculosos, pero las mejillas hundidas, los pómulos afilados, la mandíbula prominente y las gruesas pestañas negras que rodean los ojos de Spider captan la atención de cualquiera.

Se detiene justo al lado de mi asiento y apoya los musculosos antebrazos en el compartimento superior. Está delgado, pero es fibroso, con músculos bien definidos, y posee una altura superior al metro noventa. Se me corta la respiración cuando sus ojos se encuentran con los míos. Me mira y no aparto la vista. Sus iris, cálidos y de color miel, son como charcos de luz solar brillando a través de un vaso de whisky. Podría emborracharme en ellos.

¡Oh...! Espera...

¿Se va a sentar aquí? ¿A mi lado?

«Dios Santo...».

Estoy paralizada.

«Sé fuerte, Rose».

Meto el Kindle en el bolsillo del asiento.

Él sonríe, recorriéndome con los ojos de pies a cabeza, y hago una mueca al darme cuenta de que es probable que haya visto lo que estaba leyendo.

—¡Genial —dice—. Me voy a sentar al lado de la chica de la almohada.

Ignorando el sobrenombre, me encojo de hombros.

—Y yo voy a hacerlo junto al chico que miente a las ancianitas con respecto a que su novia lo ha dejado, y no nos olvidemos de la reciente muerte de su pobre collie. —Y me seco los ojos con la servilleta, lo que fue un gran toque de efecto.

No sé por qué estoy tan irritada con él.

«Sí que lo sabes...».

Suelto el aire con un suspiro.

Vale, lo sé.

Me gustaría que me recordara del bar. Desearía que se sintiera tan fascinado por mí como yo por él. La noche pasada después de su actuación incluso llegué a soñar con él, y esta mañana, cuando me he despertado, ha sido lo primero en lo que he pensado. Es extraño...

¿Qué tiene él que me atraiga tanto? No lo sé.

Le veo apretar los labios.

—Siempre consigo todo lo que quiero. Y eso que hoy no estoy exactamente en mi mejor momento...

—Apuesto algo a que nunca has tenido un perro. —Sonrío para suavizar las palabras mientras estudio su perfil, dibujando las líneas de una cara que es desgarradoramente perfecta. Es difícil estar irritada con alguien tan condenadamente guapo.

Se ríe mientras se desliza hacia su sitio y se sienta.

—Sí que he tenido perro, pero era un enorme mastín llamado Fideos. Mi hermana y yo solíamos montarlo como si fuera un pony, y a él le encantaba. —Se abrocha el cinturón de seguridad, y me encuentro observando cómo mueve esos largos dedos, notando lo elegantes que son. Los recuerdo tocando la guitarra la noche pasada. Y no puedo evitar imaginarlos en mi piel mientras me empiezo a calentar por debajo del ombligo.

«Contrólate, Rose. Es muy mayor para ti...».

—No estoy segura de que pueda creerme algo de lo que dices después de las mentiras que te he oído contarle a Betty —digo.

Se encoge de hombros.

—Es verdad verdadera. La parte mala es que mi padre lo vendió junto con el resto de nuestra herencia cuando nos mudamos a Estados Unidos. A menudo me pregunto qué fue de Fideos.

«¿Herencia? Debe de ser rico».

—¿Qué te ha traído a Estados Unidos? ¿La música? —Siento curiosidad por saber qué lo impulsa.

Ve algo debajo de la expresión de controlada despreocupación que acostumbra a mostrar, y lo miro con intensidad, tratando de captar algún cambio en sus emociones. Suelta un suspiro mientras se da golpecitos nerviosos con los dedos en los muslos.

—Mi padre quería largarse de Londres, como si fuera un nuevo comienzo para nosotros.

Interesante.

Tengo ganas de preguntarle por qué un nuevo comienzo, pero el sentido común me dice que es algo demasiado personal.

—Fideos es un nombre muy chulo. ¿Hay una historia detrás?

Una rápida sonrisa ilumina su rostro.

—Cuando era un cachorro, nunca pedía las sobras. Mi padre lo llevó a una escuela de entrenamiento de cachorros para que supiera cómo comportarse, pero si la cocinera hacía alguna vez salsa boloñesa con espaguetis, se olvidaba de todo lo que había aprendido. Sin avisar se ponía a ladrar hasta que le pusieras unos cuantos fideos en su tazón. —Echa la cabeza hacia atrás y se ríe—. En ese momento, le cambiamos el nombre y empezamos a llamarlo Fideos. Es mucho mejor que Bertram, ¿verdad? —Me recorre con la mirada mientras la diversión suaviza las duras líneas de su rostro.

Ningún hombre tiene derecho a ser tan condenadamente sexy.

Trago saliva, sintiéndome demasiado joven y totalmente fuera de mi elemento.

—Sí. Sin duda.

Mi vocabulario, que por lo general es bastante amplio, parece haber desaparecido.

—¿Tienes mascotas? —pregunta clavando los ojos en mi cara—. Apuesto a que eres más de gatos.

—¿Por qué piensas eso?

Sonríe.

—Eres un poco arisca, que es una actitud muy gatuna.

«Oh, Dios...». La forma en la que dice la palabra «gatuna», como si le gustara, me hace sentir un aleteo en el estómago.

—Adoro a todos los animales, pero en este momento vivo en el campus. Los dormitorios de los estudiantes son algo nuevo para mí. Los he conocido cuando Anne se casó y se fue un mes de luna de miel. Yo insistí en que estaría bien en su casa, en Highland Park, hasta que regresaran, pero se empeñó en que me mudara a una residencia donde hubiera un poco de supervisión. Como Anne está en el consejo escolar, la administración aceptó permitir que me mudara hasta la graduación.

—Oh, una universitaria.

Miento, o al menos no lo corrijo. Asiento con la cabeza y me aclaro la garganta mientras cambio de tema.

—El grupo estuvo increíble anoche.

—Gracias. ¿Cuál fue tu canción favorita?

Me encantó toda la música que tocaron, pero algunas canciones destacaron sobre otras, en especial una balada lenta llamada *Albatros*, en la que Spider cantaba y tocaba la guitarra.

—La del chico perdido en el mar y completamente solo. —Me quedo callada, sintiéndome cohibida al pensar en el tema de la canción y cómo me he sentido identificada con él—. Está basada en el poema *La balada del viejo marinero*, ¿verdad?

Él asiente con la cabeza. Luego me estudia, pensativo, con la cabeza inclinada a un lado.

—No todo el mundo se da cuenta.

Me encojo de hombros.

—Me encantan la literatura y la música. La canción... trataba de llevar cargas alrededor del cuello, ¿la has escrito tú?

Me mira parpadeando.

—Sí. Eres muy intuitiva. —Se queda callado, y sé que he tocado su fibra sensible. Está claro que no quiere profundizar demasiado—. Mira... —Se aclara la garganta—. Siento haber sido tan pesado antes..., con Betty y con la azafata.

Me encojo de hombros

—Y yo siento haber sido tan gruñona. Volar me pone nerviosa.

—Entonces, ¿por qué no empezamos de nuevo?

Asiento de forma entusiasta, lo que he hecho varias veces ya desde que se ha sentado a mi lado, y él sonrío a pesar de la expresión seria que mostraba su rostro antes.

—Ya que estamos hablando de música, ¿qué te ha parecido mi solo de guitarra en la canción *Superhero*? ¿Te gustó el abrigo de visón? Era falso, por cierto. Nunca usaría pieles de verdad.

Me enciendo al recordar algunos vislumbres de su paquete —de lo que está muy bien dotado, por cierto— cubierto tan solo por un *slip* mínimo con estampado de leopardo mientras se pavoneaba por el escenario con un largo abrigo de piel, un atuendo que se puso solo para esa canción. Solo alguien con mucha confianza en sí mismo podría haber usado ese conjunto.

—Si tu objetivo era que las mujeres te arrojaran las bragas, funcionó.

Sonríe con timidez.

—Es difícil resistirse a mí, pero nunca se sabe. Además, me gusta conocer opiniones serias.

Pongo los ojos en blanco ante ese comentario difícil de ignorar, y él se ríe. Se quita la chaqueta y estira las largas piernas, lo que hace que su aroma flote en mi dirección —esencia de cedro mezclada con el olor a cuero— y me maree un poco.

Estamos sentados muy cerca, y aunque sé que no debería, lo estoy mirando fijamente. Es muy diferente a todo el mundo, con esos tatuajes y el cabello azul. Lo miro de reojo una y otra vez mientras tomo notas mentales. Estudio la palabra «LOST» —«perdido» en inglés— que lleva tatuada en los nudillos de la mano izquierda.

—¿Cómo te llamas? —me pregunta un poco más tarde mientras apoya la cabeza hacia atrás, en el reposacabezas.

—Primrose, pero todos me llaman Rose.

—Inspirador. Me gusta Rose... Es anticuado, pero resulta bonito. —Cuando sonrío, su sonrisa va directa a mi corazón... Es diabólica, encantadora y tierna a la vez. Me desarma por completo mientras sus ojos se mueven de forma perezosa por mi rostro hasta que su mirada aterriza en mi boca y ya no se mueve.

El corazón me da un vuelco, y trago saliva.

Estoy segura de algo: si un chico te mira fijamente a la boca, quiere decir que desea besarte o que tienes los dientes muy feos.

Gracias a Anne, los míos son perfectos.

Pero antes de que pueda formular una respuesta a su comentario, me quedo paralizada, porque el avión comienza su recorrer la pista para despegar.

## 4

SPIDER

Recorremos la pista y levantamos el vuelo. La presión me hace explotar los oídos. Lanzo un vistazo a Rose y veo que está agarrada a los reposabrazos del asiento, con la cara más pálida según nos elevamos en altura.

—¿Estás bien? —pregunto con suavidad, frunciendo el ceño ante la pérdida de color de sus mejillas.

Ella tiembla de pies a cabeza, y noto que su garganta se mueve cuando traga.

—Odio volar, y también las tormentas. Además, estar sentada junto a la ventana me mareo.

¡Joder! Si lo hubiera sabido, me habría cambiado con ella antes.

—Puedes ir en mi sitio cuando podamos quitarnos el cinturón.

Niega con la cabeza.

—No pasa nada, ya me he acostumbrado... Solo tengo frío.

Odio que tenga frío. Cuando alcanzamos la altitud de crucero y podemos soltarnos los cinturones de seguridad, le hago una seña a la azafata más cercana y le pido una manta.

Es Heidi quien la trae, y se la entrego a Rose.

—Gracias. —Cuando la coge, nuestras manos se tocan un instante.

—A esa azafata le gustas —comenta ella, observando a Heidi mientras se aleja—. No te ha quitado los ojos de encima desde que subiste a bordo.

—No es ella a la que quiero gustar —murmuro. Soy bastante brusco y voy al grano, pero siempre digo lo que pienso. ¿Para qué perder el tiempo?

Deseo a Rose...

La observo para evaluar su reacción.

—Ah... —Se ruboriza mientras se entretiene tratando de conseguir que la manta le cubra las piernas y el torso. Pero sé de inmediato que no va a conseguirlo: es demasiado corta.

—Espera, tengo una idea. —Me inclino para sacar mi cazadora de debajo del asiento de delante, y se la pongo sobre el pecho. Me inclino sobre ella para arroparla, enganchándosela en su hombro, mientras la cubro.

Ella sonrío suavemente y me lo agradece, haciéndome sonrojar, lo que es muy extraño en mí.

Me aclaro la garganta.

—Aunque tengo que advertirte... Esta es mi chupa favorita. No suelo dejársela a las chicas, así que eres bastante especial. No la babeas si te duermes, ¿vale?

Se muerde el labio inferior, el que no puedo dejar de mirar.

—Imagina que la babeo; ¿eso significaría que puedo quedarme con ella?

—Depende.

—¿De qué depende? —pregunta ella en voz baja.

—De lo que estés dispuesta a hacer para conseguirla.

Otro silencio llena el aire entre nosotros mientras nos miramos, pero no es extraño ni incómodo.



Me hace sentir calor y electricidad a la vez.

Es ella quien rompe la tensión riéndose.

—No pienso hacer nada que no quiera, así que supongo que puedes quedarte con ella.

Me río.

Maldita sea. No me lo va a poner fácil.

Me siento un poco nervioso por su culpa, así que miro el Kindle que ha guardado en el bolsillo del asiento. Con toda la charla anterior y su miedo a volar, casi me he olvidado de eso. Muevo la cabeza para señalar su Kindle y me aclaro la garganta.

—He visto lo que estabas leyendo. Si quieres aprender a conseguir que un hombre se enamore de ti, puedo ofrecerte algunos consejos.

Inclina la cabeza a un lado.

—¿De verdad? Espero que eso no me lleve usar braguitas con estampado de leopardo y abrigos de visión.

—*Touché.*

Sonríe, pareciendo muy complacida, y me dan ganas de besarla.

—¿A quién quieres conquistar leyendo eso?

Se pone rígida.

—A nadie.

—No me lo creo —chasqueo la lengua—, siempre hay alguien.

Suspira.

—Bueno, quizá haya un chico, pero ha sido mi prima Marge la que me ha regalado este libro.

—Y ese chico ¿no está interesado en ti?

—Le gustan muchas chicas, las más populares, y yo no lo soy.

Rose se merece un buen tío. No sé cómo sé esto, pero lo sé.

—Tal vez deberías apostar fuerte para conseguirlo.

—Yo no apuesto.

—Oh, una chica de las mías. —Estudio su piel impecable, observando la forma en que sus pestañas revolotean sobre sus mejillas. Tiene el pelo largo y se lo ha recogido en una especie de moño del que se le han soltado algunos mechones que le envuelven el rostro, y me imagino cómo estaría con él cayendo sobre los hombros, rozándole las tetas desnudas...

Recoloca la manta y su aroma me inunda las fosas nasales; es una mezcla de miel y vainilla que resulta tóxica, y me río presa de un extraño nerviosismo, mientras lucho contra el impulso de apretar la nariz contra su cuello e inhalar.

«Para el carro, Spider...».

Se aclara la garganta.

—Si quiero algo, voy a por ello.

—Quizá deberías concentrarte en otra persona. —«Como en mí, el chico que se ha sentado a tu lado en el avión y que quiere follar contigo».

Ella se encoge de hombros.

—Es posible, pero está muy bueno.

La ira me retuerce las entrañas. Estoy celoso. ¿Por qué...? Es una gilipollez...

—¿Está tan bueno como yo? —Doblo el brazo, para sacar músculo ante ella.

Ella medio resopla.

—Eres encantador, no te lo puedo negar. No es de extrañar que la pobre Betty se haya enamorado de ti.

—A ver, en serio... ¿Cómo es él?

Quiero saberlo, necesito saberlo.

Me mira, y nota que hablo en serio. Su mirada se detiene en mis tatuajes.

—Es... diferente a ti, más conservador. —Mueve las manos en el aire—. Hace varios deportes. Tú tocas la guitarra.

—Ah... —Al menos ahora sé cuál es su tipo—. ¿Y crees que ese libro te ayudará? —pregunto.

—No lo he puesto en práctica.

—Entonces ensaya conmigo. Usa algunas de las artimañas que describan en el libro. Déjame ser tu conejillo de Indias, y te diré si funciona.

Abre los ojos como platos. ¿Sabéis ese precioso color verde que adquiere el mar después de que se desate una tormenta? Pues ese es el color de sus ojos. Me echo más hacia delante, más cerca de ella, observando el dorado que se junta alrededor de las partes internas de sus iris mientras le rozo con el dedo el labio inferior.

—¿Cómo se consigue que un chico se vuelva loco por ti, Rose? —murmuro con ternura—. Dímelo...

Se pone roja mientras se muerde el labio inferior, justo donde yo lo he tocado. Saca la lengua para lamer ese punto. Sin embargo, parece encontrar el equilibrio necesario aclarándose la garganta, y se inclina hacia mí.

—Siendo provocativa —dice de forma conspiradora—. Eso es lo que acabo de leer. Suena bastante tonto, ¿verdad?

Tengo la polla dura como el acero solo con mirarle los labios mientras dice la palabra «provocativa».

—En absoluto —musito con voz ronca—. Enséñame cómo te pones provocativa.

Niega moviendo la cabeza.

—Ni siquiera te conozco.

—Eso hace que sea aún mejor. Nunca nos volveremos a ver.

—Te vas a reír de mí.

Sonrío.

—A que no hay huevos...

Gimiendo, me mira fijamente durante un momento, luego estira la mano y se suelta el moño en el que tiene recogido el pelo, haciendo que forme una cascada de cabello largo y castaño alrededor de su rostro. Los mechones, espesos y ondulados, de todos los diferentes colores del otoño, se enroscan sobre sus hombros, haciéndome que quiera coger uno para enroscármelo en el dedo. La imagino en la cama, con el pelo extendido sobre la almohada...

Me trago el nudo que se me ha formado en la garganta.

—Muy bien —digo mientras huelo un mechón—. Huele a vainilla. Personalmente no es mi aroma favorito —miento—, pero funciona.

—Eres demasiado...

—Pero no es suficiente, ni de lejos. ¿Que más armas tienes? Úsalas todas conmigo...

—Vale, ¿qué te parece esto? —Saca un collar de plata de dentro del vestido y acaricia la cadena al tiempo que se pasa el pelo por encima del hombro, lanzándome simultáneamente una mirada sugerente con los párpados entornados. Me inmoviliza en el asiento con sus largas pestañas y luego se muerde el labio inferior. Suena un poco tonto, pero estoy excitado.

—Mmm, no está mal —comento, fingiendo desinterés.

Yergue los hombros.

—¿De verdad? Es decir, no sé hacer nada más...

Y resulta jodidamente sexy.

—¿Te importa si le echo un vistazo al libro?

Ella me lo entrega y yo hojeo un par de páginas, revisando una lista de tareas.

*«1. Resumiéndolo en una palabra: láser. Elimina todo el vello de tu cuerpo, incluidas las piernas, las axilas y las partes del sur. A ningún hombre le gusta ver pelo a menos que sea un troglodita.*

*2. ¿Sabes lo que más odian los hombres? Las tetas pequeñas. Hazte unos implantes o renuncia a encontrar a un chico...».*

Ya no puedo leer más.

—Resulta fascinante que la gente gane dinero con esta tontería —digo secamente.

—Créeme, soy demasiado inteligente para hacer caso de lo que pone. —Niega con la cabeza con tristeza—. Ahora me avergüenza que pienses que soy tan estúpida como para ponerlo en práctica.

Me aclaro la garganta, leo dramáticamente unos pasajes en voz alta. Ella se ríe e intenta hacer que me calle, pero no lo consigue. Los demás pasajeros se han dado cuenta y me están mirando.

Finalmente, con cara de vergüenza, me da un golpe en el brazo y me quita el Kindle de la mano.

—¡Para de una vez! Nadie del avión quiere oír hablar sobre un implante de senos.

—Oh..., pero yo sí. —Se me ocurre una idea—. Bésame, Rose.

—¿Qué? —Me mira parpadeando.

—Bésame. Te voy a enseñar cómo pescar a tu chico, y lo primero que debes saber es cómo usar esa preciosa boca.

—¿Por qué?

—Te voy a contar un pequeño secreto —le digo—. Para conseguir a un chico, principalmente se trata de lo que no dices. ¿Sigues todos sus movimientos con los ojos? Cuando andáis juntos, ¿están sincronizados vuestros pasos? Cuando entras en una habitación, ¿sus ojos van directamente hacia ti, incluso cuando tiene otras mujeres hermosas a su alrededor? Si la respuesta es «no» todo eso, entonces estás jodida. No se puede cambiar la química, y depilarte o ponerte tetas falsas no va a cambiar eso. Es solo... La atracción es magia, y no puedes encontrarla en un libro.

Parece encontrar fascinantes mis palabras.

—¿Qué te hace ser un experto en amor?

Paso de su pregunta, ni la considero.

—Y tus labios... Son perfectos. Esa pequeña hendidura que tienes en el inferior es puro sexo, pero si no sabes cómo usarla correctamente... —Se me apaga la voz.

—Vale, está bien...

Arqueo una ceja.

—¿Eso es un sí? —¿Va a permitir que la bese?

Asiente con la cabeza y, antes de que pueda terminar el gesto, la cojo por el collar, acerco su rostro al mío y la beso.

Y esto es lo más extraño; hace mucho tiempo que no beso a una chica en los labios, pero lo hago como si me estuviera muriendo de hambre.

Sus labios se abren al momento debajo de los míos, como si hubiera estado esperando esto también. Sabe a cerezas maduras al sol, y profundizo más, explorándola. Después de unos segundos de

inseguridad, ella me devuelve el beso, su lengua busca la mía y se enreda con ella. Es suave, pero ardiente como el infierno. Encierro su rostro entre las manos y gimo mientras dibujo su boca con besos suaves como aleteos de plumas; luego hago que mis dientes le muerdan ligeramente el labio inferior antes de alejarme.

—Spider —dice bajito mientras su pecho se eleva con rapidez.

No recuerdo haber tenido nunca la polla tan dura, y lo único que quiero hacer es besarla de nuevo.

Se acerca a mí, sus tetas se aprietan contra mi torso. Deslizo la mano hacia su cuello y le rozo la suave piel de la zona, acariciándola mientras me imagino mis labios chupándole la garganta. Me imagino mi lengua jugando con sus pezones.

¡Joder! La deseo.

—Te deseo —verbalizo con la voz cargada de lujuria.

—Bésame otra vez —dice mientras la miro a los ojos.

¡Joder! Hay algo en ella...

Una turbulencia sacude el avión de repente, y varios pasajeros jadean y se ponen a gritar.

Me olvido de besarla cuando el miedo inunda su rostro y la veo aferrarse al asiento una vez más.

—¿Esto es normal?

—Son solo turbulencias. Es posible que el piloto haga subir más el avión para evitarlas —le digo mientras continúa el movimiento.

¡Piiii! Se enciende la luz para que nos pongamos los cinturones de seguridad.

—Nos vamos a estrellar, ¿verdad? —dice cerrando los ojos, en voz alta y aguda—. Nos vamos a morir.

—Eh... —Le cojo la mano, y entrelazamos nuestros dedos. Quiero consolarla—. Todo va a ir bien, te lo prometo.

Mira nuestras manos con sorpresa justo cuando otro bandazo hace que un pasajero se tropiece en su camino de regreso del baño.

Ella se pone verde mientras se inclina hacia mi pecho. Le envuelvo los hombros con los brazos.

—No pasa nada, Rose.

Cuando me asusto, se me seca la garganta, así que se me ocurre buscar a una azafata para que le traiga un poco de agua. Sin embargo, han desaparecido todas, probablemente están sentadas, abrochándose los cinturones. Me desabrocho el mío, a pesar de que se supone que no debo hacerlo, y me levanto para sacar una botella de agua de mi mochila, sujetándome al techo para no caerme. Una vez que la encuentro, me siento rápidamente y se la ofrezco.

—Miles de aviones despegan y aterrizan todos los días —digo mientras abre la botella.

—Eres músico, no ingeniero aeroespacial. —Sigue con la voz un poco aguda. Lo entiendo, está aterrorizada.

Yo tengo mis propios problemas; uno es que no dejo que la gente se acerque a mí.

—A mí tampoco me gusta volar, pero lo oculto muy bien. —Le cojo la mano de nuevo, entrelazando nuestros dedos.

Ella me mira.

—¿De verdad?

Asiento con la cabeza.

—¿Sabes de qué más tengo miedo? Siempre descorro las cortinas del baño en todos los hoteles en los que me alojo. Estoy convencido de que habrá una psicópata con cuchillo parecida a Dolly Parton esperándome. Tal vez sean las tetas gigantes, o la peluca, pero hay algo en ella que me asusta. Además, me dan miedo las cucarachas con alas. Sé que soy un hombre, pero ¿qué pasa si trato de matar al

insecto, fallo, y luego vuelve con todos sus amigos por la noche, se me meten por la oreja y llegan a mi cerebro?

Ella sonríe, mirándome.

—Tienes una imaginación ilimitada.

—No me hagas empezar con los zombis. Es decir, ¿qué demonios pasa con los americanos y las pelis de miedo? ¿No saben ya que algún día los científicos conseguirán resucitar a las personas? ¿Y luego qué vamos a hacer? ¿Enviar esos esqueletos andantes a Marte?

—Me encanta *The walking dead* —murmura.

—Así que te encanta los zombis, simplemente perfecto.

—Si nos estrellamos, podemos volver a la Tierra convertidos en zombis.

—Mientras estemos juntos, lo que tú quieras, cariño. —Arqueo una ceja y veo que un lento sonrojo le inunda el cuello y le sube por la cara.

Algo cambia entre nosotros, volviéndose más tierno e íntimo, incluso más que el beso. Y me hace sentir jodidamente bien.

Me relajo por primera vez en lo que me parecen semanas de estar en la carretera para dar conciertos, apoyo la cabeza contra el asiento y la miro, analizando sus rasgos y tratando de descubrir cuál me gusta más.

Tienen que ser los labios.

O los reflejos rojos de su pelo.

No, definitivamente es la forma en la que me mira directamente a los ojos con la barbilla ligeramente hacia abajo, como si no supiera qué pensar de mí.

—Ya no hay turbulencias —dice con los ojos brillantes mientras se acomoda en su asiento mirando a su alrededor, el resto de la cabina.

Asiento con la cabeza.

—Se han detenido hace unos minutos, mientras estábamos hablando.

—Gracias por distraerme —Mira el tatuaje de la viuda negra que tengo en el cuello—. Tienes que decirme cómo es que te llaman Spider.

Su pregunta hace que mis pensamientos tomen una dirección completamente diferente, hacia la oscuridad, pero los empuja a un lado y me concentro en un recuerdo feliz.

—Es el nombre que me puso mi hermana gemela. Lo creas o no, mi color natural de pelo es casi negro, y cuando era un niño, era muy delgado, con las piernas y los brazos largos. Además, me encantaba escalar por todas partes. Buscaba sitios en los que esconderme para saltar sobre ella. Una vez me senté en el estante superior del armario de su habitación y esperé durante dos horas que ella llegara a casa después de una cita para saltar. Ella abrió la puerta y... ¡bum!, caí justo a sus pies. — Recuerdo la cara enfadada de Cate y cómo me echó de su habitación—. Me dijo que parecía una araña. A la mañana siguiente, me llamó Spider para cabrearme, pero me gustó, y se me quedó. —Me detengo, mirando nuestras manos unidas—. Murió cuando teníamos trece años.

Se le cambia la cara.

—¡Dios mío!, lo siento mucho. ¿Qué le pasó?

—No es algo de lo que me guste hablar.

Asiente con una expresión muy seria.

—No debería haber preguntado. Lo siento.

Asiento y miro hacia otro lado. No existe forma de que pueda decirle la verdad, de que soy la razón por la que mi hermana no está entre nosotros.

Después de hablar sobre películas y libros durante casi dos horas, Rose se queda dormida cuando llevamos unas tres horas de vuelo. Me decepciona no tener su atención, pero sé que está cansada porque casi no ha dormido la noche pasada y el miedo a volar la agota. En cuanto a mí, me siento más ansioso cuanto más nos acercamos a Dallas y a mi padre. Necesito un subidón de algo..., de cualquier cosa.

Heidi pasa ante nosotros varias veces, devorándome con los ojos como si fuera su última comida. La ignoro por completo, salvo para pedirle un trago doble de tequila. Es como las chicas que conozco en las actuaciones: coqueta y dispuesta para cualquier cosa. Me follo a muchas de ellas. Es lo que hago.

Pero Rose... es diferente.

Heidi regresa con mi copa y luego se inclina hacia mi oreja.

—¿Quieres que nos veamos en el baño que hay en la parte trasera del avión? —me susurra al oído—. Entrás tú primero, y yo te seguiré.

Mi instinto dice que no, que no lo haga, pero mi cerebro... necesita silenciarlo.

Se endereza y me mira moviendo las pestañas.

—¿Dentro de cinco minutos?

Clavo los ojos en Rose y vacilo un segundo, pero luego me vuelvo hacia Heidi y asiento brevemente con la cabeza.

Quince minutos después, me siento caliente por el alcohol, pero todavía no me he levantado de mi asiento.

Heidi pasa junto a mí otra vez y me lanza una mirada insistente. «Fóllame, por favor», dicen sus ojos.

No la deseo, en realidad no lo hago. Quiero el olvido que me brinda el orgasmo, sí, pero eso es diferente.

Quiero quedarme aquí con Rose.

Y ese es un error jodidamente grande.

Regla número uno: no involucres a tu corazón.

¿Para qué molestarse cuando la gente siempre se va, de todos modos?

Y con ese pensamiento en mente, me desabrocho el cinturón de seguridad y voy hacia la parte de atrás.

Me meto en el estrecho baño con olor a antiséptico y abro la cara del cráneo de mi anillo plateado, dejando a la vista el polvo blanco que guardo en su interior. Subo la mano hasta la nariz e inhalo, haciendo que el subidón me inunde por completo.

Sí.

Eso es.

Mezclado con el tequila... es fabuloso.

Escucho el golpe en la puerta y la abro. Heidi se desliza al interior, oliendo como una perfumería de un centro comercial y no a miel y vainilla. No permito que nuestros ojos se encuentren ni la beso en la boca.

Pero algo no me parece correcto.

Debe de sentir mi vacilación, porque me desabrocha los vaqueros de forma apresurada al tiempo que me susurra dónde poner los brazos y las piernas para maximizar el espacio. Solo nos lleva seis minutos, como máximo, que ambos nos corramos a una altura de treinta mil pies. El clímax me llena el vacío por unos momentos, me hace olvidar que hay una chica preciosa sentada en el asiento al lado del mío y a la que por un momento casi permito entrar en mi interior.

Termino y salgo del baño. Heidi sigue dentro.  
No recordaré su nombre. Nunca quiero hacerlo.

## 5

ROSE

La asistente de vuelo pasa ante mí mirándome con expresión burlona, regodeándose, lo que hace que quiera arrancarle todo el pelo de la cabeza. Cierro las manos sobre los reposabrazos.

¿Cómo ha podido estar con ella después de besarme?

Puede ser que esté equivocada.

Quizá solo ha ido a hablar.

«Sí, claro, Rose. No seas idiota».

Una imagen de él con ella inunda mi cabeza mientras la ira se agita en mis entrañas.

—¡Buenos días, dormilona! —me grita Spider de forma exuberante mientras se hunde en su asiento y se abrocha el cinturón—. Parece que estamos a punto de aterrizar. —Percibo que está sonrojado mientras hace tamborilear los dedos sobre las rodillas erráticamente—. Te has perdido al tipo del 13B: roncaba tan fuerte que pensaba que iba a tener que meterle un calcetín en la boca. Una locura...

—Ajá...

—¿Estás bien? —me pregunta, lanzándome una mirada antes de bajar la vista.

Estrecho los ojos, estudiándolo.

—¿Y tú?

Sus ojos se clavan en los míos.

—Estoy bien. Más que bien... Estoy feliz y preparado para enfrentarme a Dallas.

No sé lo que eso significa, y no pregunto. Estoy demasiado cabreada como para que me importe lo que tiene que hacer en Dallas. Espero no volver a verlo nunca más.

—¿Cómo ha estado Heidi? —le digo, manteniendo en mi rostro una expresión cuidadosamente inexpresiva a pesar de que quiero golpearlo.

Él palidece y abre la boca para decir algo, pero luego aprieta los labios y baja la vista hacia sus manos. Con el dedo índice traza las líneas de su tatuaje de «LOST».

—¿De verdad te la has tirado? —Esperaba equivocarme.

Asiente. La decepción es como un golpe en el pecho, me duele más de lo que debería por culpa de un chico al que acabo de conocer.

—Eres gilipollas.

Él traga saliva.

—Lo sé —dice con rapidez—, pero entre nosotros no iba a pasar nada. Eres demasiado buena para mí y, obviamente, no volveremos a vernos. Créeme, si nos hubiéramos enrollado, no te habría llamado al día siguiente ni te habría pedido una cita. Yo no hago eso, nunca.

—No es necesario que me des explicaciones. No estoy celosa —explico—, aunque siento pena por ti.

Le tiendo su cazadora. Se la pone lentamente, mientras sigue estudiándome, y aunque me niego a mirarlo, todo mi cuerpo siente la intensidad de su mirada, como si estuviera analizándome bajo la lente de un microscopio.



—Rose, mira, no ha significado nada. El sexo nunca significa nada para mí.

—Me alegro de saber que eres como una puta. —Levanto los puños.

¿Por qué he dejado que me afecte así?

«Porque te gusta».

De reojo, le veo frotarse la cara, pasándose las manos por la sombra oscura que le cubre el rostro.

—Ni siquiera la he besado, nunca las beso. —No me dice las palabras de frente, sino que más bien parece hablar con el respaldo del asiento de delante.

Lo ignoro mientras miro por la ventanilla.

El avión comienza el descenso. Normalmente estaría aferrada al asiento, con el corazón en la garganta, pero me siento demasiado cabreada.

—Siempre lo jodo todo —murmura.

En cuanto nos detenemos en la pista de aterrizaje, él se levanta tan pronto como lo permiten y se dirige a Heidi, que le entrega la guitarra y un trozo de papel.

Probablemente le ha escrito en él su número de teléfono.

Lo siento por ella, pero no la va a llamar.

Spider me lanza una mirada por encima del hombro, y lo taladro con los ojos, incluso a pesar de que tengo la garganta seca.

Me siento estúpida.

Soy una ingenua.

Ya en la salida, se da la vuelta una vez más, y sus ojos se encuentran con los míos mientras levanta una mano de forma vacilante, como para decirme adiós.

Mi respuesta es enseñarle el dedo corazón.

Desaparece de mi vista justo cuando mi teléfono vibra con un mensaje de texto de Anne.

*«Robert y yo te estamos esperando abajo, junto a la sala de recogida de equipajes. Tenemos una sorpresa para ti.»*

*¡Te quiero, cariño!*

*Anne».*

Me olvido momentáneamente del odio que siento por Spider y gimo. Odio las sorpresas de Anne. El año pasado fue un viaje en coche hasta Tin Town, para ver mi antigua casa y mi viejo barrio. Me dijo que era porque quería que me diera cuenta de lo lejos que había llegado, pero yo solo me sentía enferma al recordar a Lyle y a mi madre. Odio Tin Town y lo que me quitó; sin embargo, me ha convertido en quien soy.

No creo que pueda escapar de lo que tiene preparado para mí.

Respondo:

*«¿Qué pasa?».*

*«Hoy vas a conocer a tu nuevo hermanastro.»*

«Ahhh...». Frunzo el ceño, ya de mal humor. No recuerdo que Anne me haya dicho que Robert Wainwright tuviera un hijo.

Pero ella tampoco sabe mucho sobre Robert. Anne y él están recién casados y acaban de regresar de su luna de miel.

Me llega otro mensaje de texto, pero no lo miro porque estoy demasiado ocupada bajándome del avión. Me detengo en el cuarto de baño para refrescarme y cambiarme de ropa antes de que Anne me vea con este vestido, lo que sé que no aprobará. No es que quiera agradarle, pero siempre intento que todo fluya entre nosotras. ¿Y por qué no iba a hacerlo? Me ha cuidado durante los últimos cuatro años y medio. Ella me sacó de un sistema de acogida que no me estaba haciendo ningún favor. De hecho, en la última casa en la que viví antes de mudarme con Anne, tuve que arreglármelas para evitar que uno de los niños mayores se metiera en mi cama por la noche. Más tarde me echaron de esa casa por darle una patada en los dientes. Creedme, Anne tiene sus peculiaridades, pero sin ella nunca hubiera podido ir a un colegio privado, ni tendría ropa bonita.

Así que si ella quiere una niña perfecta de Highland Park, yo me esfuerzo todo lo que puedo en serlo.

Salvo cuando pido plaza en secreto en la universidad de Nueva York.

O cuando me hago el tatuaje de una mariposa en Nueva York.

Emocionada, me miro en el espejo y me bajo la espalda del vestido para ver cómo está la zona. Todavía tengo la piel roja y dolorida; la mariposa, del tamaño de una mano, está a unos nueve centímetros de la nuca. Sé que Anne la verá en algún momento, pero no me importa. Me encanta porque me recuerda al guapo chico que entró en mi vida brevemente cuando tenía once años. Habló conmigo y me hizo sentir esperanza. Su amabilidad significó algo, y ver ese tatuaje me hace recordarlo.

Dentro de uno de los cubículos, me quito el vestido y me pongo unos *leggings* marrones con un modesto jersey de cuello alto en color granate que me compró Anne. Saco unas deportivas de color topo y me las pongo. Después de vestirme, me borro el pintalabios rojo y aplico otro rosa en su lugar. Me doy una ligera capa de rímel, me cubro el brillo de la nariz y me cepillo el cabello hasta que brilla.

Después de meter el vestido y las Converse en mi mochila, me acerco a la puerta de la sala de recogida de equipajes, desde donde estiro el cuello en busca del pelo rubio de Anne.

Como Robert es muy alto y va con un traje de marca, lo encuentro de inmediato, y veo a Anne justo detrás de él. Va vestida de forma conservadora, con una falda tubo hasta la rodilla y tacones. Está impecablemente maquillada, y es el centro de atención de Robert y la otra persona con la que están hablando, un joven alto con una cazadora de cuero gris.

«¿Qué?».

Contengo la respiración cuando lo comprendo todo.

Robert es inglés. Spider es inglés.

«¡No!».

No es posible.

Paso los ojos de Robert a Spider una y otra vez mientras siguen hablando.

No se parecen en nada.

Son como la noche y el día, fuego y hielo.

Quizá solo están charlando, viejos conocidos que se han encontrado en el aeropuerto.

Me vuelve a sonar el teléfono y lo saco para ver dos mensajes de texto de Anne. El primero es el que me ha enviado mientras aún estaba en el avión demasiado ocupada para leerlo.

*«Tu hermanastro estaba en el avión».*

Y ahí está..., confirmado.  
Miro el siguiente.

*«¿Dónde estás?».*

Debe de haberlo enviado ahora.

Levanto la vista justo a tiempo de ver cómo Anne se vuelve hacia Spider y lo abraza. A una persona como yo, que lee bien las emociones de los demás, no le hace falta ver más para darse cuenta inmediatamente de que se siente incómoda con él. La verdad es evidente en la rigidez de su semblante y la forma en que sigue lanzándole miradas a Robert, que se mueve para ponerse más cerca de ella mientras los dos hablan con Spider. No es de extrañar que él clave los ojos en Spider, recorriéndolo de arriba abajo como si buscara algo.

Spider aún no me ha visto, y lo observo mientras se echa hacia atrás el mechón de pelo que le ha caído en la cara, tirando un poco de las puntas como si estuviera nervioso. Percibo la mirada vulnerable que ha aparecido sus ojos cuando se inclina para coger la guitarra. Una pequeña parte de mí se olvida de la ira y se pregunta qué estará pasando entre él y su padre.

Me aferro a mi almohada y finjo que es una pared entre Spider y yo mientras avanzo hacia donde están esperándome. El corazón me late tan fuerte que estoy segura de que todos los que están en los alrededores pueden escucharlo. Estoy nerviosa e irritada, pero emocionada al mismo tiempo —por raro que pueda parecer— de ver a Spider de nuevo.

—Clarence ha estado de gira durante los últimos meses —le está diciendo Robert a Anne cuando me acerco.

—¿No puedes llamarme Spider, como todo el mundo? —dice Spider, con el ceño fruncido.

Robert lo ignora mientras me mira por encima del hombro de Spider. Le hace un gesto para que se calle.

—Espera, ahí está Rose —oigo que dice.

Anne me saluda con la misma mano con la que luego me agarra la mía cuando llego junto a ellos. Me atrae para darme un ligero beso en la mejilla; el aroma familiar de su perfume resulta reconfortante a pesar de que nunca hemos tenido una relación muy estrecha. Esbozo una sonrisa de oreja a oreja mientras me pregunta cómo estoy y cómo estuvo el vuelo. Le respondo con normalidad: no pienso contarle nada sobre Spider. Ya he notado que las cosas son difíciles entre él y su padre, y aunque no me importan sus problemas, no quiero ser la que encienda la mecha de su drama familiar particular.

Noto con la visión periférica que Spider se gira lentamente para mirarme.

No puede ocultar su sorpresa, y todavía es mayor cuando sus ojos perciben el cambio de ropa y el pintalabios más suave.

Robert, a quien conocí hace unos meses, cuando Anne anunció que estaba embarazada, me brinda una sonrisa. Todavía nos estamos conociendo, pero mi impresión inicial es que se parece mucho a Anne: conservador y poco emotivo.

Le hace un gesto a Spider.

—Clarence, me gustaría que conocieras a Rose, tu nueva hermanastra.

Spider me coge la mano, y pasa una corriente de uno a otro. Recuerdo el beso del avión a pesar de que no quiero.

Los dos nos quedamos ahí, paralizados.

Creo que se tambalea.

Pero sé que es cosa mía.

Retiro la mano al darme cuenta de que llevamos demasiado tiempo tocándonos para que sea normal.

—Tiene diecisiete años —dice Robert en un tono seco y cuidadoso, mirando a Spider.

Por el rostro de Spider cruza un destello de sorpresa antes de que lo oculte con rapidez.

—¿En serio? He pensado que eras... mayor —comenta en un tono un poco acusador.

Aprieto los labios mientras asiento con la cabeza.

—Es porque soy alta, pero nunca se debe dar por hecho nada. ¿Cuántos años tienes tú?

—Veintidós. Tuve diecisiete hace un millón de años.

—Es un placer conocerte. —No sé qué más decir. Esta es la situación más extraña en la que me he encontrado nunca, y eso es mucho decir. Mi hermanostra es el chico al que he besado en el avión, el mismo que luego se ha tirado a la azafata. Ningún libro de etiqueta dice cómo comportarse en esa tesitura.

—¿Os habéis conocido en el avión? —pregunta Robert.

Aprieto los labios.

—No, no lo he conocido. —Lo que es cierto. Allí he visto al chico que imaginé en mi mente, un chico dulce que me besó como si no pudiera evitarlo. No a esta persona que tengo delante ahora.

Robert mira a Spider, que no ha apartado la vista de mí y me observa con expresión de pesar en su rostro.

Esa mirada... me hace vacilar por un momento, pero me recupero. No pienso dejar que me vuelva a tocar.

—Estoy deseando conocerte —asegura sin apartar los ojos en mi cara, como si estuviera tratando de entenderme. Luego, frente a Dios y a todas las personas que hay en el aeropuerto, se inclina y me roza ligeramente la mejilla con los labios. Su contacto hace que mi cuerpo vibre sin control, que mi corazón se acelere. Mi estúpido, estúpido corazón.

Después de un viaje bastante tenso en el Mercedes negro de Robert —durante el que Spider sigue mirándome—, por fin llegamos a la casa de Robert y Anne en Highland Park. Robert lleva varios años viviendo aquí, al menos cuando no está viajando por todo el mundo para dirigir la empresa de bienes raíces que posee, y Anne se ha mudado con él hace poco. Aquí tengo una habitación, pero la he usado pocas veces. Prefiero la última casa en la que viví con Anne, una edificación que también está en un buen barrio, pero mucho más pequeña que esta. Sin embargo, la vendió en cuanto se casaron.

Cuando Robert detiene el coche en la rotonda delante de la casa, me muevo lo más rápido que puedo. Necesito espacio, necesito perder de vista a Spider.

En lugar de entrar en la casa, abrazo a Anne y Robert delante de la puerta con la promesa de que me presentaré a cenar más tarde, ya por la noche. Anne quiere que entre y le cuente más cosas sobre Nueva York, pero me disculpo y le digo que estoy cansada. Parece entenderlo.

Mientras voy hacia el Highlander que he dejado aquí aparcado mientras estaba fuera, Spider me

llama. Me giro y lo veo acercarse.

—¿Sí? ¿Qué quieres? —espeto bruscamente mientras lanzo la mochila al asiento trasero, lista para escapar y procesar todas las locuras que me han sucedido hoy.

Él se mueve de un pie a otro.

—Solo quería decirte que lo siento. Otra vez.

Me pongo rígida, pues noto que necesito algo más que una disculpa de él, y no sé a qué es debido. Me sorprende el nivel de las emociones que despierta en mí.

—No importa. Lo hecho, hecho está. Ahora tenemos que llevarnos bien. —Hago una mueca—. Como has dicho antes, entre nosotros no iba a pasar nada de todos modos, ¿verdad?

—Correcto. En especial porque eres menor de edad. —Enfatiza las últimas palabras, y me sonrojo.

—No tienes derecho a juzgarme —le digo.

Se mete las manos en los bolsillos y hace una mueca.

—Lo sé. Tienes todo el derecho de odiarme.

—No te odio. Nunca podría odiarte.

No sé por qué, pero con él es verdad. Tal vez es porque puedo percibir que hay más en Spider que lo que se ve en la superficie. Tiene problemas, y dados mis antecedentes, me siento un poco identificada con él. Echo un vistazo por encima de su hombro y veo que Robert todavía está en la puerta, mirándonos con una expresión pensativa.

Mi ira se apaga aún más cuando cambio la mirada de su padre a él. Sospecho que ha sucedido algo horrible entre ellos.

—¿Qué te ha pasado con tu padre?

No me extraña que Spider cuadre los hombros como si se estuviera preparando para la batalla.

—No nos llevamos bien.

—Entonces, ¿por qué estas aquí?

—No lo veo desde hace seis meses —confiesa después de una pausa—, y él quería que viniera para conocer a su nueva familia. Así que aquí estoy. —Abre las manos y sonrío.

Hay más en esta historia, pero no lo presiono... todavía.

Le lanza una mirada a Robert por encima del hombro y percibo un gesto de asentimiento casi imperceptible, como si estuviera diciéndole «Estoy viéndote..., y ya voy».

—Hasta luego, Rose.

Me mira una última vez y luego vuelve por el camino hasta la casa.

Lo observo hasta que está en la puerta con Robert, manteniendo entre sus cuerpos casi medio metro, una señal muy reveladora de la tensión que hay entre ellos. Me doy cuenta de que la cara de Robert resulta más sombría de lo habitual, como si Spider hubiera hecho algo que él desapruaba.

Lo archivo todo en mi mente con idea de analizarlo más tarde.

En este momento estoy lista para largarme de aquí, así que me subo a mi coche y vuelvo a la residencia en Claremont, que queda a unos diez minutos de distancia.

En el camino, me concentro en lo que va a ocurrir durante las próximas semanas y las horas de estudio que voy a tener que sufrir antes de graduarme. En todas las clases tengo matrículas de honor, y hago todo lo posible para seguir estando en la cima. Mi abuela está siempre en mi mente, y me anima mucho pensar en lo orgullosa que estaría al ver que voy a conseguir algo por mí misma.

Oigo un golpe seco en la puerta una hora después de regresar, y abro la puerta para encontrarme al otro lado a mis dos mejores amigos. Lexa entra en la habitación como si fuera la dueña del lugar, vestida con una falda de cuero y una camiseta que le deja un hombro al aire. Hemos sido inseparables desde el primer momento, cuando las dos terminamos en la misma clase horrible de tenis en la que

ninguna de las dos podía conseguir una volea decente. Al igual que yo, está en una residencia universitaria; en su caso es porque su familia vive en Atlanta. A diferencia de mí, fue criada con cuchara de plata, pero de todos modos es una chica agradable.

Esboza una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Oh, Dios mío, estoy tan contenta de que hayas vuelto...! Esta mierda de lugar ha estado muerto durante todas las vacaciones de primavera. ¡No tenía con quién hablar!

—Me has tenido a mí, ¡pero al parecer no soy lo suficientemente bueno! —dice Oscar bruscamente mientras atraviesa la puerta justo detrás de ella de una manera dramática, con las largas y finas trenzas negras moviéndose alrededor de su cabeza que no dejan de moverse mientras me agarra y me besa las dos mejillas en el aire—. Dios, ¡cómo te he echado de menos...! Por cierto, Lexa es una zorra de aúpa cuando no estás aquí para mantenerla cuerda. ¿Qué tal en Nueva York? ¿Has visto a algún modelo? ¿Actores? ¿Nadie? Dios, esta ciudad apesta... Vayámonos a Nueva York y vivamos juntos en un *loft*, como en *Friends*.

Me río de su aluvión de preguntas.

Oscar es un alumno que obtuvo una beca en un pequeño pueblo rural en las afueras de Dallas; es mi amigo más antiguo en el instituto Claremont. De hecho, nos conocimos en el momento en el que entré en la secretaría el primer día, para recoger el horario. Echó un vistazo a mi rostro sin duda aterrorizado e inmediatamente se ofreció para enseñarme el campus. Nos unió enseguida nuestro amor por la moda y la literatura clásica. No sé qué haría sin él. Es mi tribu, y nuestro sueño es vivir juntos en Nueva York.

—¿Te enamoraste del campus? —Oscar me mira sonriente—. ¿Anne sabe ya cuántas ganas tienes de irte allí? ¿Te dejará salir de Texas?

Lexa abre un espejo compacto y se vuelve a pintar los labios, aunque ya los lleva perfectos.

—Todos sabemos la respuesta a esa pregunta: no. Anne te quiere aquí para que poder presumir de ti, la chica a la que salvó de las calles. Eres su pequeña victoria.

—Eres muy mala —dice Oscar mientras le lanza una almohada—. Voy a sacar a Lexa de nuestras oraciones, Rose.

Sacudo la cabeza mientras sonrío.

—¿De qué oraciones hablas?

Él levanta las manos.

—Las que voy a rezar por todas las personas que necesitan ayuda por aquí.

Me río. ¡Lo he echado de menos!

Lexa ignora a Oscar.

—Te convertí, literalmente, en la chica del póster de la gala de caridad el año pasado —me recuerda, concentrándose en Anne— cuando puso tu foto en el cartel. Tuviste que dar un discurso sobre el centro de la ciudad y todo. Te está moldeando para que seas una mini Anne. Ya te vistes como ella quiere. —Señala mi atuendo con las manos.

Hago una mueca ante las palabras de Lexa. No soy una mini Anne. Solo soy yo. Sí, a Anne le gusta llevarme a sus eventos de caridad y presumir de mí porque mi historia tiene final feliz y habla de éxito, pero también paga para que vaya a clases de defensa personal porque sabe que así me siento más segura. Le debo mucho.

Miro a Lexa, observando su ropa de marca y el Louis Vuitton que ha arrojado como si tal cosa encima de la cama cuando ha llegado. Ella no me entiende, porque nunca ha tenido que preocuparse de dónde tendría que sacar la próxima comida, como yo.

—Algunos de esos niños provienen de situaciones horribles, y si puedo ser un ejemplo y alguien

contribuye..., habré puesto todo de mi parte.

Su cara se suaviza mientras me mira.

—Oh, lo siento mucho. Debes de pensar que soy una persona horrible. Por supuesto que quieres ayudar a esos niños. Forma parte de quién eres. —Agita las manos en el aire—. Estoy preocupada por ti porque sé lo mucho que quieres ir a la universidad de Nueva York, y ella no te lo va a permitir.

Me muerdo el labio inferior. No quiero pensar en eso ahora.

Oscar me pone uno de sus largos brazos sobre el hombro y me da un apretón.

—Ignora a Lexa, está con la regla. Ahora hablemos de las partes jugosas de tu viaje.

Y eso hago. Les hablo sobre Spider, desde la actuación en el club anoche, hasta el beso, la azafata y luego la bomba de que es mi hermanastro.

Hay un breve silencio en el que Oscar me mira con los ojos muy abiertos antes de que explote.

—¿Has besado a un tipo desconocido en un avión? ¿Cómo no has vomitado? Pensaba que odiabas ir en avión...

—Y lo odio...

Da varias vueltas sobre sí mismo aplaudiendo, claramente entusiasmado.

—Oh, Dios mío..., te gusta tu hermanastro. Es tan... de culebrón... —Se frota las manos—. Es como esa película, *Fuera de onda*, donde la protagonista está loca por su hermanastro. Me encanta.

—No me gusta —afirmo, pero me resulta tan falso decir eso que inspiro profundamente—. ¿Y has olvidado la parte en la que se tira a la azafata en el cuarto de baño? Deberías estar cabreado con él en mi nombre.

—Ya, ya..., y lo estoy. —Saca el móvil—. Pero dame un momento, tengo que ver a este tipo con mis propios ojos.

—¿Y lo vas a ver esta noche en la cena? —pregunta Lexa—. Quizá puedas usar el tenedor de los aperitivos para sacarle los ojos. —Los de ella, con las pestañas muy negras por el rímel, me miran muy serios.

—Estás acojonada —comenta Oscar mientras busca en el teléfono.

Lexa sigue pensando, con la mirada brillante.

—En serio... Pero te voy a dar una idea: quizá deberías perseguir a este chico malo y luego darle un golpe de gracia y romperle el corazón. —Asiente—. Sí, eso me gusta mucho más. Menos sangre y agallas en el plato.

—Mmmm..., tal vez. —La idea me gusta—. Lo malo es que no creo que tenga un corazón para romper.

Oscar nos muestra, triunfante, una foto de Spider con los miembros de su banda, a quienes reconozco por la actuación en el bar.

—Joder, Sherlock, este tipo está muy bueno... —Se desplaza hacia abajo—. Estoy en la página de Facebook del grupo, y tengo que reconocer que es supersexy.

Lexa sonríe.

—Deja de decir «supersexy». No vas a hacerle nada, ni aquí en Claremont, ni en Dallas ni en Nueva York.

Él la hace callar, y ella se ríe.

Miro a Oscar.

—Hablando de Nueva York..., ¿has tenido noticias de tu beca para la universidad de allí?

—Me han aceptado, por supuesto, pero todavía no sé nada sobre la beca... —Se le apaga la voz, y noto su preocupación. Está en Claremont con una beca completa porque es muy inteligente, pero la universidad de Nueva York es raro que ofrezca becas completas, y sin la ayuda financiera que le

proporcionaría una beca, no podría ir. Debería haber sabido algo ya, y estoy convencida de que es así.  
Se quita un hilo de la chaqueta.

—Siempre puedo ir a la universidad de Texas. Me aceptarán. —Su voz es inusualmente apagada.

Suelto el aire mientras observo su rostro pensativo. Quiere largarse de Texas tanto como yo. Yo quiero huir para escapar de mi pasado, y él lo hace de una familia disfuncional que lo menosprecia por ser gay.

—Vamos a estudiar allí... juntos —aseguro—. Encontraremos la manera.

Oscar se encoge de hombros, y sé que no quiere hablar de eso. Mira de nuevo la imagen de Spider.

—No me puedo creer que hayas puesto los labios en esta delicia. ¿Te moriste de gusto?

Niego con la cabeza y me río.

—No. Sigo viva.

No puedo evitar echarme hacia delante y estudiar la foto del grupo, y de paso echar un vistazo a la vida de Spider. En la imagen, está en medio de sus amigos en una playa, con una bebida en el aire como si estuviera brindando. Lleva un sombrero de la Union Jack y unos pantalones cortos de deporte, no tiene camiseta y se puede ver su pecho ancho y musculoso. Está muy sexy. Me recuerda el momento en el que se paseó por el escenario con el abrigo de visón. Sin querer, aparece una pequeña sonrisa en mi rostro.

Es por él...

Aunque sigo enfadada con él, tiene algo que me llama...

Ignoro lo que sea y sigo adelante.

—Le gusta ser el centro de todo —comento.

—Puede entrar en mi centro en cualquier momento —interviene Lexa mientras se inclina sobre mi hombro.

Oscar inclina la cabeza a un lado, sin estar demasiado seguro.

—Si decides romper su corazón como ha dicho Lexa, será mejor que tengas cuidado con él. Esos ojos...

«Sigue hablando de eso...».

Lexa resopla.

—Lo quieres para ti solo.

—Yo los quiero a todos, cariño. —Se pone la bufanda al cuello y posa.

Me río al tiempo que me levanto para abrir el armario.

—Soy yo quien tiene que cenar con él esta noche.

Oscar da un salto para ponerse a mirar dentro del armario, hurgando entre las perchas.

—Si vas a ver a ese bombón, ¡ponte esto! —Saca un vestido rojo de seda, uno que encontramos en una tienda de segunda mano del centro un día que fuimos de compras. Con tirantes finos y escote en la espalda. Es corto y provocativo, y no ha sido elegido por Anne. Lo adoro—. Se te verá hasta el trasero, y no podrá dejar de admirar esas largas piernas tuyas. Combínalo con los *stilettos* plateados imitación de los Jimmy Choo que encontré. —Se besa las yemas de los dedos—. Irás perfecta.

—Llevaré el pelo recogido en una coleta, vaqueros viejos y chanclas. Ni siquiera voy a cepillarme el pelo o los dientes. —Estoy de broma, por supuesto, pero me encanta ver las caras que ponen.

Lexa se ríe.

—A Anne le dará un síncope.

Oscar pone una expresión teatralmente devastada.

—Por favor, Rose. Es una futura estrella del rock. Impresiónalo, y luego rómpele el corazón.

—No.



Lexa ignora mi comentario y se levanta de la cama donde se ha dejado caer antes y comienza a hurgar en el cajón de la ropa interior.

—Para ese vestido necesitas un tanga.

Me río.

—No voy a usar ese estúpido vestido en la cena. Ya es suficiente por parte de los dos. Necesito terminar esto antes del lunes. Además, tengo que ir a trabajar.

Se quejan, pero obedecen. Lexa murmura algo sobre ir al centro comercial, y Oscar dice que quiere ver una película. Por fin, los empujo por la puerta y me concentro nuevamente en mis estudios, pero cada pocos minutos miro furtivamente el vestido rojo que Oscar ha dejado colgado en la puerta del armario.

Me atraviesa una oleada de emoción cuando imagino a Spider viéndome con él.

Pero luego está Anne. Y a ella no le gustará.

A una pequeña parte de mí no le importa. Quizá sea porque el comentario de «mini Anne» me ha dolido, o tal vez porque sé que Spider se siente atraído por mí y quiero que sufra mientras estoy sentada enfrente de él en la cena.

«Sí —me susurra en la cabeza una vocecita—. Póntelo. Tienta al chico malo».

## 6

SPIDER

—La primera regla en esta casa es que no puedes, repito, no puedes, perder el tiempo con Rose. —Mi padre mueve las manos antes de continuar—. Todos conocemos tu... reputación con las mujeres, pero ella es tu hermanastra, y tiene por delante un futuro brillante. —El tono de mi padre es agudo como el roce de las uñas en la pizarra mientras estoy sentado frente a él en una silla de madera dura, en su despacho. Hemos venido aquí en cuanto llegamos del aeropuerto.

«Rose». Exhalo el aire mientras me arrepiento de lo que ocurrió en el avión.

Sin duda, él ha notado la forma en que la miraba.

—Me he fijado en cómo la estabas mirando. Es demasiado joven para ti, así que no te hagas ninguna idea rara.

Arqueo una ceja.

—Yo no me hago ideas. —Pero le estoy mintiendo. Rose me fascina. Es hermosa y dulce.

Corto bruscamente esos pensamientos.

Pasa de mí, y no la culpo por ello.

Debe de estar cabreada conmigo. No se merece a alguien tan gilipollas como yo.

Meto todo lo que pienso de ella en una caja, la cierro con una cadena y la lanzo al rincón más oscuro de mi mente. «Me voy a olvidar de ella», me digo. Después de todo, alejar a la gente es lo que mejor aprendí de mi padre.

Es un hombre alto e imponente, de hombros anchos y una cara que parece hecha de granito, que golpea puertas, habla poco y va a por lo que le interesa, sin importarle lo que cueste.

No se parece en nada a mi madre, que es luminosa como un rayo de luz. Pero al menos él se quedó un poco. Seis meses después de la muerte de Cate, ella ya estaba por ahí con un nuevo amante a cuestas. Todavía la veo de vez en cuando, entre novios y vacaciones en lugares exóticos. Nuestra relación es... tóxica. Creo que es difícil para ella verme y no pensar en Cate. Por otro lado, es difícil para mí ver a mamá y no pensar en mi gemela.

La voz de mi padre me trae de vuelta al presente.

—En segundo lugar, nada de drogas cerca de Anne y Rose. Es algo que no pienso tolerar.

Mis ojos buscan los suyos y suelto el aire, mis dedos se contraen involuntariamente mientras los hago tamborilear sobre los vaqueros.

—Con todas estas reglas, me sorprende que me hayas invitado.

Él suelta un profundo suspiro.

—Lo creas o no, quiero que formes parte de mi nueva familia. Hace meses que no nos vemos.

Aprieto los labios.

—Seis, para ser precisos.

Y eso no es inusual. Cuando nos mudamos por primera vez a Estados Unidos, apenas lo vi. Me matriculó en un exclusivo internado llamado Briarwood y fingió que no existía. Yo era un niño perdido de trece años, Cate acababa de morir y mi madre se había largado, pero él siguió con su vida

como si no hubiera pasado nada.

Estoy seguro de que él ve esa parte de nuestras vidas de forma diferente, pero yo no. Me abandonó cuando más lo necesitaba.

Se levanta y se sirve un whisky escocés y vuelve a sentarse detrás del escritorio.

—Mira, solo quiero que pases unos días en Dallas y que conozcas a Anne. También quiero asegurarme de que estés... Bueno... Espero que estés limpio, Clarence. No creo que quieras volver a rehabilitación.

Aprieto las manos al recordar los dos meses que pasé en un *spa* en el norte de California hace unos años.

—No tengo ningún problema de drogas. Nunca he estado mejor. —Mentiras. Todo son mentiras. Pero no me importa. Estoy irritado y harto, solo quiero poner fin a esta conversación. Necesito un puto tiro. Acaricio el anillo. Quizá pueda escabullirme hasta uno de los cuartos de baños de arriba y...

Me vuelvo a concentrar en la conversación cuando noto que mi padre me está estudiando, buscando alguna señal que lo ponga en alerta.

—Estoy bien —insisto en tono agudo.

Traga saliva y asiente con la cabeza.

—Bueno. Puedes quedarte aquí o en el ático que tengo en la ciudad.

Muevo la cabeza.

—Prefiero el ático.

—Vale —dice, y no me extraña nada la expresión de alivio que veo en su rostro. La cuestión es que aunque quiera que conozca a su nueva esposa y que me controle, le hago sentir incómodo. Que me aloje en el ático es lo más fácil para todos.

Me aclaro la garganta.

—¿Entendí mal o me mencionaste un regalo monetario? ¿Una herencia temprana, quizás? — Cuando me llamó para invitarme, me dijo que haría que valiera la pena que le dedicara mi tiempo, y supuse que era eso a lo que se refería. Lo estudio, buscando respuestas.

—Por supuesto. —Toma un trago de whisky, y lo miro con envidia.

Entrelazo las manos en el regazo.

—¿De cuánto dinero estamos hablando?

Nunca me ha dado nada. No soy un niño rico. Evidentemente, ha pagado mi estancia en el internado y mis gastos, pero cuando descubrió que no pensaba ir a la universidad, me canceló la American Express. Así que me he mantenido solo durante los cinco últimos años. El lo llama «amor paterno»; yo lo considero «un gilipollas que quería controlar mi vida». Quizá tenga razón, tal vez debería intentar conseguir un título universitario, pero lo único que me llena es la música. Es mi piel, mi puto todo. No puedo respirar sin ella.

Golpea con un bolígrafo contra el escritorio de caoba.

—Me has mencionado la posibilidad de mudarte a Los Ángeles con el grupo. Me imagino que allí tendrás unos gastos muy altos si quieres encajar con la gente adecuada. Te daré cien mil dólares.

¡Joder! Intento evitar que la sorpresa se refleje en mi cara. Esperaba diez o veinte mil si se sentía magnánimo. Francamente, me sorprende que incluso me ofrezca algo. Es decir, habría venido de todos modos..., a fin de cuentas es mi padre, y todavía anhelo su aprobación después de tantos años.

¿Es posible que esté tratando de hacer las paces?

Suspira y se recuesta en el sillón de cuero, con una expresión cansada en el rostro. Tiene arrugas alrededor de los ojos, y noto que ha perdido pelo considerablemente desde la última vez que lo vi.

—¿Cumples cincuenta y cinco este mes?

—Me sorprende que lo hayas recordado. —Me mira antes de echar un vistazo por la ventana a los terrenos pulcramente cuidados de la casa. Sigo sus ojos y veo a Anne sentada en uno de los bancos del jardín. Es su tipo, es decir, hermosa y más joven que él, le echo unos cuarenta años. Pero me sorprende que se haya vuelto a casar.

—Después de que mi madre se fuera, supuse que habías descartado el matrimonio para siempre.

En los años que han estado separados, nunca le conocí una relación seria durante más de unos pocos meses, solo una larga colección de ligues que iban y venían.

—Esta vez es diferente. —Se frota el puente de la nariz.

—¿Migrañas? —Las padece casi cada vez que me ve, son parte de mi encanto.

—No. —Suspira.

—Entonces, ¿qué pasa?

El silencio se alarga, la tensión en la habitación se mueve de mí a él mientras su mirada vuelve a clavarse en su esposa. Su expresión se suaviza.

—Está embarazada.

—¡Joder! —Lo miro boquiabierto—. ¿Cómo? ¿Por qué no me lo has dicho de inmediato?

Se ríe por primera vez desde que me ha visto.

—No lo sé. Todavía estoy... asimilándolo. Nos conocimos en una convención en un hotel y pensé que nunca la volvería a ver, pero luego me llamó con la noticia. —Una sonrisa incrédula cruza por su rostro—. Está de cinco meses. Es como si... estuviera empezando de nuevo.

Yo también intento asimilarlo.

—¿No has oído hablar de los condones?

—De hecho... —Se levanta de su asiento y pasea por la habitación de paneles oscuros—. Anne está tan sorprendida como yo. Le habían asegurado que nunca tendría hijos. —Hace una pausa—. Adoptó a Rose hace cuatro años.

«Ah..., interesante». Ya me había dado cuenta de que no se parecen en absoluto.

—¿Anne no se había casado nunca?

—No. Hizo varios intentos de quedarse embarazada por fecundación *in vitro* con un donante, pero no funcionó. —Una inusual expresión de incertidumbre cruza su rostro—. Ya ha tenido algunas complicaciones con el embarazo, pero todo se ha solucionado. Es importante que te portes bien con ella. Al principio tenía mis dudas, pero ahora... me siento bastante feliz.

Eso me ha llamado la atención.

«¿Bastante feliz?».

¡Joder! Tratándose de él, es tan entusiasta como una declaración de amor paterno.

Es brutal.

Meto el dedo en el agujero deshilachado de los vaqueros.

—Entonces, ¿vas a ser un buen padre? —El «porque no lo has sido conmigo» está implícito, y él lo sabe.

Sus ojos de color humo caen sobre los míos, y leo algo allí... Quizá pesar.

—Me gustaría.

Aprieto los dedos contra la silla, con ganas de salir de aquí y procesarlo todo. Ha sido una locura de día... Primero una hermanastra de diecisiete años con la que quiero follar, una nueva madrastra que ya me desaprueba —es evidente— y ahora un bebé.

Cambio de tema, volviendo al quid de la cuestión. Uno los dedos mientras le dirijo una larga mirada. Estar solo me ha enseñado a ir por lo que quiero.

—Volviendo al tema del dinero... Haré todo lo que me pidas por doscientos mil.  
Sus ojos brillan con intensidad, y leo en ellos una pizca de admiración.

—¿Estás haciendo un trato conmigo?

Asiento con la cabeza.

—Y tienes que llamarme «Spider». No vuelvas a usar esa mierda de «Clarence». Cate me puso el nombre, y es mío. Es algo que no puedes quitarme.

Toma otro trago de su whisky. Sus ojos se detienen en los míos antes de que los vuelva a clavar en Anne. Me mira y asiente, lo que me indica que nuestra reunión ha terminado.

—De acuerdo.

## 7

ROSE

El día ha sido muy extraño y me ha dejado impactada. La única forma de volver a recuperarme es poner *Defying gravity* y cantarla lo más fuerte que pueda mientras conduzco hacia Highland Park. Es mi canción favorita del musical *Wicked*, principalmente porque trata de la independencia femenina, de dar un salto a lo desconocido confiando en tus instintos, de avanzar teniendo en cuenta lo que crees que es correcto. Me gustaría ser así. Desesperadamente. Quiero dar ese salto y ser todo lo que alguna vez he imaginado...

Pero no será en Highland Park.

Con un suspiro, atravieso las verjas dobles y aparco junto al Mercedes de Robert.

Anne y yo habíamos vivido cómodamente en un barrio de Dallas, pero esta casa es una locura. Es una mansión de tres pisos en ladrillo encalado con detalles decorativos de estilo provenzal francés, desde las persianas rústicas en las altas ventanas hasta la enorme puerta de entrada de aspecto medieval. Alrededor de la parte trasera hay un patio cubierto con dos barbacoas, una piscina en forma de lago de montaña y una cocina al aire libre que parece recién salida de una revista. Más allá de la piscina hay un jardín muy elaborado, donde se puede encontrar un pequeño laberinto de arbustos, bancos de piedra y nichos. De unos cinco acres, la propiedad es una de las más grandes de Highland Park.

Intento imaginarme a Spider creciendo aquí, pero no puedo. No encaja aquí, y yo tampoco.

Llamo el timbre porque no me siento como en casa, y responde un Spider recién duchado, con una apariencia increíblemente sexy. Lleva el cabello húmedo y unos vaqueros de cintura baja con una camiseta negra de los Beatles. Mis ojos traidores se quedan clavados en los hombros bien definidos.

Una pequeña sonrisa aparece en sus labios.

—Hola, Señorita Diecisiete. —Su acento me hace estremecer; es recortado, suave y con varias capas de profundidad.

Estoy de nuevo bajo su hechizo, absorbida por su encanto otra vez. Recuerdo el beso que nos dimos... La magia que me envolvió cuando encerró mi cara entre sus manos.

Me siento frustrada, pero guardo esos pensamientos y sentimientos bajo llave y entro en el vestíbulo.

—Vamos a aclarar una cosa, hermanastro: marcar más ese acento sexy no va a funcionar conmigo.

—Nunca he pensado que lo haría, hermanastra. —Se apoya en la pared, y sus ojos cobrizos se mueven perezosamente por mi atuendo. Luego aprieta los labios—. ¿Lo llevas por mí?

Enderezo los hombros, mi cuerpo recuerda automáticamente las lecciones de modales que he aprendido. Sí, llevo el vestido rojo y los *stilettos*. Y me siento bien.

Paso por delante de él con la agilidad de una gacela.

—Lo llevo por mí —miento.

—No me sorprende. No vale la pena disfrazarse. Por cierto, estás muy guapa. —Su mirada es pensativa mientras me mira, y yo suspiro, recordándome que es mi nuevo hermanastro y que tengo

que comportarme como una adulta y llevarme bien con él. Paseo mi mirada por su ropa—. ¿Y la camiseta de malla? Debo confesar que voy a echar de menos la exhibición de todos tus tatuajes.

Me lanza una rápida mirada, como si tratara de saber si le estoy tomando el pelo o no. Sus ojos buscan los míos, y sonrío levemente.

Suelta una risa brusca, y por primera vez desde que ocurrió el asunto de la azafata, parecemos relajarnos un poco.

Me aclaro la garganta y le tiendo la mano.

—Espero que podamos ser amigos. ¿Qué te parece?

Cuando me coge la mano, noto que me arde la piel.

—Por mí bien.

Arqueo una ceja.

—Fingir no preocuparse suele ser lo que hace la persona a la que más le importa..., Clarence.

Echa la cabeza hacia atrás y se ríe con un sonido claro y profundo. Eso enciende un recuerdo en mí, uno de mi infancia. Me intento aferrar a él, pero se me escapa con rapidez.

Nuestras manos se separan, un poco de mala gana, pero seguimos mirándonos.

—¿Sabes?, odio ese nombre con toda mi alma, pero al escucharlo en tus labios... no suena tan mal.

—Lo digo en serio. Se llama mecanismo de defensa, y las personas lo hacen para no hacerse daño.

Me observa de reojo.

—¿Nadie te ha dicho que te imaginas demasiadas cosas?

—Quizá. —Me miro las manos, y veo que retuerzo con nerviosismo las correas del bolsito. Siempre estoy inventándome historias sobre la gente—. Me gusta analizar a las personas.

—¿Y qué has descubierto sobre mí? —Sus ojos se clavan en los míos antes de mirarse en el espejo. Es como si tuviera miedo de mirarme durante mucho tiempo seguido, y me pregunto por qué.

Infundo a mi voz un aire de confianza que en realidad no siento.

—Que eres peligroso.

—¿Yo? ¿Por qué?

Me muerdo el labio inferior.

—No te importa a quién haces daño para evitar sentir algo, lo que probablemente significa que te lo han hecho a ti en el pasado. Tienes tus propios demonios.

Se queda paralizado mientras me recorre la cara con la mirada.

—Entonces, parece que me tienes calado.

Ahora soy yo la que lo evita.

—Todos tenemos demonios, ¿verdad? De una forma u otra.

Él solo me mira.

—¿Cuál es el tuyo, Rose?

—No soy de aquí. Es como si estuviera en un juego de simulación. —Miro a mi alrededor, la elegante casa—. No estoy acostumbrada a este tipo de hogar. Me pasa lo mismo cuando estoy en Claremont. No encajo con esos niños. Crecí en Tin Town, seguro que no es lo que esperabas.

Me observa mientras hablo, o más bien cómo me paseo, nerviosa.

—Yo tampoco encajé nunca cuando estaba en el instituto. —Hace una pausa—. No eres como yo esperaba. Cuando Robert me mencionó por teléfono a una hermanastra más joven, imaginé a una niña con coletas y uniforme.

—Tengo uniforme.

Una expresión seria aparece en su rostro.

—Sabes que nunca te habría besado si hubiera conocido tu edad real, ¿verdad? No soy tan malo.

Me pongo rígida, a la defensiva. Recuerdo el infierno con el que crecí, los hogares de acogida, las veces que tuve que luchar para defender mi virtud.

—Puede que tenga diecisiete años, pero no soy una niña.

Robert aparece en el vestíbulo; sus ojos van de mí a Spider con una mirada indagadora.

—¿Algún problema?

Niego con la cabeza mientras Spider se calla y avanza junto a nosotros para ir al salón.

Es un lugar espacioso con el techo lleno de vigas y una chimenea enmarcada con piedra encalada. El punto de referencia de la habitación es el par de dibujos al carboncillo que cuelgan en la pared, detrás del sofá de cuero color crema.

Spider parpadea mientras rodea la mesita baja junto al sofá y se detiene frente a las fotos. Mi interés se despierta en el acto, y lo sigo mientras Robert se va a preparar una copa al bar. Me pongo al lado de Spider. Nuestros hombros están muy juntos mientras observamos los dibujos.

El de la derecha es una casa de estilo Tudor construida en piedra, con buhardillas intrincadas y puertas arqueadas. El otro muestra a un niño pequeño que yace en la hierba con los brazos extendidos mientras mira hacia el cielo con una gran sonrisa en la cara. Es la imagen perfecta de la travesura.

Estudio los dos con intensidad, asimilando la calidad infantil del arte. Hasta que veo el nombre garabateado en la esquina de uno de los dibujos.

—¿Son tuyos?

Él asiente, señalando el dibujo de la derecha.

—Solo el de la casa. El otro lo dibujó mi hermana Cate. —El fantasma de una sonrisa revolotea en la boca de Spider—. A los dos nos encantaba dibujar, pero ella siempre fue mejor captando a las personas.

Sus dedos son mágicos con la guitarra, por lo que no es sorprendente que lo sean también con el dibujo.

—Los dos son muy buenos. —Señalo al niño con un gesto—. Apuesto lo que sea a que eras una buena pieza.

—Tenía la capacidad de atención de un mosquito. —Lanza un largo suspiro—. Yo era su tema favorito. Ella significaba... mucho para mí. —Una sombra cruza su rostro, e inmediatamente quiero que desaparezca.

—¿Es ahí donde creciste? —Señalo la casa con la cabeza.

Él asiente.

—Era la casa familiar, mi verdadero hogar, y así lo sentíamos. Mis padres viajaban mucho, pero con Cate cerca, siempre había algo que hacer. —Se mete las manos en los bolsillos—. Hace mucho tiempo que no veía estos dibujos. Ni siquiera sabía que los hubiera colgado en la pared.

—¿Por qué te fuiste de Londres? —Era algo a lo que había hecho referencia en el avión con el primer comentario que hizo, pero siento curiosidad por saber más.

—Mi padre... quería alejarse de los recuerdos.

—¿Qué recuerdos?

Sus ojos se vuelven hacia mí, y ¿sabéis ese dicho que asegura que los ojos son las ventanas del alma? Leo en los suyos. Los luminosos iris ambarinos de Spider me atrapan, apresándome con su soledad.

Se me corta la respiración.

Abre la boca para decir algo más, pero la voz de Robert, proveniente del otro lado de la habitación, interrumpe nuestra conversación.

—Rose, háblame sobre tus clases este semestre. ¿Cómo te va? —Hay una nota aguda en su voz, y lo



miro por encima del hombro para verle cruzar la habitación hacia nosotros, con sus pantalones cuidadosamente arrugados moviéndose a cada paso.

Frunzo el ceño. Es evidente que se preocupa por Anne, y es algo que gusta mucho, sobre todo porque suaviza el carácter de mi madrastra y la hace feliz, lo que me da a mí más espacio. Pero está claro que no quiere que Spider esté cerca de mí. Lo he notado antes en la puerta, cuando nos miró, y ahora está tratando de interrumpir la conversación, obviamente privada, que mantenemos.

Spider se aleja de mí como si sintiera la tensión en el aire y se sienta en el sofá. Ya aprenderá que no me doy por vencida tan fácilmente. Tiene algo que me hace querer saber más. Quiero conocer su historia.

La aparición de Anne, que entra a la habitación con un aspecto encantador, con un vestido largo rosado hasta los tobillos que oculta ingeniosamente su creciente barriga, me salva de responder.

Pasa los ojos por el vestido rojo que llevo y se detiene al llegar al dobladillo, con el ceño fruncido.

—Creo que nunca te he visto usar eso.

Es su forma de decir que le parece horrible.

Me siento cohibida, y me toco el corpiño de la prenda de seda.

—Es un vestido que Oscar encontró para mí en una de las tiendas que sigue. Es *vintage*, creo. Me gusta. —Me inquieta sentirme incómoda mientras su ceño se hace más profundo. Pasa los ojos por mi pelo, y me alegro de habérmelo dejado suelto, ya que cubre el tatuaje.

—Pues a mí no —dice ella.

Robert pone un brazo sobre los hombros de Anne.

—Está muy guapa, querida. No le hagas pasar un mal rato.

Anne tensa los labios, pero no me sorprende. Esperaba su desaprobación, y me he puesto el vestido de todas formas. Es raro que me rebele contra ella, pero últimamente, con todo el asunto de la universidad de Nueva York, me siento nerviosa.

Ella suelta el aire.

—La próxima vez que vengas, vístete con algo más discreto. Ese vestido es demasiado corto y da una impresión equivocada. —Esboza una sonrisa muy amplia, como suele hacer siempre después de una crítica. Lo llamo su rutina de «reñir y abrazar». Se vuelve hacia Robert, sin esperar mi respuesta —. Bueno, ¿qué tal un refresco?

—Joder..., dan bastante miedo —susurra Spider a mi espalda mientras Robert y Anne van hacia el bar para que él pueda prepararle un *ginger ale*.

—¿Qué quieres decir? —le pregunto, volviéndome para mirarlo.

Se pone la mano en el tatuaje de la viuda negra.

—Quiero decir que mi padre actúa raro, y Anne es... muy estricta. —Me recorre con la mirada, deteniéndose en el corpiño de mi vestido, y siento un hormigueo—. No le hagas caso. A mí me encanta tu vestido. —Sonríe—. Después de todo, te lo has puesto para mí, ¿verdad?

Niego con la cabeza mirándolo. Pasa de ser profundo a engreído en el espacio de unos minutos. No puedo seguirle el ritmo.

—Anne solo parece estricta. No quiere que me convierta en mi madre, y su forma de asegurarse de que eso no suceda es marcarme cada movimiento que hago. —Suspiro.

—No permitas que aplaste tu espíritu. —Indaga en mi rostro—. Si alguna vez quieres hablar, estoy a tu disposición..., como hermanastro, por supuesto.

Nos imagino hablando... y luego besándonos... y entonces haciendo más. Me imagino sus manos sobre mi cuerpo, deslizándose por debajo de mi vestido...

¡Joder! ¿De dónde ha salido eso?

Respiro hondo.  
«Olvida esos pensamientos, Rose».  
Asiento con la cabeza.  
—Exacto...

Después de la cena, Spider se excusa para subir a su habitación. Ha mencionado que está alojado en el ático, pero no se dirige hacia allí todavía.

Apenas ha dicho nada durante la comida de cinco platos, y ha mantenido la mirada clavada en su plato. No me gusta que sea diferente con Robert y Anne. Quiero que vuelva el inglés sarcástico del avión.

Veinte minutos después, baja corriendo las escaleras, vestido con unos pantalones negros de gimnasia y una camiseta deportiva.

—¿Vas a correr? —pregunto de forma estúpida mientras se dirige a la puerta principal.

—Sí. Necesito salir de este lugar un momento. —Me mira con la mano en el pomo de la puerta—. ¿Quieres venir?

Le lanzo una mirada irónica.

—Estos tacones no están hechos para correr. Estaba pensando que podríamos proponerles a Robert y Anne una partida de algo. ¿Scrabble?

—¿Scrabble? ¿Mi padre? —Me mira sorprendido, y puedo ver que, probablemente, nunca haya jugado a nada con Robert. De nuevo, me pregunto por su relación, y una parte de mí, la parte que es como mi abuela, quiere analizar el trato que tienen y tal vez ayudarlos a arreglarlo—. Puede ser divertido conocernos mejor.

Él niega con la cabeza y retrocede.

—Ni siquiera sé qué maldito mundo es este. Me tengo que ir.

Abre la puerta y se ha ido ya, su alta figura se desliza hacia la noche.

Me quedo quieta ante la puerta abierta y lo veo desaparecer cuando se aleja corriendo.

Jugamos una ronda de Scrabble, y, a las diez, Robert se retira para dejarnos a Anne y a mí un tiempo a solas.

Como de costumbre, nuestra conversación es formal y muy práctica. No es una persona cálida ni vacilante.

—Dime, ¿qué te ha parecido la universidad de Nueva York? —Su voz muestra un tono de preocupación.

—Tienen un gran departamento de psicología, y uno de los profesores con los que hablé es de Dallas. Sería como un pequeño hogar. —Contengo la respiración—. Me gustaría estudiar en la universidad de Nueva York.

Ella niega con la cabeza.

—Quiero que te quedes cerca. El bebé nacerá muy pronto, ¿no quieres estar aquí? Podría necesitar ayuda los fines de semana.

Ella no va a necesitar mi ayuda. La escuché hablando con Robert de contratar a una niñera.

—Podría volver a casa en vacaciones.

Me lanza una de esas miradas, ya sabéis, como si hubiera sabido la respuesta antes de preguntar.

—Me duele incluso oírte hablar de esa manera. —Me acaricia la pierna—. Dejemos en suspenso un

tiempo el tema de la universidad de Nueva York, ¿vale? ¿Qué te parece que lo retomemos el año que viene?

Está siendo condescendiente, y eso hace que me ponga rígida.

—Siempre puedo pagármela yo misma —digo—. Trabajo tres noches a la semana en Jo's. —Jo's es un restaurante local donde atiendo las mesas desde el pasado agosto. Me gusta trabajar porque me hace sentir que tengo un propósito. Anne no ha aprobado mi decisión de trabajar, pero insistí. Hubiera preferido que trabajara en el club de campo o en una de las *boutiques* de la ciudad, pero yo no soy así.

Frunce el ceño y se frota el vientre.

—Eso es ridículo. No lograrás pagar la matrícula de la universidad de Nueva York con lo que ganas en el restaurante. Además, es demasiado tarde para solicitar plaza este año.

Suelto el aire.

Es obvio que Robert y Anne tienen el dinero necesario para enviarme a la universidad de Nueva York; de hecho, Winston es igual de caro. Pero no quiere que vaya porque le gusta tenerme cerca para controlarme. Y como ya ha hecho tanto por mí, odio pedirle algo que no quiera darme. Quizás cambie de opinión cuando nazca el bebé.

Pero aun así...

Y el tema de la universidad de Nueva York...

No puedo dejarlo en suspenso eternamente..., pero puedo dejarlo pasar por ahora.

La voz de Anne me arranca de mis pensamientos. Se está levantando del sofá, y supongo que se dirige a la cama. Pero se acerca a mí, sus ojos buscan los míos.

—Además, he notado que mirabas mucho a Spider durante la cena. Quiero que seas educada con él, pero él tiene un historial de consumo de drogas, y, por supuesto, le gusta la música. Ya sabes qué tipo de estilo de vida tienen esos tipos.

Suspiro, molesta con ella. Otra vez. A veces parece que Anne es la niña y yo la adulta.

—Spider parece un buen tipo. Me cae bien.

Ella arquea las cejas.

—Pues no quiero que te guste demasiado.

—Sí, señora.

No le digo que ya es demasiado tarde.

SPIDER

Corro.

Corro hasta que no puedo respirar y me duele el pecho.

Sudoroso y cansado, me detengo en un parque cercano, iluminado con muchas farolas, para recuperar el aliento. En mi mente dan vueltas mi padre, su nueva esposa y Rose.

Después de un día loco, en mi interior todo está revuelto. Me froto la cara. A veces, el ejercicio mantiene a raya los antojos, pero en este momento no está funcionando.

Necesito algo duro para ahuyentarlo todo.

Agotado, me siento en un banco y hago planes para la noche. Podría volver a la casa a pasar la noche, pero por alguna razón tengo miedo, y tiene mucho que ver con Rose. Necesito alejarme de ella. Aunque apenas la conozco, de alguna manera se las ha arreglado para meterse bajo mi piel.

Suelto un largo suspiro, sintiéndome solo. Ellos están en casa riendo y jugando al Scrabble. Son una familia, y yo no encajo.

Cambio de dirección y pienso en el grupo y en la gira que hemos hecho durante los últimos meses, tocando en bares y pequeñas salas de música por todo Estados Unidos. Hemos hecho bien en no firmar con un sello discográfico. No es dinero en abundancia, pero sí resulta suficiente para que podamos pagar una residencia permanente en Los Ángeles, un lugar para echar raíces. Sebastian es de allí y conoce a un par de productores discográficos con los que quiere trabajar. Es la única familia que tengo en realidad...

Lo que me lleva de vuelta a la partida de Scrabble.

¡Joder! En realidad no quiero volver a la mansión hoy. Después de pensarlo un poco, decido que recogeré la ropa y la guitarra mañana. Llamo a un Uber para que me lleve al centro comercial The Galleria a comprar lo básico: vaqueros, algunas camisetas, un par de chanclas de cuero y ropa interior. Después de las compras, voy al ático y me ducho.

Una hora después, estoy sentado en un bar en la zona residencial. Pido un trago de tequila justo cuando se me acerca una morena con curvas. Me recuerda a Rose con el cabello largo, pero tiene ese rollo de niña rica que reconozco a una milla de distancia: cara prepotente, bolso caro y pechos de plástico.

Me dice que se llama Kirsten, y la invito a una bebida. Demonios, la invito a varias bebidas.

Nos escabullimos al baño y la llevo a uno de los cubículos, donde esnifamos una raya juntos y ella me la chupa. Más tarde, entro en la pista de baile, donde suena un poco de música *techno* que normalmente odio. Me siento jodidamente increíble. La vida es buena. Puedo enfrentarme a cualquier cosa con una bebida, una chica y algo de coca.

Una hora después, seguimos bebiendo, y ella se acerca para susurrarme al oído mientras me frota el pecho con las manos:

—Tengo el coche ahí fuera, y mi apartamento está muy cerca de aquí. ¿Quieres que nos montemos allí una fiesta?

Le sonrío.

Ni siquiera me detengo a pensarlo.

—Claro.

Se pone de puntillas para besarme, pero evito sus labios girando la cara con rapidez.

Rose aparece en mi cabeza, con sus grandes ojos verdes y la forma en que me encandila. Ella sabe cómo soy, que tengo un mecanismo de defensa ante todas las cosas.

Tengo que olvidarla.

—Vámonos —le digo a la chica.

Pago y montamos en un Lexus blanco. Conduce ella, aunque probablemente esté borracha. Las farolas parpadean mientras me recuesto contra el asiento de cuero.

—¿Eres de Dallas? —me pregunta la chica, y me doy cuenta de que apenas hemos intercambiado más información personal que nuestros nombres.

Gruño de forma afirmativa, pero no quiero hablar con ella. Dallas solo me recuerda que mi padre está comenzando una nueva vida con una nueva familia, cuando en realidad nunca ha sido mi familia.

Aparcamos y llego hasta la puerta antes de que las cosas se pongan calientes, y no en el buen sentido. De hecho, me siento enfermo. El aire parece desaparecer y jadeo en busca de oxígeno.

—¿Qué te pasa? —me pregunta ella.

«Joder, ¿cómo se llamaba?».

Me pone una mano sobre el hombro y yo la aparto. Se me revuelve el estómago al pensar en rodar con ella por una cama que no es la mía. Claro, disfrutaré y me hará olvidar, pero más tarde me sentiré vacío, como siempre.

¡Joder! Ya me siento vacío.

El subidón ha desaparecido y estoy cayendo en picado.

«Entra ahí y títatela».

«Te sentirás mejor».

«Olvidarás la decepción que eres para tu padre».

«Te olvidarás de Rose».

Me envuelve el bíceps con una mano y me lo aprieta.

—Venga, nene, no seas tímido. Déjame hacerte sentir bien.

La miro fijamente. Sus ojos son azules, pero los que realmente quiero ver son verdes.

Me alejo de ella.

—¿A dónde vas? —Me mira con una expresión confusa.

—No lo sé, probablemente al infierno —murmuro, y luego salgo corriendo, bajando los escalones de la escalera de dos en dos.

## 9

ROSE

No veo a Spider hasta unos días más tarde, y en el lugar más inesperado.

—Espabila, Rose —me dice Archie, el jefe de cocina del *diner* de Jo, una preciosa réplica de un restaurante de los años 50. Desliza dos platos bajo la lámpara de calor; en uno hay una hamburguesa *deluxe* con patatas fritas picantes y en el otro, una ensalada con pollo a la parrilla.

Asiento, y me meto los mechones que se me han soltado de la trenza francesa detrás de las orejas. Es un día de semana, y se han acabado las vacaciones en el instituto, lo mismo que en el trabajo a tiempo parcial.

Pongo los platos en la bandeja junto con los vasos rellenables, y llevo el pedido a la mesa donde están sentados Lexa y Oscar, fingiendo hacer algún trabajo del instituto mientras me incordian en el trabajo. La dejo delante de ellos.

Lexa arquea poco a poco una ceja oscura perfectamente delineada.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Y ahora qué?

—¿Eres tonta o qué? Necesito aliñar la ensalada.

Me soplo en los mechones que se han escapado y que me hacen cosquillas en la frente.

—Sabes de sobra dónde están los aliños. —Señalo a la barra pegada a la pared trasera del restaurante, llena de dispensadores de refrescos, servilletas y una amplia variedad de condimentos. En realidad, es una disposición genial—. Vete a buscarlos tú misma.

Oscar resopla.

—Sí, bruja. No hay chachas aquí en Jo's.

Le hago un gesto de agradecimiento y me voy hacia la mesa que la *maitre* acaba de sentar, junto a las ventanas que rodean el restaurante.

Parpadeo ante la imagen que tengo frente a mí.

Spider Wainwright está sentado en uno de los reservados, y parece bastante desconcertado y fuera de lugar. Lleva vaqueros, una camiseta ajustada de Vital Rejects que se ciñe perfectamente a sus bíceps y unas Converse negras.

—¿Eres tú? —digo de forma estúpida, casi desbordada por la situación.

—Sí, soy yo. —Sonríe irónicamente y se pone a jugar con el menú. Me mira casi con timidez mientras pasea los ojos por mis Keds blancas con calcetines, los vaqueros tipo *boyfriend* enrollados en los bajos y el polo negro con el logo rojo de Jo's, donde aparece una hamburguesa. También llevo un pequeño delantal atado alrededor de la cintura.

Los calcetines y el horrible polo son requisito imprescindible para trabajar aquí, y no son precisamente bonitos. Junto con el hedor permanente a fritanga, el atuendo es lo peor de la historia, pero en una buena noche puedo sacarme cien pavos en propinas.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—He venido a verte.

Spider está aquí..., en Jo's..., y ha venido a verme.  
Una ráfaga de mariposas se vuelve loca en mi estómago.  
—¿Cómo has sabido que trabajaba aquí?  
Se encoge de hombros.  
—Mi padre lo mencionó de pasada cuando fui a recoger mis cosas esta semana. —Una mirada pensativa cruza por su rostro—. Le caes bien. Lo he notado en la forma en la que habla de ti.  
Me quedo allí, tratando de no meter la pata.  
—¿Te gustaría pedir algo?  
Mira el menú que hay en la mesa. Está nervioso, y golpea con los dedos contra la mesa.  
—¿Que me recomiendas?  
Meto las manos en los bolsillos del delantal, y toco el dinero que he recaudado desde que he empezado a trabajar esta noche.  
—Los batidos están muy buenos.  
—Mmmm, sí —dice mientras me mira. Tiene los ojos fijos en mis labios.  
—¿Te gustaría probar uno?  
—¿Qué?  
Me muerdo el labio para no reírme. Creo que lo estoy distrayendo, y ni siquiera lo estoy intentando.  
—Que si quieres probar un batido.  
Vuelve a mirar el menú mientras un revelador sonrojo cubre su rostro.  
—Ah, bueno. Sí, por favor, uno de chocolate. Y una hamburguesa con papas..., quiero decir, patatas fritas.  
No se muestra tan arrogante como siempre, y me siento desconcertada.  
—¿Qué te pasa?  
Se frota la mandíbula.  
—Se me ocurrió pasar por aquí para ver a una... ¿amiga? Es decir, ¿todavía quieres ser mi amiga?  
—Sus ojos castaños vacilan mientras me mira.  
—Vale.  
Asiente con la cabeza.  
—¿Sabes?, hoy he recibido buenas noticias, y quería contártelo todo.  
—¿Oh? ¿En serio?  
—Rose, espabila —dice Archie desde atrás.  
Spider mira a su alrededor, como si le sorprendiera mucho encontrarse allí.  
—Podría llevarme un rato contártelo. ¿Puedes tomar algo conmigo cuando me traigas el pedido?  
Miro a mi alrededor; mi sección está llena. Tengo una mesa a tope con dos universitarios cuya comanda todavía no ha salido de la cocina y otros dos apurando la comida.  
Sí, tengo descansos, pero nunca cuando estamos a tope, y dado que es la primera semana después de las vacaciones, todo el mundo está en Jo's para cenar o reunirse con los amigos.  
—Ahora es una locura, pero salgo dentro de dos horas. ¿Podemos quedar entonces?  
«Di que sí».  
Quiero hablar más con él. Quiero...  
Le veo hacer una mueca.  
—¡Joder! Ya he hecho planes con algunos antiguos amigos del colegio.  
—¿Ah? ¿Y adónde vas? ¿Puedo acompañarte?  
Al principio me sorprende mi atrevimiento, pero luego decido que está bien. Con Spider todo es así..., volátil, como si pudiera desaparecer en un instante. Entonces, ¿por qué no dejarse de dar

rodeos?

Se encoge de hombros.

—A un bar del centro.

—¡Ah...!

Frunce el ceño.

—No creo que sea una buena idea que vengas conmigo.

—Sí, es cierto.

Le digo que necesito notificar su pedido mientras lucho contra la decepción y me alejo. Mi camino me lleva más cerca de Oscar y Lexa, que susurran ruidosamente mientras me acerco. Cuando Lexa me saluda, sus dedos apuntan a Spider. Tiene los ojos abiertos como platos.

Oscar oculta la mitad de su rostro con el menú para mirarlo. Spider responde con un gesto, notando evidentemente su atención.

¡Santo Dios! ¿Pueden ser más ridículos?

—¿Es él? —sisea Lexa una vez que llego a su mesa.

Clavo la mirada en ella.

—Deja de comértelo con los ojos.

—Oh-Dios-mío... Es la criatura más bella que haya visto nunca. Ese pelo..., ese tatuaje..., me quiero morir. Por favor, por favor, lo quiero con azúcar encima, ¿puedes presentármelo? —suplica Oscar, levantando las manos en un gesto de ruego.

Miro al techo con frustración.

—Eres lo suficientemente mayor como para presentarte por tu cuenta. No necesitas mi ayuda.

La campanilla que hay sobre la puerta se pone a tintinear cuando Trenton y su compañero de equipo, Garrett, entran al restaurante. Ricos, atléticos y atractivos, son los dos bomboncitos de Claremont. Aria Romero, la prima de Trenton, y chica mala de primera clase, les sigue algo detrás. Aria está saliendo con Garrett, que tiene el tipo de rasgos que te quedas mirando, y que nunca aparta los ojos de mis pechos.

Son la *jet set* de Claremont, y yo me encuentro en el barro, aunque no es que me importe.

—Son como un anuncio de J. Crew —comenta Oscar con una sonrisa mientras atraviesan la puerta y todas las miradas se vuelven hacia ellos—. Son muy aburridos. ¿Qué pasó con lo de ser único y especial?

Toco la alegre boina que lleva puesta.

—No todos somos tan elegantes como tú.

Oscar mueve las pestañas.

—¡Oh, cállate, o me harás sonrojar!

Los ojos de Aria recorren la estancia hasta aterrizar sobre nosotros, lo que me hace apretar la bandeja con más fuerza.

Es una chica muy guapa, con el pelo castaño y rizado, figura de reloj de arena y una lengua tan afilada que podría desollar un pez. Sus ojos son de un azul gélido.

Cuando me matriculé por primera vez en Claremont, se acercó para decirme lo mucho que lamentaba que yo no diera el perfil para pertenecer a su club de chicas en Claremont. Las Claremont Chicks pensaban que mis «humildes orígenes» no encajarían con ellas.

No es necesario aclarar que hago todo lo posible para evitarla.

—¡La zorra número uno de Claremont se dirige hacia nosotros! —grita Oscar mientras la *maître* los acompaña a su mesa. Él tampoco puede soportar a Aria, y sospecho que es porque ella se ensaña con cualquiera que se aleje un poco de la norma, lo que sin duda incluye a Oscar—. Un fuerte aplauso. —



Comienza a aplaudir de forma lenta e insultante, pero le rozo las manos para detenerlo.

Los ojos de Trenton se encuentran con los míos y me saluda, recorriéndome con los ojos de arriba abajo. Sonrojándome, le devuelvo el saludo. Forma parte del equipo de béisbol y es buen tipo; he hablado con él varias veces desde que regresé, pero casi siempre en clase.

—¿Crees que Aria va a ser agradable? —pregunta Lexa mientras se alisa la camiseta.

Oscar emite un gemido.

—¿Por qué te importa tanto no pertenecer a los coñitos de Claremont? El curso casi ha terminado. Choco el puño con él.

—Amén —digo—. Y sugiero que, definitivamente, incluyamos a Aria en tus oraciones. Necesita toda la ayuda posible para llegar a ser un ser humano decente.

Oscar resopla al oír mi comentario mientras Lexa se vuelve a pintar los labios.

—Aria Romero forma parte del grupo que está planeando la Spring Fling —nos informa—. Quizá yo quiera asistir.

Les he contado que Trenton me había invitado, pero a ellos no se lo han preguntado todavía. Sinceramente, será un coñazo si mis amigos no van.

Suspiro y miro a Lexa.

—La mejor manera de predecir el comportamiento futuro es recordar el del pasado, por lo que dudo mucho que ella sea agradable. —Recojo los platos ahora vacíos y retrocedo, deseando estar lejos cuando Aria llegue a la mesa—. Desapareceré antes de que ella llegue, así lo descubriremos a ciencia cierta. ¡Adiós!

Me apresuro a regresar a la cocina para pedir el batido de Spider y dar cuenta de su comanda mientras lanzo un ruego al Creador para que la *maitre* no sienta a los recién llegados en ninguna mesa de mi sección.

# 10

ROSE

Me detengo mientras salgo de la cocina con el batido de Spider y el pedido de otra mesa diferente. La *maitre* está juntando las mesas para poner a Lexa, Oscar, Trenton, Garrett, Aria y Spider juntos. En la misma mesa.

Casi dejo caer la bandeja. ¿Qué me he perdido?

Me acerco a ellos después de dejar las demás comandas, sin perder de vista que Aria está sentada al lado de Spider, pegada a él como una lapa, con la cabeza inclinada hacia él mientras mira algo en el teléfono.

Garrett contempla a Spider y a Aria, y me pregunto si este mes estarán saliendo o no. A juzgar por lo cerca que ella está de Spider, supongo que la respuesta es no.

Dejo el batido delante de él.

—Veo que has encontrado... compañía.

Oscar sonríe, sentado al otro lado de Spider.

—Me he presentado yo —dice mirando a Aria—. Y luego el resto ha insistido en que quería conocerlo también. Entonces, Aria ha sugerido que todos nos sentemos juntos. ¿No ha sido un gesto muy amable por su parte?

Miro a Aria, que está sonriendo.

—No sabía que tenías por hermanastro a una famosa estrella del rock, Rose. —Agita las pestañas—. Y probablemente no lo sepas porque no eres de Highland Park, pero el padre de Spider y el mío solían jugar al golf juntos. —Le lanza a Spider una sonrisa al tiempo que mueve el dedo delante de él—. Tenías una reputación que... He oído hablar de ti. Una alocadas historias en las que eras el alma de la fiesta...

—Bueno —le digo, interrumpiéndola—. Debe de ser el más guay de Highland Park.

Aria me lanza una mirada oscura, que ignoro, y miro a Spider, concentrándome en la parte del comentario que más me ha interesado.

—¿Eres famoso?

Spider se aclara la garganta, y leo un brillo de emoción en sus ojos castaños.

—Era la gran noticia: nuestro vídeo se ha vuelto viral. Sebastian me ha llamado hoy para avisarme. Y no solo eso, además las emisoras de radio lo han escuchado y no hacen más que poner nuestra canción. Es una locura. —Una sonrisa se extiende lentamente por su rostro—. Te lo iba a decir a ti primero, pero al parecer Aria lo ha visto en TMZ esta noche y me ha reconocido. —Sonríe—. Parece que *Superhero* va a ser un gran éxito.

«Oh!».

Lo miro sorprendida y sonrío de oreja a oreja, justo cuando Aria le pone la mano en el hombro.

Aprieto los labios.

Ella le hace un gesto para que mire su teléfono.

—Mira, he encontrado tu vídeo. Ya tiene un millón de visitas. —Levanta el móvil y miro el vídeo en

YouTube. Spider y su grupo están tocando *Superhero* en la azotea de un rascacielos en una ciudad que parece Nueva York. Al igual que en la actuación en el bar, Spider lleva el abrigo de visón azul y el *slip* estampado de leopardo, dejando a la vista su *six-pack* y todos los tatuajes. La música me parece una pasada, pero él también. Lo observo mientras se pavonea con la guitarra, doblando su cuerpo al ritmo de la música. Mis ojos recorren su pecho esculpido, y clavo los ojos en la línea en V finamente cincelada donde su cintura baja hasta su pelvis.

Es sexo y rock a la vez. Y eso hace que mi corazón se acelere.

Su brazo roza el mío cuando pone la mano encima de la mesa para levantarse y poder ver el vídeo conmigo. Como si mi cuerpo tuviera voluntad propia, me acerco más a él.

—Me encanta esa canción —murmuro.

—¿Te gusta más que *Albatros*? —Su voz resulta cálida y, justo a mi lado, el calor de su cuerpo me parece tóxico. Sé que si me vuelvo para mirarlo, nuestras caras quedarían a escasos centímetros de distancia.

Me humedezco los labios.

—Me encanta *Albatros* porque lo cantas tú..., y es una balada.

—Pensaré en ti la próxima vez que la cante —afirma con suavidad.

—¿De verdad?

—De verdad.

Parece que hay una corriente eléctrica que va de mí a él, y si me acerco; si lo toco, me freiría, pero a mi cuerpo no le importa. Me giro para mirarlo, y es evidente que los dos estamos invadiendo el espacio personal del otro, pero a ninguno de nosotros parece importarle. Sus ojos están fijos en mí, su mirada busca la mía. Se me corta la respiración. Está muy cerca y... por un momento, casi parece que estamos solos....

—Perdona —dice Aria, interrumpiendo mis pensamientos—. ¿Puedes traernos el menú, por favor? Spider parece salir también del ensueño; se aleja un paso de mí y se sienta al lado de Aria.

Todavía me estoy recuperando de la intensidad que supone tenerlo cerca cuando Trenton pone sus Ray-Ban en la mesa con mucho ruido para llamar mi atención.

Casi se me ha olvidado que estaba aquí.

—Hola, Rose. ¿Cómo te va? —Me hace su famoso gesto con la barbilla—. Estás estupenda. Te hemos echado de menos en Jo's mientras estabas fuera.

Sonrío. Ya me había mencionado que se había quedado en la ciudad durante las vacaciones.

—Eso es un detalle. Gracias.

Aria pone los ojos en blanco, pero Trenton no lo ve. Es muy buena ocultando que es una verdadera chica mala.

Me concentro de nuevo en Trenton. Esta noche lleva una camisa de Claremont, vaqueros y una gorra. La suya es una belleza clásica, y pertenece a una familia acomodada, podría salir con quien quisiera. No sé muy bien por qué está interesado en mí, salvo que sea porque yo no lo persigo, no le envío mensajes de texto ni trato de llamar su atención. Coincidimos en el laboratorio de biología en primer curso, y aunque él estaba saliendo con otra chica en ese momento, notamos una chispa de atracción entre nosotros. Después rompió esa relación, y desde entonces parece que andamos de puntillas uno alrededor del otro, como si no hubiéramos decidido todavía si realmente nos gustamos o no.

—He recibido la carta de la universidad de Nueva York. ¡Me han aceptado! Estoy entusiasmado —confiesa—. ¿Y tú has tenido noticias?

Asiento con la cabeza.

—Me han aceptado también. —Pero eso no significa que vaya a ir. No menciono ese dato porque no quiero ni parecer idiota ni poner un freno a su entusiasmo ante las noticias.

Se pone de pie, obviamente emocionado, llega a donde estoy, me levanta entre sus brazos y me abraza.

—¡Eso es genial, Rose! Me alegra que los dos vayamos a coincidir allí.

Cuando me baja al suelo siento el calor de los ojos de Spider sobre mí. Cuando lo miro, su rostro es inescrutable, salvo por un tic revelador en su mandíbula, y me pregunto qué significa eso.

Creo que lo sé. Trenton no le cae bien.

—No sé qué se necesita para poder pedir algo de comer —nos interrumpe la voz demasiado estridente de Aria—, pero os aseguro que tengo hambre.

Trenton le hace un gesto con la mano.

—Tranquila. Es una gran noticia. Nueva York es una pasada, y me alegro de conocer a algunas personas allí. —Me sonrío; sus dientes rectos y blancos destacan contra su piel bronceada—. Quizá coincidamos en alguna clase.

«Si pudiera ir...».

—¡Qué monos! —dice Spider, y noto el sarcasmo en su voz. Por suerte, nadie más parece darse cuenta, y, si lo hacen, no se dan por aludidos.

Le echo un vistazo de reojo, y estudio la forma en la que está evaluando a Trenton.

Trenton no es consciente de nada porque su mirada azul cielo está clavada en mí.

Me siento tan incómoda que estoy a punto de salir corriendo en busca de algunas cartas para escapar cuando Oscar se cubre el corazón con la mano.

—La canción de Spider es famosa y han aceptado a Trenton en la universidad de Nueva York. ¡Es increíble, sí...!, pero ¿sabéis qué haría que este momento fuera realmente maravilloso?

—¿Qué? —suelta Aria mientras nos mira a Trenton y a mí. Obviamente le molesta que le guste a Trenton. No cree que yo sea lo suficientemente buena para él. Estoy tentada de sacarle la lengua, pero eso resultaría demasiado infantil. En serio, a veces, realmente quiero hacerlo.

—Sí, ¿qué? —pregunta Lexa. Ha estado observando toda la situación en silencio, estudiándolos a todos.

Oscar se aclara la garganta.

—Bueno, ya que Trenton ha invitado a Rose a la fiesta de Spring Fling, creo que sería supermaravilloso que también nos invitara a Lexa y a mí. —Mira a Trenton.

Reprimo la risa. Oscar no tiene vergüenza.

Trenton asiente como un rey.

—Hecho. Los dos estáis invitados.

Bueno, ha sido bastante fácil.

Aria se sulfura.

—No podemos invitar a todo el mundo, Trenton. Es una fiesta exclusiva, de eso se trata todo.

Trenton se encoge de hombros.

—Soy el delegado de la clase y digo que pueden venir.

—Rosie —interviene Garrett, que ha estado en silencio hasta este momento, sospecho que porque es lento e incapaz de seguir nuestra conversación—, estás muy sexy con ese polo, Rosie. Si te doy una buena propina, ¿podrías bailar en mi regazo en privado más tarde? —Arquea las cejas.

Spider frunce el ceño de inmediato y lo mira con dureza.

—Cállate, gilipollas. Demuestra algo de respeto.

—Di lo que quieras, amigo —responde burlón—. Es Tin Town Rosie, sabe que estoy de broma,

¿verdad?

Aprieto el puño dentro del bolsillo de mi delantal al oír aquel estúpido apodo. Algunos de mis compañeros me empezaron a llamar así cuando llegué al instituto, y el nombrecito todavía colea.

—Claro. Resultas hilarante —digo—. Pero ya no bailo en el regazo de los jugadores de béisbol que no están en el equipo. Para mí, solo lo mejor.

No es ningún secreto que el entrenador lo ha estado sentando en el banquillo últimamente. Se rumorea que ha salido de fiesta demasiado y que no se ha presentado a algunos de los entrenamientos.

—Jaque mate —dice Oscar, riéndose como una vieja con un sonido explosivo.

La cara de Spider está roja y tensa, y noto que se inclina por encima de la mesa para susurrarle algo en voz baja a Garrett. Intento escuchar lo que es, pero no puedo, y menos con Aria gritándome al oído.

—¿Vas a traer hoy los menús?! —grita.

—Claro. —Doy un salto, y ya estoy a medio camino de la cocina cuando Trenton me atrapa junto al mostrador—. Oye, perdona a Garrett. A veces no piensa lo que dice.

Asiento con la cabeza.

—¿Por qué no vamos a cenar esta semana? —me sugiere—. Una cita de verdad antes de que llegue la Spring Fling.

Sin embargo, apenas lo estoy escuchando: tengo los ojos fijos en Spider mientras Aria coquetea con él.

Garrett parece haberse ido, porque no lo veo en ningún lado. Me pregunto qué le habrá dicho Spider.

En ese momento, Aria roza el tatuaje del cuello de Spider y me invade la ira.

¡Aggg...! Estoy celosa.

—¿Rose?

Miro a Trenton y tomo una decisión rápida.

—Me encantaría.

—Genial. Lo estoy deseando. —Vacila y luego me besa brevemente la mejilla—. Llevaré yo mismo los menús a la mesa. Así no tienes que hacer más trabajo.

—Vale —le digo, sintiéndome bastante desconcertada mientras se aleja.

Paso el resto de la noche en una especie de locura apresurada, tratando de atender a todas las mesas, y antes de que termine mi turno, me duelen los pies. Mis compañeros de clase le hacen el pedido a Cyndi, mi compañera de trabajo, a la que he prometido todas mis propinas si se ocupa de esa mesa.

A pesar de eso, de vez en cuando miro para esa mesa mientras anoto comandas y sirvo los pedidos. Y cada vez que lo hago, la mirada de Spider se encuentra con la mía..., y también la de Trenton.

Más tarde, voy al cuarto de baño para evitar despedirme. Apenas he empezado a lavarme las manos cuando Spider entra y cierra la puerta con llave.

Lo miro con ojos brillantes.

—¿Qué estás haciendo?

Se cruza de brazos, una señal segura de que se está protegiendo y se siente vulnerable.

—Tus amigos son todos gilipollas, excepto Oscar.

—Vale. —Yo también me cruzo de brazos—. Pues me parece que tú lo estás pasando muy bien con Aria.

Él suelta un gruñido de frustración.

—Para ser tan inteligente, es interesante que no te des cuenta de lo que pasa delante de ti.

Niego con la cabeza.

—¿De qué estás hablando?

Aprieta los dientes y me mira.

—Estoy en un restaurante..., en un cuarto de baño que apesta a lejía..., hablando con una chica que... eh... me gusta.

Me siento halagada.

—¿Eso es malo?

—Lo es porque eres mi hermanastra y me han advertido de que me mantenga alejado de ti. —Tiene una expresión de frustración en la cara.

«¡No!». No quiero eso.

—¿Y eso es lo que deseas hacer?

Él mira al suelo.

—La única razón por la que he venido aquí ha sido para verte y contarte las buenas noticias, y ahora me he dado cuenta de que Trenton es el tipo por el que leías el libro. Estoy en lo cierto, ¿verdad?

Levanta la vista, y hay cautela en su mirada, casi como si se estuviera preparando para lo peor.

—Sí.

Suelta el aire y se pasa las manos por el pelo.

—Joder...

—¿Por qué te importa?

—Por nada. Es solo que... Nada.

—Estás celoso —afirmo suavemente; lo acabo de comprender con tanta claridad que me siento mareada.

Él ignora mis palabras.

—¿Y vas a ir a la universidad de Nueva York con él?

Me quedo parada. Noto una opresión en el pecho mientras recuerdo mi sueño.

—Anne no me deja. No quería arruinar el entusiasmo de Trenton, así que no le he dicho nada.

—Pero ¿quieres ir? —Me estudia.

—No por él. Quiero ir por mí. Mi abuela siempre me había prometido que cuando ella y yo nos fuéramos de Tin Town, iríamos a Nueva York. —Hago una mueca, recordando su muerte cuando tenía diez años, un año antes que la de mi madre—. Es algo que dijo, y supongo que todavía estoy tratando de conseguirlo.

Me lanza una mirada devastadora con sus hermosos ojos mientras se acaricia el tatuaje de la viuda negra.

—¿Qué te pasa? —pregunto.

Suelta un profundo suspiro y se pasa la mano por el pelo.

—Sencillamente, no puedo soportar la idea de imaginarte con él. Lo odio tanto que me dan ganas de golpearlo, y ni siquiera voy a poder desquitarme con Garrett. Le he dicho que se largara del restaurante, o si no...

La cabeza me da vueltas al escuchar eso. Quiero abrazar a Spider y estrecharlo. Quizás algo más.

Se da la vuelta para salir por la puerta.

—¡Spider, espera! —grito—. No puedes irte después de soltar eso.

Pero no se da la vuelta ni se detiene.

Como ya ha llegado el final de mi turno y no me quedan más mesas, me deshago rápidamente la trenza y me aplico un toque de brillo de labios que llevo en el delantal. Spider y yo vamos a hablar.

Salgo corriendo por la puerta unos minutos después de él, pero ya se ha ido.

De hecho, el lugar está casi vacío, excepto por Oscar y Lexa. Los dos me abrazan y también se van, excusándose con que les esperan mil tareas. Cyndi se me acerca, entusiasmada porque Spider le ha dejado un billete de cien dólares como propina. Se ofrece a darme la mitad, pero suspiro y digo que no.

Solo lo quiero a él, no su dinero.

# 11

SPIDER

Paso la mano por el salpicadero del *jeep*. Puede que lo tenga desde hace seis años, pero mi padre lo ha mantenido en perfecto estado mientras lo guardaba en uno de los garajes de la casa. Me trae buenos recuerdos... y malos. Aria tenía razón: fui un demonio cuando iba al colegio. Incluso me escapé un par de veces, lo que fuera para llamar la atención de mi padre.

Observo a Rose mientras lleva la bandeja de regreso a la cocina. Parece que ha llegado el final de su turno y que le toca limpiar las mesas.

¿Por qué trabaja cuando no tiene por qué hacerlo? Creo que es admirable.

Froto el cuero que envuelve el volante. No es como las chicas que he conocido antes. Tiene una forma de mirarme..., como si pudiera ver cada detalle de mi alma, como si supiera exactamente lo que estoy pensando.

Me suena el teléfono, es Sebastian. Ya me ha llamado tres veces hoy desde su apartamento en Nueva York, una vez para contarme las noticias, y luego dos veces más para tenerme al tanto a medida que las visitas en el vídeo seguían creciendo.

—¡Amigo! —me grita al oído mientras le contesto—. ¿Estás viendo lo mismo que yo?

—Sí, es genial.

Se ríe.

—Es una locura. Y... atiende... Uno de los productores de música en los que estábamos interesados me ha llamado hoy. Ha visto el vídeo y quiere reunirse con nosotros en Los Ángeles.

Eso es fabuloso. Es la puta guinda a lo del vídeo.

—Estoy preparado para ir a Los Ángeles y ponerme manos a la obra, ¿sabes? Busca un apartamento y un estudio. ¡Necesitamos movernos!

Sonrío ante su exuberancia.

Continúa poniéndome al corriente sobre los demás miembros del grupo.

—Rocco y yo iremos a Los Ángeles este fin de semana para buscar un lugar para vivir. ¿Cuándo podrás llegar tú? Tenemos que ponernos a trabajar en las nuevas canciones del álbum.

«Acabo de llegar. No estoy listo para irme».

Lo cual es divertido, porque normalmente no puedo esperar para salir de Dallas.

—He hecho un trato con mi padre de que me quedaría por un tiempo. Nos dará algo de dinero para empezar. ¿Crees que puedes esperar?

Suspira.

—No lo sé, tío. Tenemos que subirnos a la ola cuando pasa. Y el vídeo se está volviendo viral, Mila ya está trabajando para concretar entrevistas con algunos programas, tal vez incluso con Kimmel. Sería bueno que ya estuvieras allí si recibimos la llamada.

Me froto la frente. Mila es nuestra relaciones públicas; trabaja literalmente por una miseria y la oportunidad de pasar el rato con nosotros. Asistimos juntos al colegio y, como dispone de varios fondos fiduciarios, tiene el tiempo y el dinero para ocuparse de hacer nuestra promoción. Somos su



proyecto favorito, y es cierto que ha hecho un trabajo fantástico. Colocó nuestro *merchandise* en la web, planificó el vídeo musical e incluso programó el *tour*. Es insustituible y gratis, no puedo olvidarme de eso. Actualmente vive en Dallas, pero quiere mudarse a Los Ángeles para estar cerca del grupo. Probablemente debería ir a verla o llamarla, pero aún no lo he hecho. Está enamorada de mí, y no quiero alentarla.

Suspiro.

—Mi padre se ha casado, tío, y hay una chica... —Mis dedos se mueven de nuevo por el volante—. Es diferente.

Decir que es diferente es un eufemismo, y en este momento soy intensamente consciente de ello, desde cada movimiento de sus hombros hasta el pulso en su cuello.

Al principio pensé que ella era solo guapa.

Pero es jodidamente luminosa.

Y lo mejor que puedo hacer es evitarla.

—Tío, hay chicas guapas para no hartarte durante días en Los Ángeles. —Su voz es divertida, pero siento su inquietud. Lo he decepcionado antes cuando solía... verme envuelto en peleas o meterme basura.

Mientras estoy distraído veo a Rose coger la cazadora del perchero y ponérsela.

—¿Spider? ¿Sigues ahí? —pregunta Sebastian.

—Sí, sí. Lo miraré y te haré saber el plan.

La tensión crepita por el teléfono cuando su voz se hace más profunda.

—Te necesito, tío. Hemos pasado cinco años muy jodidos y están empezando a dar sus frutos. No nos decepciones.

Rose sale del restaurante, se sube a su coche y abandona el aparcamiento.

—Me tengo que ir, colega. Te llamaré más tarde.

—Espera... —le escucho decir, pero ya he puesto fin a la llamada.

Me levanto y sigo las luces traseras del coche de Rose.

# 12

ROSE

Después de aparcar, recorro la acera que lleva a la entrada de mi dormitorio, maldiciendo por lo bajo porque las farolas de este lado de la calle están apagadas. Considerando lo que cuesta la residencia —treinta mil dólares al año, incluida la matrícula—, pensaba que el mantenimiento sería mucho mejor. Además de eso, las nubes ocultan la luna en cuarto creciente, dejándome casi sin luz. Debería haberme traído una linterna.

Cruzo la oscuridad rápidamente, ansiosa por llegar a mi habitación y meterme en la ducha. Me acerco hasta un par de metros de la puerta más cercana al aparcamiento antes de darme cuenta de que son más de las diez, lo que significa que esa entrada lateral está cerrada y que tendré que retroceder y entrar por el vestíbulo principal.

«Aggg...».

Me doy la vuelta, y sigo la larga acera que serpentea a través de hermosos paisajes y árboles. Ansiosa por llegar a un área bien iluminada, busco las llaves en la mochila.

De repente, oigo un susurro detrás de mí.

Sin detenerme, recorro con los ojos el aparcamiento, a mi izquierda, y el oscuro paisaje a mi derecha. Nada se mueve, pero se me acelera el pulso.

«Tranquila», me digo a mí misma. Además de ser uno de los barrios más ricos del mundo, Highland Park también es uno de los más seguros.

Aprieto el paso con un poco más de ánimo, y me concentro en llegar a la puerta principal.

Otro sonido inunda mis oídos, esta vez es un ruido que se detiene cuando yo lo hago. Miro por encima del hombro mientras un hormiguelo me eriza el cuero cabelludo.

Hay alguien ahí fuera.

Mirándome.

Siguiéndome.

—¿Quién está ahí? —pregunto mirando la oscuridad.

Silencio.

—Tengo gas para protección personal —digo—. Y no me da miedo usarlo.

Noto las manos húmedas. Estoy a unos cincuenta metros de la entrada principal. Podría soltar la mochila y salir corriendo...

—No te asustes. Soy solo yo, nena. —Oigo una risita antes de que Garrett salga de detrás de un pequeño arbusto. Usa un gorro negro, y se mete las manos en los bolsillos mientras adopta una pose indiferente, pero sus pasos son firmes y decididos—. Ya me parecía que vivías aquí. Mi dormitorio está justo al lado del tuyo. De hecho, te he visto aparcaro y he pensado saludarte.

«¿Saludarme? Sí, ya...».

Doy un paso atrás al tiempo que frunzo el ceño.

—Ya es tarde. ¿Qué quieres?

Se encoge de hombros, se acerca y se detiene a unos cinco pasos de mí. Casi metro noventa de

altura con músculos voluminosos, resulta intimidante.

—Nada. Solo quiero hablar.

Se me enfría el estómago.

Hay un tono muy ladino en su voz.

No debería haberme enfrentado a él. Debería haber ignorado su comentario sarcástico sobre bailar en su regazo y dejarlo pasar, el orgullo va antes de una caída y todo ese rollo.

Ya me ha alcanzado y su cara afilada se cierne hacia mí, hay una mirada hosca en su rostro mientras mueve sus ojos sobre mí.

—No tengo tiempo para juegos, Garrett. Ve a buscar a Aria, si eso es lo que estás buscando. —Me giro y me dirijo al interior, pero él me agarra del brazo.

—No tan rápido. No hemos terminado aquí.

Su aliento huele a whisky, así que aparto la cara y me zafo de su agarre.

—No me pongas las manos encima.

Levanta las manos en gesto de paz.

—¿O qué? ¿Gritarás? ¿Para qué? No estoy haciendo nada malo. Solo estamos teniendo una conversación.

Cuadro los hombros.

—Estás usando un gorro negro cuando estamos a veinte grados. Me has seguido desde el aparcamiento y te has escondido entre los arbustos. Eso es lo que yo llamo acecho. —Digo las palabras con valentía, pero por dentro tengo miedo. Realmente no lo conozco, no sé de lo que es capaz.

Lo único que quiero hacer es correr.

Pero algo me dice que eso es lo que él quiere.

Me tiemblan las manos mientras retrocedo lentamente hacia la puerta. Después de haberle insistido a Anne y llevar un año de entrenamiento en defensa personal en *krav magá*, en este momento, no puedo recordar ni una maniobra defensiva.

Trago saliva, y me recuerdo lo básico.

«No demuestres miedo».

«Ve a lo simple».

«Sé tú la que ataque».

«Ve a por las partes blandas».

Miro por encima del hombro hacia la puerta principal. Hay un timbre para tocar en caso de problemas. Si pudiera llegar allí antes de que él...

Salta hacia mí, me sujeta las muñecas con las manos y me atrae hacia él hasta que mi pecho queda apretado contra el suyo. Se me cae el bolso a la acera, y el contenido se vuelca, incluido el bote de gas mostaza. El olor de su sudor flota ante mi cara. Me muevo para alejarme, pero me tira del pelo hasta que tengo la cabeza inclinada hacia atrás, lo que me obliga a mirarlo. Aquel extraño ángulo afecta a mis cuerdas vocales, lo que impide que me salga algo más que un jadeo cuando trato de gritar.

Intento darle patadas, buscando acertar en la ingle, incluso aunque el corazón se me acelera y muevo los ojos alrededor, buscando ayuda. Se me hace más rápida la respiración, volviéndose superficial.

«¡Joder!».

A este ritmo, me voy a desmayar.

Aprieta los dientes.

—Nunca vuelvas a mencionar el béisbol delante de mí. No sabes una mierda de lo que dijiste...

Logro soltar una de las muñecas de su agarre y lo golpeo en la garganta.

Se tambalea hacia atrás y se pone de rodillas para llevarse las manos al cuello.

La ira y el miedo se unen, haciendo que cierre los puños. Hincho el pecho, cogiendo aire.

Los ojos pequeños y brillantes de Garrett se entrecierran mientras jadea, y se pone de pie. Antes de que pueda recuperar el aliento, él ya viene hacia mí.

Me coloco, preparándome para que me ataque, pero Garrett se tambalea hacia un lado cuando una sombra choca con él, y lo envía al suelo.

La figura de Spider es borrosa cuando lo derriba.

¿De dónde ha salido?

Clava el puño en la cara de Garrett, y lo hace girar hacia un lado. Tambaleándose, Garrett logra mantener el equilibrio. Spider le da otra vez un puñetazo, esta vez en el estómago, y hace caer a Garrett.

—¡No vuelvas a acercarte a ella! —grita Spider, golpeándolo en la mandíbula.

Garrett maldice y se sacude, en sus ojos aparece una mirada salvaje mientras avanza hacia Spider, derribándolo y clavándolo al suelo. Consigue dos buenos golpes antes de que Spider se retuerza debajo de él.

Spider se lanza y le quita el gorro, que usa para rodear el cuello de Garrett, cuyos ojos se hinchan. Es obvio que puede respirar, pero por poco.

—Si alguna vez te vuelvo a ver a menos de cien metros de ella, te mataré, hijo de puta. ¿Lo has entendido? —escupe Spider cuando lo suelta, alejándolo de nosotros con una patada en la espalda—. ¡Y ahora sal de aquí, puto gilipollas, antes de que cambie de opinión y te deje sin sentido!

Garrett cruza la hierba, sus largas piernas se apresuran mientras se dirige al patio y al dormitorio deportivo.

Tengo el pecho agitado cuando Spider se gira para mirarme. Corro hacia él para echarle un vistazo, usando el teléfono para tener más luz. Le veo un corte debajo del ojo derecho y sangre en la mejilla.

—Tenemos que examinarte eso —le digo con el corazón todavía acelerado por el chute de adrenalina.

—Estoy jodidamente bien.

Me recorre con la mirada y sé que todavía está alterado, sus ojos van de mi cara a mis brazos. Su pecho se agita.

—¿Te ha dejado marcas? ¿Estás bien?

Ni siquiera sé si es así. No me importa. Lo único que importa es que estoy bien y que Spider también. Asiento.

—Gracias por aparecer. —Suelto una carcajada, la adrenalina sigue bombeando en mis venas—. Me estaba yendo bastante bien por mi cuenta, ¿verdad? Le he dado un buen golpe en la garganta.

—Quería matarlo —murmura mientras aprieta los puños. —Da vueltas a mi alrededor, en un estado distraído y ansioso a la vez—. Deberíamos llamar a la seguridad del campus.

Niego con la cabeza.

—No servirá de nada. Él lo negará y me hará la vida imposible. Su familia tiene demasiado dinero y demasiada influencia por aquí. Es una estrella del béisbol y la gente me acabará culpando de alguna manera. Créeme, lo he visto una y otra vez. Además, tiene diecisiete años, y tú no.

—¡Joder! —Se frota la cara, con una expresión de vacilación—. ¿Estás segura?

Asiento con la cabeza. No quiero ponerlo en una situación extraña en la que se vea como el agresor cuando claramente no lo era, y una parte de mí no quiere que este incidente llegue a oídos de Robert y Anne. Sé que lo juzgarán por ello, y mi instinto protector están en su punto más alto cuando se

trata de Spider.

Ni siquiera sé por qué.

Suelto el aire, frotándome los brazos.

—La verdad es que no es la primera vez que tengo que defenderme. Viví en hogares de acogida durante dos años antes de que Anne apareciera.

—¿Y si lo intenta de nuevo y yo no estoy aquí?

—Olvídate de él. Creo que le has asustado muchísimo. —Le cojo la mano y me doy cuenta de que se está hinchando—. ¿Te duele?

—No. —Se mira la mano mientras yo la apoyo en la mía. Sus ojos se alzan para capturar los míos. Traga saliva.

Estudio su expresión mientras recuerdo lo que ha dicho antes sobre no poder encontrarse conmigo después del trabajo.

—¿No ibas a ir a un club esta noche?

Retira la mano, casi a regañadientes, y suelta un suspiro mientras se seca la sangre de la cara con el borde de la camiseta. Me regocijo en la vista perfecta de sus abdominales duros y la profunda V que lleva a la cinturilla de los vaqueros.

Es sólido como una roca, delgado y perfecto.

—Mis planes han cambiado..., evidentemente. Te he seguido a casa desde el trabajo. Habría estado aquí antes, pero mi padre me llamó justo cuando acababa de aparcar.

«Oh...».

—¿Por qué me has seguido?

Tiene una mirada de advertencia.

—No puedo evitarlo cuando se trata de ti.

«Oh...».

Esbozo una sonrisa, sintiendo que el trance con Garrett se desdibuja todavía más en mi mente.

—Ven a mi habitación para que pueda limpiarte esa herida.

Se muerde el labio inferior, la presión de sus dientes me resulta fascinante.

—Debería irme.

—Quizá esa sería la elección inteligente.

—Sin duda —dice con los ojos en los míos.

—Pero vendrás de todos modos —afirmo—. Porque es lo que quieres.

Pasan unos segundos mientras me mira con los ojos entornados, y admiro esas pestañas tan gruesas que deberían ser ilegales.

—¿Me está invitando mi hermanastra con un motivo secreto?

«Oh, sí...».

Spider es un sol brillante y caliente, y yo soy Ícaro, volando demasiado cerca.

—¿Qué pasa si digo que sí?

Una pequeña sonrisa juguetea en sus labios.

—Entonces diría que me enseñes el camino.

¿Cómo puede un hombre ser tan sexy?

Spider está sentado en el inodoro, sin camiseta, mientras le examino el ojo hinchado. Estoy haciendo todo lo posible para mantener los ojos apartados de los tatuajes que cubren su cuerpo, por no fijarme en la forma en la que desaparecen por debajo de los vaqueros, en la forma en la que su

pecho parece tallado en piedra.

Por supuesto, soy la estúpida que le sugirió que se quitara la camiseta para poder ver si tenía algún hematoma en el pecho. Una costilla rota puede provocar mucho dolor y quiero ser minuciosa, eso es todo, lo juro por lo más sagrado.

Él ha sonreído ante mi petición antes de quitársela, y esa es la razón por la que ahora no doy pie con bola.

Casi no hay aire para respirar con él en mi pequeño cuarto de baño.

Le limpio la mancha de sangre de la mejilla mientras me mira estoicamente, sin apartar nunca los ojos de mí, siguiendo cada uno de mis movimientos.

—Por la mañana tendrá peor aspecto —murmuro, solo para aliviar la tensión. Me sitúo entre sus piernas abiertas, consciente de su aroma fresco, de su magnetismo puro. Me tiemblan las manos, y tengo que concentrarme para no pensar en ponerme a horcajadas sobre él, los dos desnudos. Me obligo a quitarme la imagen de la cabeza. Quiero pasarle la lengua sobre el tatuaje del cuello. Quiero morderle como un animal mientras se hunde dentro de mí.

«¡Dios mío, Rose, para ya esa fantasía!».

Correcto. Soy virgen, y de todos modos no tengo mucha idea de lo que sucede después. Claro, he tenido un par de novios, pero nada serio. No tengo mucho en común con los chicos de Highland Park.

—Serías una buena enfermera —me dice con ternura, moviendo las pestañas de forma que dejan sombras en sus pómulos cincelados.

—Doctora en psicología —lo corrijo.

—¿En la universidad de Nueva York? —Su voz es inquisitiva, y supongo que ha superado los celos que le provocaba imaginarnos a Trenton y a mí juntos en Nueva York.

—Oscar y yo queremos ir allí. Lo supone... todo para mí.

—¿Es tu sueño?

—Sí. —Aunque en este momento estoy soñando con él.

—Conozco ese sentimiento. Así es la música para mí. —Sus ojos de un castaño dorado me observan mientras me acerco al botiquín en busca de la crema antiséptica y antibacteriana. Tengo el pecho peligrosamente cerca de su cara. Juraría que percibo su calor con los pezones.

—¿Por qué psicología?

Muevo la cabeza, fingiendo que no estoy completamente desbordada.

—Por mi abuela. Le encantaba leer a las personas, y lo digo de forma literal. Echaba las cartas en su casa antes de morir. Todas las ancianas del barrio iban a hablar con ella. Les hacía café, y ellas simplemente... hablaban, y luego mi abuela les decía lo que necesitaban escuchar mientras yo estaba sentada en el suelo a su lado, y la escuchaba. No había magia involucrada, por supuesto. —Me río—. Pero... era muy intuitiva. Calaba a la gente. Si alguien se movía o miraba hacia la izquierda o hacia la derecha mientras hablaban, decía que tenía un motivo, y me lo contaba todo después de que se fueran.

Sonríe.

—¿Cómo diablos llegaste a Highland Park?

—A través de los servicios sociales, que me llevaron hasta Anne. —Tiro el trozo de algodón con el que le he curado a la basura.

—¿Qué les pasó a tus verdaderos padres? —Hay ternura en su mirada, como si conociera el dolor de estar solo.

Suspiro.

—Bueno, mi abuela fue quien me crio, pero murió cuando yo tenía diez años. Mi madre se quedó embarazada de un hombre que la abandonó pocos meses después, por lo que nunca he conocido a mi verdadero padre. Lo último que supe de él fue que estaba en prisión en Florida. El único hombre que conocía era el novio de mi madre, Lyle. Una noche la golpeó demasiado fuerte y le rompió el cuello. —Respiro hondo al recordarlo—. La policía lo detuvo para interrogarlo, y él les apuntó con un arma. Uno de los policías le disparó, y él también murió.

Su cara se endurece mientras hablo, y me aclaro la garganta.

—No soy una víctima, así que no se te pase eso por la cabeza. Mi abuela me crio para buscar lo bueno en cada persona y no dejar que el pasado me deprima. Me dijo que no importaba de dónde eres, solo a dónde vas, y yo estoy siguiendo mi camino. Me iré de esta ciudad aunque sea lo último que haga.

—Creo que me hubiera encantado tu abuela. —Me rodea con un brazo y me abraza hasta que mi pecho está rozándole la cara. Recuerdo aquel beso épico en el avión. Siento la presión de sus muslos tensos, y mi respiración se acelera cuando el deseo se despereza dentro de mí, envolviéndome y atándome a él.

—No dudo ni por un instante que algún día serás psicóloga —murmura—. Tienes un sueño, lo que significa que lucharás con uñas y dientes. Tienes carácter y quieres demostrarle a la gente que está equivocada. Lo veo en tu cara. —Sonríe con sarcasmo—. Es evidente que no eres la única a la que le gusta analizar a las personas. —Sus labios sensuales y llenos se curvan en una sonrisa.

Un zumbido me calienta la sangre. Lo deseo desesperadamente.

Y es una tontería.

Es mi hermanastro.

Y nunca vuelve a llamar a una chica.

—¿Cómo sabes tanto sobre mí? —le pregunto, acercándome a él todavía más sin poder evitarlo.

Piensa en ello mientras me aparta un mechón de pelo de los ojos. Ahueca la mano sobre mi nuca y me acerca hacia él hasta que nuestras narices se tocan. Me acaricia la mejilla con el dorso de la mano, y el calor de su contacto me hace arder, pero hay cierta tensión en los músculos de sus brazos, como si se estuviera controlando.

—Porque soy como tú —me dice suavemente—. Somos muy parecidos, es asombroso. —Hace una pausa y me mira profundamente a los ojos—. Con una excepción: eres mejor que yo. Mi adolescencia fue un alocado viaje entre drogas y alcohol. —Se muerde el labio—. Todavía sigo en ese barco. No puedo pararlo, Rose. Algunos días quiero detenerme, joder, de verdad, pero nunca he tenido nada que sea lo suficientemente importante para darme fuerzas para hacerlo. ¿Tiene sentido para ti?

Asiento con la cabeza. No puedo pensar cuando lo tengo tan cerca de mí, sus ojos arden sobre los míos mientras intento entender lo que quiere decir.

Cierra los ojos y suspira.

—Te deseo, Rose. Resultas tóxica.

Respiro hondo, nuestros labios solo están separados por unos centímetros.

¿Me va a besar? Quiero que lo haga.

Sus ojos se abren después de un silencio que se prolonga demasiado, y una sonrisa le curva los labios.

—¿Me tienes miedo, Rose?

No.

—Tengo miedo de que me rompas el corazón.

Se mira el tatuaje de «LOST» en los nudillos de la mano.

—Probablemente lo haré.

Se pone de pie y el pequeño cuarto de baño parece encoger aún más. Con un hondo suspiro, guardo todo en el botiquín y llevo a Spider a mi habitación.

Spider mira el espacio, todavía con el torso desnudo, observando la pequeña habitación en esquina. Su mirada se detiene en la cama de matrimonio y luego va hacia el escritorio y la librería llena de libros. Las fotografías del puente de Brooklyn y del Empire State Building son la única decoración.

—¿No tienes compañera de habitación? —pregunta mientras coge una foto en la que aparecemos Oscar, Lexa y yo en una biblioteca el año pasado.

—No. Es una residencia privada, una de las ventajas de que Anne forme parte del consejo escolar.

Pasa los dedos por mi colección de libros de bolsillo.

—¿Cuál es tu favorito?

Me acerco para detenerme a su lado y saco la copia con solapas de *Jane Eyre*, de Charlotte Brontë, y se la pongo en la mano.

—Este. Y deberías leerlo.

Frunce el ceño.

—Quizá ya lo he hecho.

—¿De verdad? —pregunto emocionada.

Él se ríe.

—No, lo siento. ¿Ahora ya no me consideras tan culto?

—No importa. Léelo. Cógelo, por favor, como un regalo mío.

Ladea la cabeza a un lado mientras hojea las páginas, algunas de las cuales he señalado y subrayado.

—¿Por qué? ¿De que trata?

—Una niña huérfana busca amor durante toda su vida. Se trata de cómo lo encuentra, finalmente, en los brazos de un hombre que, le han dicho, no puede tener.

Su pecho se hincha mientras me mira a mí y luego al libro.

—¿Tienes mucho apego a ese personaje?

Asiento con la cabeza.

—Es una chica pobre que lucha contra la baja opinión de otras personas sobre su clase social. — Me detengo, sintiendo que me embarga una emoción inesperada. Supongo que quiero lo que Jane obtiene al final del libro: felicidad a pesar de todo lo que ha pasado. Se la merece. Me la merezco.

Me estudia con una mirada de asombro; la emoción es tan evidente que en ese momento pierdo el corazón.

—La encontrarás —dice—. Algún día, Rose. Te lo prometo.

Trago saliva.

—Quizás ya lo haya hecho.

Su expresión cambia y se vuelve desgarradora.

—¿Qué? —pregunto.

—Nada. —Niega con la cabeza.

Le toco el brazo, y dejo que mi mano se desplace hacia sus dedos. Estoy cansada de fingir.

—Spider... Hay algo entre nosotros. Lo sabes.

Suelta el aire, mirando al suelo durante unos segundos antes de levantar la cabeza para que sus ojos se encuentren con los míos. Sus mejillas adquieren un color encantador.

A pesar de lo seguro y confiado que es, se muestra tímido... ¿Es por sus sentimientos hacia mí?

El mundo se inclina sobre su eje, sin duda.

—No quiero repetir lo mismo otra vez, pero quiero que sepas que siento de verdad lo que pasó en



el avión con la azafata. Es algo típico de mí: decepcionar a la gente una y otra vez. Pregúntale a cualquiera. Eres una buena chica, Rose..., demasiado buena para mí.

Me duele el corazón.

—No quiero hablar sobre la azafata. Se acabó.

Levanta la vista.

—Te hice daño.

—Ni siquiera nos conocíamos —digo, tratando de alejar los pensamientos. Quiero encajonar esas imágenes, tirarlas al mar y luego poner un montón de rocas encima—. Olvidemos que nos conocimos de esa manera.

Asiente, se pasa la mano por el pelo y se tira de las puntas.

—¿Quieres empezar de nuevo? ¿Ser amigos, como te dije en el restaurante? Es algo que me encantaría.

Cierro los ojos. «Amigos» no suena del todo bien. Quiero algo... duro, salvaje y arriesgado.

No espera a que responda.

No sé por qué.

Tal vez es lo que ve en mi cara.

Suspiro.

—Solo tengo veintidós años, pero sé mucho sobre perder gente, Rose. Perdí a mi hermana cuando murió de forma temprana. Perdí a mi madre cuando huyó para estar con otro hombre, y perdí a mi padre hace mucho más tiempo. Ya no dejo que la gente me deje, y tú... tienes un poquito de poder sobre mí. Es suficiente que me rompa la cabeza. Necesito calma y música, y volver con mis compañeros de grupo. ¿Entiendes? —Su voz es insoportablemente suave, las palabras desgarran el frágil vaso que es mi corazón. Lo entiendo a la perfección. Me está obligando a sentirme decepcionada.

Aspiro profundamente.

—Siento lo de Cate.

Apoya el hombro en la pared y cruza las piernas, estudiándome.

—Si alguna vez quieres hablar de ella, estoy aquí.

Él vacila y se estudia las manos, que le tiemblan.

—Dejé que se fuera. —El dolor le recorre la cara—. Dejé que se fuera. Es culpa mía que se fuera.

Me mareo por las imágenes que sus palabras evocan y empiezo a entender. No sé cómo murió Cate, pero mi imaginación se está desbordando.

—¿Dejaste que se fuera?

Levanta la vista y asiente, su rostro es una página en blanco.

—¿Qué quieres decir?

Se pasa la mano por el pelo y se muerde el labio inferior con los dientes.

—Nos habían advertido de que nos mantuviéramos alejados de un lago que se había congelado. No los escuché, por supuesto, y me hundí. Estaba bien... Me las arreglé para salir del agua, pero ella se acercó a ver si estaba bien, se resbaló y... —Su voz se apaga.

—¿Se cayó? —Me invade el horror.

Asiente, se le mueve la nuez mientras traga convulsivamente.

—El hielo se abrió de par en par cuando cayó y se hundió por completo. Traté de sacarla..., pero ella seguía hundiéndose. Ella tenía mucho frío..., y le sostuve la mano todo el tiempo que pude. Traté de sacarla, pero no era lo suficientemente fuerte. Grité y grité pidiendo ayuda, pero no había nadie en los alrededores. —Se le cierran los ojos, y veo humedad en ellos. Aspira de forma temblorosa—. Al

final, nuestras manos se... soltaron.

El frío me invade, y me quedo sin aliento como si estuviera allí en ese momento, viendo cómo sucedía todo.

La resignación es evidente por la forma en la que se le hunden los hombros.

—Mí padre me echa la culpa.

—No —le susurro—. No puede ser. ¿Por qué lo iba a hacer? Fue un accidente. Erais niños.

—Rose, eres demasiado amable.

—No lo soy, y lo sabes. —Me interrumpo—. Deseo a mi hermanastro.

Sus ojos se encuentran con los míos, y no sé cuánto tiempo nos quedamos allí, mirándonos el uno al otro.

Me atraviesa una corriente eléctrica y se me calienta la parte inferior del cuerpo. Quiero apretarlo contra mi piel.

Su mirada se detiene en mis labios y luego se desliza hacia mi cara.

Quiero acercarme a él, rodearlo con mis brazos, pero es él quien se mueve primero y me encierra entre los suyos al tiempo que me aprieta la cabeza contra su hombro.

—Es hora de que me vaya.

«¡No!».

Soy un desastre emocional, me da miedo todo lo que me hace sentir.

Me da miedo lo perdido que está.

Su pecho se hincha cuando me suelta. Sus cálidas manos tatuadas encierran mis mejillas.

—Cierra la puerta cuando salga, y si ese tipo te mira, llámame. —Retrocede para apuntar su número en un trozo de papel y dejarlo en mi escritorio.

—No te vayas —le susurro mientras va hacia la puerta—. Quédate.

No responde, pero su rostro lo dice todo. Veo tormento. Veo indecisión. Es tan difícil para él alejarse como lo es para mí ver que se marcha.

No puedo respirar.

Me está dejando.

Abre la puerta, sale y se va.

# 13

ROSE

Al día siguiente, cuando comienzan a circular por el instituto algunos rumores sobre los ojos morados de Garrett, me preparo para una posible represalia.

Y ocurre antes de la clase de cálculo, justo después del almuerzo. Aria se acerca a mi taquilla tan rápido como puede con unos tacones de aguja, y me espeta con esa voz aguda y penetrante, que resuena en los pasillos de cemento, que soy una persona horrible por dejar que mi hermanastro haya golpeado a Garrett.

—En el restaurante quedó claro para todos que ibas a liarte con él —dice ella, con los brazos en jarras—. Y gracias a ti el entrenador de béisbol lo ha echado del equipo por meterse en peleas.

—Llevaba un gorro y estaba escondido en el bosque. —¿Qué más necesita saber?—. Es un idiota.

Aria me mira con frialdad.

—Voy a hacer todo lo posible para asegurarme de que tú y tu pequeño grupo de inadaptados no seáis invitados a la Spring Fling. Trenton está loco, mira que querer que asistáis...

Aprieto los dientes. A mí no me importa mucho, pero Oscar y Lexa se van a sentir desolados.

Se echa el pelo hacia atrás.

—No sé por qué le gustas tanto.

Aprieto los libros contra el pecho. ¡Dios!, estoy harta de este lugar. Estoy harta de chicas como Aria. Pero, sobre todo, quiero largarme y encontrar un lugar en el que encaje... Un sitio cualquiera, en cualquier parte lejos de aquí.

Oscar aparece a mi lado de repente, y tiene la nariz arrugada como si estuviera oliendo pescado en mal estado.

—¿Algún problema?

—No —le digo, sin apartar los ojos de Aria—. No pasa nada. Aria ya se iba.

La aludida pasea la vista por el guardapolvos de cuero negro que Oscar lleva puesto con unos pantalones de color caqui y una camisa blanca, abotonada hasta arriba, y hace una mueca.

—Eres muy raro... —le escupe con desdén antes de irse.

—¡Menuda zorra! —dice, siguiéndola con la mirada antes de volverse hacia mí—. ¿Estás bien?

Asiento con la cabeza. No quiero hablarle todavía sobre la fiesta.

—Sabes que en realidad me importa una mierda la Spring Fling, ¿verdad? —suelta como si me hubiera leído la mente. —Arqueo las cejas, y se ríe—. Vale, me importa, pero si este episodio con Garrett te hace sentir incómoda, podemos dejarlo e ir a nuestro aire.

—¿Y perderte la fuente de champán y el DJ? —Sonrío con tristeza.

—Piensa en la gran cantidad de gente borracha de la que nos vamos a poder reír.

—Son todos unos imbéciles.

Sonríe.

—Todos menos nosotros.

Me río y lo abrazo. No importa lo que nos depare el resto del curso, me alegro de que sea mi amigo.

Después de ir al instituto, corro al dormitorio en la residencia, donde me deshago con rapidez de la falda a cuadros y la camisa blanca, que me cambio por unos vaqueros y un polo negro. Tengo prisa, y apenas me da tiempo a trenzarme el pelo antes de salir por la puerta para ir a trabajar, algo que espero con impaciencia. Necesito una distracción para no pensar en Spider.

—¡Rose, espera! —escucho la profunda voz de Trenton cuando estoy llegando al coche.

¡Lo que faltaba! Me las he arreglado para no verlo en todo el día porque me preocupa cómo va a reaccionar ante el incidente con Garrett, y ahora está aquí. Compongo una sonrisa antes de darme la vuelta, y lo miro mientras trota hacia mí.

Según se acerca, me ablando un poco. Con el cabello color arena ondulado y su físico musculoso, es imposible no fijarse en él.

—Llevo todo el día persiguiéndote —asegura deteniéndose delante de mí.

No puedo reprimir una sonrisa.

—¿Te has puesto a correr por el campus para encontrarme?

Asiente.

—He ido a tu dormitorio, y la chica que estaba en recepción me dijo que ya te habías ido. —Me mira con el ceño fruncido—. ¿Estás evitándome?

Cambio mi peso de un pie al otro.

—Ya sabes lo que ocurrió ayer con Garrett, ¿verdad?

Asiente rápidamente con la cabeza.

—¿Estás bien?

—Solo gracias a Spider. —Aprieto los labios—. La cuestión es que corre el rumor de que Garrett ha sido expulsado del equipo. Así que he supuesto que podrías estar enfadado conmigo por eso, ya que eres su compañero de equipo.

Trenton me mira muy serio de arriba abajo.

—Estoy preocupado por ti. Me gustas mucho, Rose.

Me pongo a jugar con la cremallera de la mochila.

Se acerca un poco. Huele como el aire del mar y la brisa del océano.

—Garrett y Aria estaban en mi casa la otra noche cuando comenté que iba a Jo's. Me acompañaron, y desearía que no lo hubieran hecho.

Está diciendo justo lo que quiero oír, y a mi corazón le gusta.

Pero...

Spider...

—Y... le he advertido personalmente de que te deje en paz.

Pienso en Oscar y Lexa.

—Entonces, ¿todavía estamos invitados a la fiesta?

—Claro. —Parece desconcertado de que haya sugerido lo contrario. No menciono los comentarios de Aria; es un miembro de su familia, y no quiero meterme en esos asuntos.

Unas horas más tarde, cuando estoy sirviendo un pedido para cuatro personas en una mesa, veo que Spider entra por la puerta. Casi me tropiezo con la pierna de otro cliente al ver que se sienta en la misma mesa en la que estaba anoche.

«¡Está aquí!», se regocija mi corazón.

«¡No te emociones demasiado!», replica mi cabeza.

En cuanto llego a la mesa que estoy atendiendo y les relleno las bebidas, me aliso el delantal y voy

hacia él. Tiene un pequeño moratón debajo del ojo, pero su aspecto no es tan malo como el de Garrett.

Me mira, no retira la vista de mi cara, y descubro que la forma en la que me observa con intensidad es una de las razones por las que lo encuentro increíblemente atractivo. Es como si me estuviera estudiando y tomando notas.

Le sonrío, y él me devuelve la sonrisa.

—Todo bien desde anoche, ¿verdad? ¿Ha pasado algo hoy en el instituto?

Hago un gesto restando importancia al asunto.

—Todo está bien. Aria se ha portado de forma rara, pero no te preocupes por mí. ¿Cómo va el famoso vídeo de YouTube?

Sus ojos se iluminan.

—Sebastian me ha estado llamando a cada rato para tenerme al tanto, como si no pudiera ver por mí mismo que esto se está convirtiendo en una locura. Me han llamado del programa de Ellen, o lo han intentado, creo. Va a ser... brutal.

—Por supuesto. Tienes muchísimo talento.

Hay una larga pausa mientras nos miramos, luego me aclaro la garganta.

—Dime, ¿te traigo algo?

Desliza los ojos sobre mí hasta detenerlos en mis labios.

—¡Oh, sí! Bueno, en realidad, he venido a hablar sobre esto. —Saca la copia de *Jane Eyre* que le regalé—. Me he quedado despierto hasta las tres de esta mañana leyendo sobre las maldades de este chico. No lo he terminado todavía, pero tienes la culpa de las manchas que luzco debajo de los ojos.

—¿Del ojo morado?

El se ríe entre dientes.

Siento un entusiasmo tan grande que tengo que reprimirme para no gritar.

«¡He conseguido que Spider lea *Jane Eyre*! ¡Guauuuu!».

—¿Y qué te ha parecido? —Antes de saber lo que está ocurriendo, estoy sentada frente a él.

Me mira fijamente.

—Yo creo que... Jane es fuerte. Ya estoy medio enamorado de ella.

«Oh...».

Noto un vuelco en el corazón y trago saliva.

—¿Y Rochester? ¿Que piensas de él?

—Es un gilipollas que se ve envuelto en los errores que cometió en el pasado, y esa esposa suya está loca... —Se muerde el labio—. Estoy en la parte donde él quiere que Jane sea su amante. Ya va siendo hora...

Mi cuerpo se calienta al imaginarlo como Rochester y a mí como Jane. Nos veo en algún lugar de Inglaterra, acurrucados frente al fuego que arde en el dormitorio de una enorme propiedad. Yo llevo un vestido blanco, y él me está haciendo el amor, tomando mi virginidad.

—¿Jane lo desea tanto como él a ella? —Su pregunta me hace regresar al presente.

Mi corazón se salta un latido.

—Sí —respondo jadeante.

—Dime cómo termina —me pide—. ¿Rochester logra olvidarse de Jane? ¿Ella se va a la India con ese maldito gilipollas de St. John? ¿La esposa de Rochester los mata a todos? Joder, ¿alguna vez logra ser feliz esta gente?

De repente, parece que no estamos hablando del libro.

Impulsivamente, alargo la mano y toco la suya. Parece ser lo más normal en mí cuando se trata de

él. Me quedo sin autocontrol.

—El amor gana cuando lo dejas libre.

Mis ojos dicen más.

Al principio, parece confundido; luego se le ve desgarrado mientras se reclina en su asiento, la acción aleja su mano de la mía. Se aclara la garganta y mira a su alrededor. Veo que se está retirando tras sus defensas.

No quiero que lo haga.

—Quizá debería marcharme —comenta mientras guarda el libro en el bolsillo interior de la cazadora de cuero—. Le he dicho a mi padre que iría a hablar con él sobre Los Ángeles. Conoce allí a mucha gente.

Suena sincero, pero me parece una excusa.

De fondo, escucho el tintineo de la campana y el sonido de la voz del cocinero cuando me grita que tiene preparado el pedido.

Suspiro, y estoy a punto de ponerme de pie cuando me ponen un brazo sobre los hombros y Trenton se sienta en el asiento del reservado, a mi lado. Me da una especie de abrazo.

—Hola, guapa.

Parpadeo y lo miro, volviendo a la realidad de golpe.

—¡Eh...!

Le lanza a Spider una mirada al tiempo que lo saluda con rapidez, pero no importa, porque Spider ya se ha levantado y nos contempla con el ceño fruncido. Noto que palidece mientras se da la vuelta para ir a la puerta.

Contengo el aliento mientras me pregunto qué demonios acaba de suceder.

—¿Es por algo que he dicho? —se interesa Trenton al tiempo que estudia mi expresión con los ojos.

Niego con la cabeza

—No, no te preocupes por eso. Solo es que... tenía prisa, supongo.

«Prisa por alejarse de mí...».

# 14

ROSE

Paso el resto de la semana agobiada, como si tuviera una piedra en las entrañas.

Spider consume todos mis pensamientos.

Intento quitármelo de la cabeza. Voy a cenar con Trenton y dejo que me bese. Acudo con Oscar y Lexa a la biblioteca. Trabajo un turno extra en el restaurante sustituyendo a Cyndi solo para mantenerme ocupada. Incluso asisto a un grupo de estudio de clase de cálculo que me está tocando las narices, pero nada sirve para expulsarlo de mi cerebro.

Anne y Robert organizan otra comida familiar el viernes por la noche. La espero con ansiedad, y me pongo a pensar que usaré unos pantalones blancos y una blusa de seda amarilla con un suéter de color crema que Anne me compró en una de sus tiendas favoritas. Oscar está en la habitación cuando elijo la ropa y la describe como «modelito de niña rica», pero no me importa. Usaré lo que sea si puedo ver a Spider.

Me pongo la blusa y los pantalones en el baño, y luego salgo corriendo a la habitación para que Oscar me evalúe. Me he recogido el pelo en una elegante coleta que se balancea cuando me doy la vuelta, exhibiéndome.

Oscar me da su aprobación, y me dirijo a Highland Park para cenar.

Pero cuando llego allí descubro que Spider no va venir. Mientras doy cuenta de la cena, me siento decepcionada y algo... vacía. Es ese estado de ánimo lo que me impulsa a plantear nuevamente el problema de la universidad de Nueva York, esta vez con Robert presente.

Anne se pone recta.

—Ya hemos discutido ese tema. No quiero que te vayas tan lejos.

—Pero ¿por qué? —¡Necesito que me dé una buena razón!

Aprieta los labios.

—Necesitas que te vigilen, Rose.

Sus palabras me molestan.

—Tengo casi dieciocho años —espeto—. Puedo ir a la universidad en otro estado si quiero.

Ella niega con la cabeza.

—Solo pagaré los gastos de Winston. Y asistirás a una universidad cercana para que yo pueda estar pendiente de ti. Además, de esa manera aún puedes hablar en las galas. ¿No quieres ayudar a esos niños?

Tenso la mandíbula al ser consciente de que está intentando manipularme.

—Claro que sí, pero estás tratando de hacerme sentir culpable por querer ir a la universidad, Anne.

—No me gusta tu actitud —dice ella bruscamente—. Por favor, usa un tono más respetuoso cuando te dirijas a mí.

«Ya estamos con los modales...».

Dejo la cuchara de postre y me pongo de pie; necesito salir de aquí.

—No te he dado permiso para levantarte —vuelve a intervenir, limpiándose la boca.

Robert le lanza una mirada tierna.

—Es posible que Rose tenga planes, querida. Es viernes por la noche.

Ella emite un suspiro y asiente con la cabeza.

—Por supuesto. Es obvio que, de todas formas, necesitas algo de tiempo para reflexionar.

Estoy a punto de irme, pero decido darme la vuelta, mi ira es demasiado intensa como para dejarla pasar.

—No te confundas, Anne, sé exactamente quién soy, y no necesito que me vigilen. He vivido toda una vida antes de conocerte. Me cuidé sola cuando mi madre no lo hizo. Me mantuve alejada de Lyle. Cuando me conociste, ya había visto cosas que nunca podrás imaginar.

Vuelve a apretar los labios.

—Basta.

Niego con la cabeza al tiempo que aprieto los puños, tratando de no elevar la voz cuando lo único que quiero es gritar.

—Y, por cierto, he pedido plaza en la universidad de Nueva York y me han aceptado. Me da igual que me lo pagues o no, me voy a ir a Nueva York.

Ella respira hondo mientras se pone una mano sobre el estómago.

Los miro brevemente y salgo del comedor. Cuando me subo al coche, la adrenalina me hace vibrar, y recorro el camino de entrada muy nerviosa alejándome de Highland Park.

Antes de darme cuenta de a dónde voy, me dirijo al ático que Robert tiene en la ciudad, donde Spider está alojándose.

El portero me reconoce de cuando ayudé a traer algunas de las cosas de Anne, y me saluda cálidamente mientras me acompaña al ascensor.

Con dedos temblorosos, aprieto el botón del ático, plenamente consciente de la opulencia de las paredes de espejo. Cuando el ascensor se detiene, las puertas se abren en un lugar con el suelo de baldosas de mármol. Se escucha música al otro lado de la puerta de acero.

Llamo.

Y llamo de nuevo.

La música se detiene, y percibo crujidos detrás de la puerta.

—Soy yo —le digo—. La chica a la que has estado evitando.

La puerta se abre, pero el tipo que está allí de pie no es Spider. Tiene más o menos su edad, lleva el pelo revuelto; un montón de cabello rubio salvaje que le rodea de la cara como la melena de un león. Viste unos pantalones cortos deportivos y una camiseta sin mangas, y el sudor le perla la frente.

En las esquinas de sus ojos de color azul hielo aparecen unas arruguitas mientras me estudia de arriba abajo.

Lo someto al mismo tratamiento mientras exprimo mi cerebro, tratando de recordar por qué me parece tan familiar.

Por fin, chasqueo los dedos.

—¿Eres Sebastian? ¿El cantante de Vital Rejects?

—Sí, cielo. —Se limpia la frente antes de apoyarse contra el marco de la puerta mientras me lanza una sonrisa arrogante—. Y tú debes de ser «la chica» —dice, arqueando las cejas.

«¿La chica? ¿Con énfasis?»

¿Y eso que significa?

—¿Spider te ha hablado de mí?

—¡Aléjate de mi hermanastra, imbécil! —La voz de Spider llega hasta nosotros desde el pasillo, aunque no lo veo. Debe de estar en otra habitación.



—¡Ni de coña! —le grita Sebastián por encima del hombro—. Te has olvidado de mencionar lo buena que está.

—Vale, mírala. Pero te partiré la cara si la tocas —le advierte Spider en tono agudo, y siento que un rubor me colorea las mejillas. Supongo que eso me responde a la pregunta de si ha estado hablando de mí o no.

Sebastian abre más la puerta y señala con la cabeza el interior del apartamento.

—Pasa. Vendrá dentro un minuto. Tiene que ponerse guapo antes de salir.

—¿Eh? —«¿Van a salir?».

Seguramente a un bar... , donde haya chicas mayores... y alcohol.

Actividades en las que no puedo participar.

De repente, estoy volviendo a pensarlo todo mejor; no debería haber venido. Pero he llegado hasta aquí, y necesito verlo.

Sigo a Sebastian al interior del apartamento y me quedo en medio del estudio mientras él saca un refresco de la nevera.

Me meto las manos en los bolsillos de los pantalones.

—¿A dónde vais a ir, chicos?

Antes de que Sebastian pueda responder, entra Spider en la habitación y pierdo la capacidad de expresarme durante un momento.

—Tienes el pelo... blanco —susurro cuando finalmente recupero mis mermadas facultades mentales mientras muevo los ojos con avidez por su cabeza. Los mechones blanqueados enmarcan perfectamente su rostro, acentuando la agudeza de sus pómulos, la oscuridad de sus ojos y la larga columna bronceada de su cuello. Se me detiene el corazón al verlo. ¿Cómo puede ser tan sexy? No es justo para el resto del mundo.

—¿Qué ha pasado con el azul?

Se toca la cabeza.

—Ya lo había llevado antes así, el blanco siempre ha sido mi favorito. ¿Te gusta?

—Sí —digo casi sin aliento.

Doy un paso atrás, y mis piernas chocan con el sofá, haciendo que me siente de golpe. No me importa porque sé que está sucediendo algo importante, y solo necesito agarrarlo y dejarme llevar.

—¿Estás bien? —me pregunta—. Estás rara.

Niego con la cabeza, pensando...

En otro chico con el pelo blanco...

Que tenía el mismo acento....

Y esa forma de encoger los hombros cuando algo no le importaba.

Un recuerdo lejano empieza a aclararse en mi mente y me lleva al pasado. Ahí estoy yo, en el aparcamiento de aquel supermercado. Trago saliva al pensar en todo lo que enterré en el ataúd con mi madre hace años.

La recuerdo en el suelo con moratones oscuros en el cuello.

Y a... un chico muy guapo.

«Spider es ÉL».

Sebastian y Spider me miran antes de intercambiar un gesto entre ellos, pero los ignoro mientras saco el móvil del bolso y marco un número, uno que tengo grabado en mi cerebro y en mi cuerpo.

Tecleo los dígitos, pero como siempre ha ocurrido antes, la llamada llega a una línea desconectada.

Aun así, debe de ser él.

Tiene que serlo.

Los años pueden haber borrado su rostro de mi memoria infantil, pero comienzo a recordarlo todo.  
—¿Qué te está pasando? —Sebastian parece confundido—. ¿Quieres llamar a alguien?

Llego a una decisión y me concentro en Sebastian.

—No te conozco, y odio ser maleducada, pero, por favor, ¿puedes dejarnos solos?

Spider asiente rápidamente con la cabeza, y Sebastian endereza su alta figura, me estudia con la mirada de arriba abajo. Lo que sea que vea lo hace actuar.

—De acuerdo. Me largo. Llámame luego, Spider. —Sale del apartamento, la puerta se cierra suavemente detrás de él.

—¿Va todo bien? —me pregunta Spider.

Niego con la cabeza mientras me quito el suéter. Me levanto la blusa de seda por encima de la cabeza para lanzarla al suelo de madera. Noto que coge aire bruscamente, que su mirada va directamente a mi sujetador de encaje blanco.

—Rose, vuelve a ponerte la blusa. —Su voz es firme, pero sus ojos, ¡oh, Dios!, sus ojos están ardiendo.

—No. —Me acerco a él, que retrocede contra la pared.

—¿Rose? —Veo que se expande su pecho, y sé que está jadeando.

—Ya te conocía. —Hablo lentamente, y mi voz está afectada por los recuerdos, pero estoy deseando que lo sepa también él—. De Tin Town... De cuando yo tenía once años y tú dieciséis. Estabas en el supermercado y me diste trescientos dólares. Fue la mañana que descubrí la muerte de mi madre. Me... me diste tu número de teléfono y me dijiste que te llamara si alguna vez te necesitaba.

Sus ojos se iluminan.

Me levanto el pelo con las manos al tiempo que me doy la vuelta para enseñarle la espalda. Sé qué es lo que está viendo: el tatuaje de una mariposa de colores naranja, verde y morado entre los omóplatos. Aunque sea con números muy pequeños, el número de su móvil está grabado dentro del ala derecha.

—La mariposa... es un recuerdo de ti, un recordatorio del chico que entró en mi vida un momento y me dio esperanza y luego se fue, volando a otro lugar. Me lo hice en Nueva York. Tu número está ahí escrito.

No puedo ver su rostro, pero le escucho contener la respiración mientras traza los números con dedos suaves como plumas. Me estremezco cuando se me pone la piel de gallina.

Hay un silencio profundo mientras procesa todos los datos.

No me importa.

Su voz rebosa asombro.

—Ese es mi antiguo número. Mi padre lo dio de baja cuando vio que no iba a la universidad. ¿Cómo...? —Se interrumpe—. Te recuerdo. Tenías hambre.

Me doy la vuelta y me enfrento a él, mirando esos ojos insondables, los que he llevado en mi corazón durante años. Repetí esos dígitos una y otra vez en mi cabeza cuando me enfrenté a hermanos adoptivos malos, a noches de hambre o simplemente de soledad.

Sus ojos se encuentran con los míos y nos miramos el uno al otro.

Mi cerebro sabe que va a ser una estrella del rock. Es tan evidente que me va a romper el corazón como que tengo una nariz en la cara.

Pero no puedo dejarlo ir sin más.

Respiro hondo con los ojos todavía clavados en los suyos.

—Mirar a alguien durante más de seis segundos indica que quieres tener sexo con él o asesinarlo. ¿Cuál es tu caso?

Cierra los ojos cuando hundo los dedos en su cabello blanco, luego le tiro de las puntas mientras nuestros labios se unen.

Vacila un poco antes de gemir, sus manos van a mi trasero, y me aprieta contra él.

Con un movimiento rápido, me hace girar hasta que yo soy la que está contra la pared y es él quien tiene el control. Me devuelve el beso con fuerza, con una desesperación que indica que teme que yo pueda desaparecer en un instante. Hay cierta rigidez en su mandíbula, y le acaricio la cara y la garganta mientras sus labios me saborean, devorándome.

Se aleja de mí con la respiración jadeante, le tiemblan los hombros como si se estuviera reprimiendo con todas sus fuerzas.

—No te detengas —le suplico.

Mi cuerpo gravita hacia el suyo, mi respiración es lenta cuando una oleada de emociones me envuelve. Me pongo de puntillas para sentir sus labios nuevamente, pero él me mantiene a raya mientras apoya la frente en la pared, justo detrás de nosotros.

Cuando por fin habla, su voz es áspera como si hubiera sido arrastrado por las rocas.

—Le he prometido a mi padre que te dejaría en paz, pero no puedo.

—Gracias a Dios.

Cuando levanta la cabeza y me mira, siento que lo he atrapado, que lo he capturado. Me siento como la sirena que lleva a los marineros a saltar de sus barcos para que la adoren para siempre.

—Eres demasiado buena para mí —dice mientras me acaricia ligeramente el hombro antes de bajar la mano por mi brazo. Sus labios se ciernen sobre los míos..., que los esperan con ansia.

—No lo soy. Te quiero tal como eres. No me importa nada más. —Trazo el contorno de sus labios, y le muerdo el inferior hasta que gime. Luego me apodero de su boca, enredando la lengua con la suya, inhalando su aroma a especias y cuero. Soy brusca con él porque quiero recuperarlo.

Quiero su desesperación.

Quiero su necesidad.

Gime mi nombre mientras desliza hacia abajo los tirantes de mi sujetador, hasta que mis senos quedan libres. Me rodea uno de los pezones con los labios mientras acaricia el otro con la mano, frotándolo con el pulgar.

—Eres preciosa... Quiero tocarte por todas partes.

—Sí —suplico.

Me besa el lateral del cuello y me lame la piel.

—Quiero follarte, Rose. Quiero follarte desde el momento en que te vi. —Su voz es gutural y áspera, y esa palabra guarra hace que mi centro se contraiga.

—No te voy a detener.

Mis manos van a sus vaqueros para desabrocharlos, y entonces le envuelvo la dura polla con las manos, deslizando los dedos por su piel aterciopelada.

Sisea, antes de reclamar mi boca una vez más.

Ambos tenemos la respiración agitada cuando hace desaparecer su camiseta, pasándosela por la cabeza. Le beso por el hueco en la base de la garganta mientras él desliza la mano dentro de mis pantalones, por debajo de la ropa interior. Estoy mojada cuando me toca, cuando comienza a hundir y a retirar los dedos en mi interior.

Todo se vuelve borroso a medida que nos fundimos en uno, abrazándonos y besándonos.

En un abrir y cerrar de ojos estamos en el dormitorio, sin ropa, y me roza la piel en lugares que me hacen gemir y arquear las caderas hacia él llena de necesidad.

Nos acostamos sobre un edredón mullido y él se ciernen sobre mí. Me acerco más, necesítándolo

dentro de mi cuerpo. Una parte de mí quiere que se dé prisa, para dejar atrás la parte dolorosa.

—¿Eres virgen? —pregunta con una ardiente pero vacilante mirada en sus ojos castaños.

Asiento, y él suelta un suspiro.

—Me gustaría decir que lo siento por arrebatarte eso, pero me alegro de que sea yo y no Trent...

Le pongo un dedo en los labios.

—Eres tú. Siempre tú.

Me pasa un dedo por la mejilla, sin apartar los ojos de los míos, con una ansiedad que hace que mi corazón palpite aún más fuerte.

—Antes de hacer nada... ¿Vendrás a Los Ángeles conmigo? —susurra—. Te quiero conmigo, Rose. Te quiero conmigo todo el tiempo.

«¿Y qué hay de Nueva York?», pienso durante medio segundo, pero luego se pone a besarme.

Quiero estar con él. Es mi mariposa.

—Te seguiré a todas partes —prometo.

Me besa de nuevo. Sus labios están calientes, sus manos más calientes todavía cuando toca mi sexo, preparándome para él. Me retuerzo, rogándole que se apure.

Ninguno de los dos es consciente de en qué momento entran nuestros padres en la habitación.

# 15

SPIDER

—¡Me habías dicho que la dejarías en paz! —me grita mi padre. Estamos frente a frente en la cocina del ático. Me mira mientras se pasea. Me siento en un taburete sin camisa, bebiendo el aguado Jack Daniel's con Coca-Cola que Sebastian me dejó preparado antes de que todo se fuera al infierno.

Suelto el vaso y me paso una mano temblorosa por el pelo, hasta tirarme de las puntas. ¡Mierda! Ahora sí que lo he jodido todo.

Rose ya se ha ido, Anne la sacó a rastras de aquí tan pronto como se volvió a vestir.

«Dios, su cara...».

Estaba blanca como una sábana.

Se sentía mortificada... y solo decía mi nombre.

«Qué jodido lío...».

—No eres más que un puto mentiroso que no puede mantener las manos quietas —me acusa mi padre mientras tomo otro trago y dejo bruscamente el vaso en la encimera.

—¡Puedes largarte cuando quieras! —le grito.

—Este ático es mío. —Aprieta los labios—. Da igual que sean mujeres, drogas o alcohol, siempre te pasas. —Niega con la cabeza—. Por cierto, el ama de llaves ha encontrado la coca que te has dejado en el cuarto de baño de arriba. Has llegado demasiado lejos, Clarence. Muy lejos.

—Que te jodan. —Me froto la cara.

«Rose...».

Solo puedo pensar en ella.

En su cara. En esos ojos, que me miran como si fuera un puto héroe.

Y eso es lo último que soy; de hecho, soy un desastre.

No soy bueno para nadie, de verdad que no.

Aprieto los puños. ¿En qué lío la he metido?

Necesito una raya.

Necesito un trago.

Necesito cualquier cosa.

Necesito a Rose.

Mi corazón se rompe, se me fractura en el pecho, y quiero abrir mi cuerpo para arrancármelo. Sin embargo, me levanto y atravieso la habitación, optando por hacerme otra bebida y tomármela. Mi padre me mira con cautela, con los labios apretados.

Sebastian entra en ese momento por la puerta y se detiene bruscamente; aparece una expresión de confusión en su cara mientras observa la escena. Recorre el lugar con la mirada, buscando a Rose. Sebastian se presentó en el ático ayer para ver cómo estaba y, de paso, tratar de convencerme de hacer las maletas para que me largara a Los Ángeles con él ahora en lugar de más adelante.

Mi padre lo mira.

—Esta es una conversación privada, Sebastian —le dice en voz baja.

Sebastian me mira a la cara, pero se mantiene firme.

—Lo entiendo, pero creo que me quedaré, señor. Spider puede necesitarme.

Suelto el aire; Sebastian es el mejor amigo que tengo. Siempre ha estado conmigo, desde los días del colegio, recogiendo mis partes rotas. No lo merezco tampoco. No merezco una mierda.

—Nos han pillado...

Sebastian palidece.

—¡Joder! —Ignorando a mi padre, se acerca y me pone una mano en el hombro—. ¿Estás bien?

Asiento con la cabeza, pero luego lo pienso mejor y me pongo a negar.

—No. —Me duele el estómago, y la expresión de la cara de Rose cuando salió me ha dejado destrozado. Aprieto los puños y me froto los ojos—. Lo he jodido todo. Tengo que ir a buscar a Rose.

Sebastian suelta un largo suspiro.

—Spider..., tío... He pensado mucho en eso. Es solo una niña, y estás a punto de largarte de aquí. Tal vez..., quizá sea mejor así.

—¿Te haces una idea de lo que podría pensar Anne de todo esto? —interviene mi padre—. ¿Lo que podría suponer para nuestra relación?

Cuando lo miro, hay preocupación mezclada con ira en su rostro.

—Solo te traigo mala suerte, ¿no? —comento.

«Cate —dicen mis ojos—. Mamá...».

Suelta el aire y levanta las manos en el aire.

—No es así, Spider. Esto es solo un nuevo comienzo para mí. Para nosotros, si quieres que así sea.

Me encojo de hombros y aparto la vista de él. No quiero pensar en nuevos comienzos.

Se tira de la corbata para aflojársela.

—No estuve cerca cuando eras pequeño, pero en esta nueva oportunidad con Anne... La amo... —Su voz se apaga.

«¿Qué hay de mí?».

Ignorándolo, paso a su lado para ir al balcón, donde saco un cigarrillo del bolsillo y lo enciendo, absorbiendo la nicotina.

Oigo a papá y a Sebastián hablar en voz baja allí dentro, pero desconecto; no quiero enterarme de qué están conspirando.

Me he fumado ya cinco cigarrillos cuando noto que mi padre se reúne conmigo, aunque no lo miro. Se ha servido su propia bebida y está tomando un whisky con un temblor visible en la mano. Suelta una exhalación profunda.

—Veo que piensas mucho en Rose, y quizá no sea como tus ligues habituales...

Le dirijo una mirada fulminante.

—No te pongas en mi lugar. No sabes nada de mí —escupo.

Él asiente con frialdad, dejando aflorar ese contenido aire inglés suyo con el que intimida a todo el mundo.

—En efecto. Tienes razón, no te conozco, porque nunca hemos pasado mucho tiempo juntos. Apenas tuve tiempo para ti cuando eras un bebé. Tu hermana murió, tu madre se fue y yo seguí adelante como si nada hubiera cambiado. Te dejé en un internado en un país extranjero mientras trabajaba. Estuvo terriblemente mal por mi parte, y mi única excusa es..., bueno, que no supe ser lo que necesitabas. Lo lamento mucho. Me siento en parte responsable de la situación en la que te encuentras actualmente: recurriendo a las drogas y pensando que estás enamorado de una menor de edad.

Aprieto la barandilla del balcón. No puedo creer que me haya dicho todo eso. Le lanzo una mirada de soslayo, contento de que lo haya dicho en voz alta. Lo hace parecer más real.

—Creo que eso lo abarca casi todo... —Me interrumpo—. Después de que mi madre se fuera, te vi seis veces en cuatro años. Fue muy jodido.

Asiente con la cabeza.

—No pude hacerlo mejor. Pero quiero arreglarlo...

Nos quedamos allí, envueltos por el viento, mirando cómo se mueven los coches en la calle. Pienso en el pasado, en lo infeliz que probablemente ha sido mi padre desde que desaparecieron Cate y mi madre.

Cojo aire profundamente y lo suelto antes de hablar.

—Lo creas o no, me siento... feliz por ti. —Muevo las manos en el aire—. Por Anne y el bebé. Te mereces una segunda oportunidad.

Por su rostro cruza una expresión tensa y pensativa mientras se mete las manos en los bolsillos mirando hacia el horizonte.

—Hijo, cada día es una segunda oportunidad. Todo lo que tienes que hacer es aprovecharla.

Lo miro a los ojos para evaluar su reacción.

—Quizá Rose es lo que necesito.

—Solo hay una cosa segura en esta situación —dice lleno de resolución—, y es que ahora debes salir de su vida.

Sé que tiene razón.

Existe una parte de mí mismo que también se siente decepcionada de mis actos, de mi incapacidad para dejarla en paz. Me froto la frente.

—¿Me das un pitillo? —me pregunta.

No ha fumado desde que yo usaba pañales, y si lo ha hecho, yo no le he visto. Le paso uno y él lo enciende como un profesional, ahuecando la palma de la mano sobre la llama para protegerla del viento.

—A veces estoy seguro de que no te conozco en absoluto —comento, mirándolo.

Él asiente mientras me estudia con intensidad.

—Es que tú tampoco sabes nada de mí.

De repente me siento muy cansado.

—¿Qué quieres que haga?

Durante un buen rato frunce el ceño como si estuviera sopesando algo muy importante.

—Te voy a hacer una propuesta —dice, inclinándose sobre el balcón y mirando hacia el horizonte—. He estado hablando con Sebastian sobre algo, y se me ha ocurrido un plan, uno que será lo mejor para todos los involucrados.

Me quedo quieto.

—¿Incluida Rose?

—Especialmente para Rose —responde al tiempo que asiente con la cabeza.

Me cuenta su idea, y antes de que termine, sé que es lo mejor.

# 16

ROSE

—Tu comportamiento es completamente inaceptable —dice Anne desde la barra de la cocina mientras se sirve un vaso de té helado—. No pienso permitir que te acuestes con un matón. —A pesar de que es evidente que está nerviosa, pronuncia las palabras sin aspavientos.

Así es ella.

«No le respondas —me digo para mis adentros—. Solo empeorarás la situación. Es una persona crítica, no conseguirás que cambie de opinión».

Estoy sentada ante la mesa en la que desayunamos, retorciéndome los dedos en el regazo. Llevamos aquí media hora y me palpita la cabeza. Al parecer, Anne ha usado una aplicación del móvil para saber a dónde fui después de marcharme de su casa, y vio que estaba en el ático. Por eso fueron allí Robert y ella.

—Estabas en la cama, con él. —Respira hondo.

Noto que me ruborizo y bajo la mirada a la mesa.

—No nos hemos acostado.

Miro de reojo el móvil para ver si me ha enviado un mensaje de texto.

—Guarda el teléfono, Rose.

Lo pongo boca abajo.

—Lo siento.

Se acomoda en la silla que hay delante de mí con la cara muy pálida.

—No lo vas a volver a ver. —Sus palabras repican como tañidos de campanas inalcanzables... Claros, fríos y secos.

—Va a ser difícil, puesto que estás casada con su padre. Por supuesto que lo veré... —replico, agarrándome con fuerza al borde de la silla.

Niega con la cabeza.

—No quería tener que decírtelo, pero la de la limpieza ha encontrado drogas en su habitación desde la noche que estuvo aquí.

No me sorprende demasiado.

—No me importa —aseguro. Es algo que ya resolveremos él y yo.

Separa los labios.

—No sabes lo que dices. Si te metes en su mundo..., bueno, acabarías tomando el camino equivocado, como tu madre...

«Yo no soy como mi madre».

De hecho, considerando de dónde vengo, soy casi perfecta.

—No soy como ella, sino como mi abuela.

—Puedes llegar más lejos que cualquier persona de Tin Town, más lejos que tu abuela —afirma bruscamente.

No puedo permitir que incluya a mi abuela con las demás personas de Tin Town.



Cuando me levanto, la ira que me envuelve es como una tormenta que me eriza hasta la superficie.

—No importa de dónde sea. Lo único que importa es a dónde voy.

Cojo el móvil de la mesa y le envío a Spider un mensaje de texto con el corazón acelerado; necesito salir de aquí.

*«Por favor, ven a buscarme. Te necesito. Estoy en casa».*

Anne suspira y se pone de pie para llevar el vaso al fregadero, donde lo lava antes de dejarlo en la rejilla de secado. Hay una expresión triste en su rostro cuando me mira.

—No te va a responder.

Giro la cabeza hacia ella.

—¿Cómo lo sabes? ¿Qué está pasando?

Se mira las uñas.

—Robert me ha enviado un mensaje de texto hace un rato. Spider se va a Los Ángeles. No te quiere a su lado.

Me siento fatal. No, eso no puede ser cierto. Me ha pedido que vaya a Los Ángeles con él. Él me quiere tanto como yo a él.

—¿Cuándo?

Se encoge de hombros.

—Muy pronto.

Un mensaje de texto entrante hace que me vibre el teléfono y, cuando lo levanto, se me acelera el pulso al ver que es de él.

Pero cuando lo leo, se me rompe el corazón.

*«No puedo. Adiós».*

# 17

ROSE

Es lunes, hace tres días que no sé nada de Spider. Todavía no sé cómo lo he conseguido, pero me las he arreglado para evitar enviarle mensajes de texto o pasar por el ático. Estoy enfadada con él por ese adiós críptico y todavía sigo furiosa por la interferencia de Anne. Aunque ella sí me ha llamado y enviado varios mensajes de texto, que me niego a responder.

Me acerco lentamente al instituto, intentando no pensar en ninguno de los dos.

Aun así, no puedo concentrarme.

Acabo recordando a Spider en cada clase; mi cerebro y mi corazón se emborrachan con imágenes de su aspecto nervioso y peligroso, con la forma en la que sus ojos me siguen donde quiera que vaya, con lo que siento cuando su cuerpo está apretado contra mi piel desnuda. Deseo eso. Lo deseo a él.

«Pero se droga».

«Utiliza a las chicas».

Rebobino para recordar todas las cosas que Anne me ha contado. Sin embargo, a mi corazón no le importa.

«¿Dónde está?».

«¿Por qué no me ha enviado ningún mensaje de texto?».

«¿Qué he hecho mal?».

En cuanto suena el timbre para que acudamos a la última clase, esquivo el ataque de los estudiantes y salgo por las puertas principales como si tuviera todo el derecho a ello. Nadie se da cuenta, y lanzo un suspiro de alivio.

Me subo al coche para alejarme de Highland Park, en dirección al ático. He hecho todo lo posible para fingir que todo va bien, que no estoy pensando en él cada segundo, pero es mentira.

Después de veinte minutos de trayecto por la autopista en los que voy oyendo su música, encuentro sitio para aparcar en Bandera Avenue, a pocas manzanas del edificio. Todavía con la falda de cuadros azules y verdes del uniforme, las medias azules hasta la rodilla y la camisa blanca con cuello de Peter Pan, troto hacia el parque que hay frente a su casa.

Es un día soleado, pero una nube oscura oscurece el sol y provoca un ánimo sombrío en mis entrañas.

El aire parece siniestro.

Miro hacia lo alto del edificio, y mis ojos se posan finalmente en el balcón del ático. Los dejo allí clavados, sintiéndome estúpida y demasiado inocente, casi esperando que sepa que estoy aquí y salga para verme.

Pero no lo hace. Nadie se asoma al balcón para saludarme.

«Si él te quisiera aquí, te lo habría dicho —me recuerda una parte de mi cerebro, a la que ignoro—. Se ha despedido de ti».

Tampoco me importa.

La vida va de arriesgarse, de decir cómo te sientes, y a la mierda las consecuencias. Es decir, ¿cómo

sabrás que es una decisión incorrecta si nunca la tomas?

Le envió un mensaje de texto con las manos temblorosas y húmedas por el sudor.

*«¿Sigues aquí? Te siento cerca, como si estuvieras».*

No hay respuesta mientras ando alrededor de un banco del parque.

Pasa media hora y el cielo se pone más oscuro.

«Entra de una vez —me digo a mí misma—. Pídele al botones que anuncie tu presencia».

Pero no tengo tanto descaro como para entrar así..., por lo que sigo esperando.

Si quiere despedirse de mí, será a la cara.

Le escribo que estoy delante del edificio y que no me irá hasta que lo vea.

Gimo para mis adentros por lo patética que resulto, pero creo que es muy tarde para preocuparme por eso. Ya he llegado demasiado lejos para que me importe lo que pueda parecer.

Justo en ese momento, se acerca una limusina negra a la acera y se baja una chica muy guapa de unos veinte años con una minifalda de color rosa bebé, *stilettos* blancos y un suave suéter blanco que se adhiere a cada curva de su cuerpo. Lleva el pelo castaño recogido en una coleta adornada con un lazo de lunares.

Todavía me estoy preguntando quién es cuando suena un aviso en mi móvil.

*«Vete a casa, Rose. No puedo ocuparme de ti ahora».*

«Está aquí. Lo sabía».

«Sientes algo por mí», respondo.

Pasan veintidós minutos antes de que él responda. Lo sé porque los estoy contando. Mi corazón se acelera.

*«No siento nada por ti».*

Es como si me hubiera abofeteado. Me vuelvo a sentar en el banco y veo pasar a la gente con sus perros. Las mujeres adineradas me miran con atención y sé lo que están viendo: una colegiala con un móvil apretado contra el pecho como si fuera un salvavidas.

Me concentro de nuevo en mi teléfono.

*«No me lo creo. Hay algo intenso entre nosotros. ¿Qué tiene de malo admitirlo?».*

Pasan cinco largos minutos mientras la desesperación y la ira se mezclan dentro de mí.

«Dios...».

«¿Por qué no me voy?».

«¿Por qué estoy aquí otra vez?».

Para hablar con el.

Para despedirme frente a frente.

Para que me diga adiós a la cara.

«No te quiere, Rose».  
Sí, me quiere.  
Escribo otro mensaje:

*«Tengo que ir a trabajar esta noche, pero no me pienso marchar hasta que te vea».*

Media hora después, el aire es más frío, y me envuelve la brisa. Me estremezco mientras me froto los brazos.

Sale una pareja del edificio; son las primeras personas a las que veo salir desde que estoy aquí, y mis sentidos se ponen alerta. ¡Es él! Su cabello es como un faro, y mis ojos lo absorben mientras anda con paso firme junto a la chica de la falda de color rosa que llegó antes en la limusina. El portero está detrás de ellos, arrastrando una maleta y la funda con su guitarra.

Desde el otro lado de la calle, siento que recorre el área con la mirada, pero no se detiene en mí.  
Me está ignorando.

Doy un salto para levantarme del lugar donde estoy sentada justo cuando él pasa un brazo alrededor de la chica. Ella le introduce los dedos en las presillas del cinturón de los vaqueros como si fuera su dueña, y, mientras los miro, ella le sonríe con una expresión de felicidad en el rostro.

Él la gira para que lo mire y la besa en los labios. Le recorre la espalda con las manos, estrechándola contra su cuerpo.

No puedo respirar.

Me duele el pecho.

Me arden los ojos y se me llenan de lágrimas.

Es entonces cuando percibo otras cosas de ella. Está despeinada, algunos mechones se le han soltado de la coleta como si Spider le hubiera hundido los dedos en el pelo.

Su falda, aunque sea difícil de distinguir desde aquí, parece estar del revés, con la abertura en la parte delantera, como si se la hubiera puesto apresuradamente.

Quiero arrancarle cada mechón de ese feo cabello castaño.

Quiero clavarle las uñas en la cara.

Él... él... la está besando en los labios.

Respiro hondo, pues me estoy quedando sin aliento. Aprieto la mano contra el pecho en un vano intento de eliminar el dolor. Salgo al encuentro del tráfico caótico y comienzan a pitarme los coches que esquivo para llegar a ellos.

Me tropiezo con la acera mientras sigo corriendo. Sé el aspecto que debo de tener en este momento. Mi trenza se está deshaciendo y algunos pequeños mechones de cabello revuelto flotan alrededor de mi cara. No me queda ya maquillaje de tanto restregarme la cara. Llevo la chaqueta desabrochada, y los zapatos tipo Oxford están sucios de haberlos rozado contra el banco. Soy un caos total, y ni siquiera me importa.

—¿Rose? —Dice mi nombre como si le sorprendiera, pero no creo que sea así, aunque hay una mirada apagada en su rostro.

Lanzo una rápida mirada a la chica, y noto que luce una sonrisa de felicidad.

Quiero vomitar.

—¿Conoces a esta chica? —le pregunta ella mientras le vuelve a meter la mano en el bolsillo trasero —. Ya tienes una acosadora. —Suelta una risita—. Un poco joven, ¿no te parece?

—Es mi nueva hermanastra.

Ella arquea las cejas.

—Ah...

—¿Qué quieres ahora? —Sus ojos vagan sobre mí y trago saliva, dándome cuenta de que nunca me ha visto de uniforme.

Por primera vez, me siento terriblemente joven con él. Aprieto las manos para reprimir el impulso de escapar.

He venido hasta aquí. He atravesado cuatro carriles de tráfico para llegar a este momento.

Ahora no hay vuelta atrás.

Solo tengo ojos para él, no para la castaña, aunque sé que su rostro siempre quedará grabado en mi cerebro.

—Necesito hablar contigo —le digo justo cuando el conductor de la limusina sale para abrirles la puerta trasera.

Spider señala el vehículo con un gesto de la mano.

—Me voy a Los Ángeles. No queda nada más que decir. Nuestros padres se encargaron de eso.

Pero su cuerpo dice algo diferente. Hay una expresión de angustia en su rostro que coincide con la mía, y sus hombros están rígidos cuando me mira de frente, comiéndome con los ojos. Sus iris castaños están fijos en los míos, y, al igual que él, me niego a dejar que se rompa la conexión.

—Estás mintiendo. —Ahora estoy más cerca y lo huelo, el aroma del cuero gastado, del humo del tabaco y de las especias, que se mezclan para formar un aroma propio y embriagador muy particular. Quiero bañarme en él. Quiero que me rodee con sus brazos, y envolverlo con los míos.

La chica —¡oh, Dios, cómo la odio— mira a Spider y le pasa una mano por la cara. Una expresión resignada cruza por su rostro mientras sus ojos pasan de mí a él.

—Habla con ella, cariño. Necesita oírte decir a ti. Estaré esperando en el coche.

La observo mientras pasa junto a mí y se mueve hacia la oscura caverna que se forma en el asiento trasero. Muy pronto, él estará sentado allí con ella. Se besarán de nuevo...

«Detente».

«No lo hagas».

«Mierda...».

«Tiene la falda del revés».

Cierro los ojos.

Han estado juntos, probablemente desnudos en la cama, ahí arriba, en el mismo lugar en el que yo estaba hace solo unos días.

La mirada inyectada en sangre de Spider se cruza con la mía, sus ojos son el espejo de su alma. No ha dormido, o tiene resaca, quizá las dos cosas.

—Di lo que tengas que decir para que me pueda marchar. Estoy preparado, Rose. —Sus palabras son suaves y tiernas, y me doy cuenta de que necesita que lo libere, pero no voy a ponérselo fácil.

—Te amo —le digo.

Sus ojos brillan, y separa los labios con un suspiro.

—No digas eso.

—¿Por qué? Es verdad. Y creo que tú también me amas.

Niega con la cabeza.

—Nunca me escucharás decir esas palabras, Rose. Yo no amo a nadie. El amor es para las personas que quieren hacerse daño.

—¡No puedo evitar sentir lo que siento! —grito.

—Estás enamorado de quien crees que soy. —Señala a la chica que lo espera dentro de la limusina

—. Sabes que he follado con ella, ¿verdad?

La ira estalla al instante, y lo empuja, haciéndolo tropezar contra el suelo de cemento.

—Que te den a ti y a todas las chicas a las que te tiras. No puedes decirme lo que siento.

Él palidece.

—Dios... Lo siento. Esto es lo que mejor se me da. Lo jodo todo, ¿recuerdas? Soy un caso perdido, Rose. No soy lo que necesitas, y nunca lo seré.

Lo miro negando con la cabeza.

—Déjame ir a Los Ángeles contigo.

Cierra los ojos, y cuando los abre están llenos de dolor, de anhelo..., por mí.

Lo sé. Lo veo.

—Lo que estás sugiriendo es imposible. Tengo que pensar en mi carrera, y tú debes ir a la universidad.

—No me importa. —Lo digo de forma apresurada, esperando convencerlo—. Sé que es algo inexplicable, pero cuando te veo... sé que he llegado a mi hogar. Es como si fuéramos dos piezas de un rompecabezas que por fin se han unido.

—Quizás me quieras ahora, pero dentro una semana o de un mes, cuando me drogue y te engañe... —Su voz se apaga, tensa.

Me estremezco. Mi cuerpo está dispuesto para luchar o huir. Miro a la chica que le espera en el coche.

—¿Esa chica te importa?

Se golpea los vaqueros con los dedos mientras se niega a mirarme.

—Hay un avión esperándome, Rose.

—Esto no es un adiós —digo, con la voz quebrada—. Me niego a permitir que te vayas hasta que me digas que no significo nada para ti, ¡nada! —Grito la última palabra con los puños cerrados.

Pero estoy hablándole al aire.

Está yendo hacia la limusina.

—Si te alejas de mí ahora... —Dejo que las palabras floten en el aire.

Él sabe a lo que me refiero.

Se detiene, sus hombros suben cuando coge aire, pero su mano sigue haciendo ese golpeteo contra la pierna.

Jadeo, dispuesta a decir cosas que no quiero, preparada para contarle cualquier cosa que lo pueda detener.

—Lo juro por Dios, si me dejas aquí, me acostaré con Trenton... Él será el primero. Nunca volveré a pensar en ti. Te lo juro, es cierto. ¿Es eso lo que quieres? —Se me quiebra la voz.

Se queda allí quieto mientras yo estoy contando los segundos. Mis ojos le ruegan que se dé la vuelta y me mire.

—Saluda a Trenton de mi parte, guapa —dice en voz baja y ronca.

Y luego se sube a la limusina y se aleja lentamente.

Me limpio la boca con el dorso de la mano, que tiembla incontrolablemente.

Se ha ido.

Con... otra.

No sé cuánto tiempo permanezco allí, quizá sean diez minutos, tal vez media hora. El portero sale y me mira, pero lo ignoro.

Hasta que el cielo se abre y comienza a llover no empiezo a asimilar la verdad. Es entonces cuando la realidad me hace estallar en pedazos.

Nunca he sido tan especial para él como él lo ha sido para mí.

Me toco las mejillas. Las lágrimas recorren mi cara, su humedad me recuerda que nunca antes me había dolido nada así... Nunca. Siento que me estoy muriendo de una enfermedad horrible, de algo que podría consumirme.

¿Es esto lo que se siente al enamorarse de alguien y no ser correspondido?

¿Esto es lo que inspira las canciones de amor?

Quiero gritar a todo pulmón. Quiero golpear el suelo con las manos. Quiero vomitar.

Me doy cuenta de que todo el mundo se va, incluso las personas que más quieres. Se meten en tu vida y luego se van como si nada hubiera pasado. Te dejan atrás su destrucción y apuestan tu corazón para perseguir sus propias ambiciones.

Ya sé lo que tengo que hacer.

Nunca más dejaré que nadie se acerque a mi corazón.

## SEGUNDA PARTE

A PESAR DE QUE UN HOMBRE PUEDA DAR LA  
VUELTA —SEA LO QUE SEA QUE EMPRENDA—,  
SIEMPRE TERMINARÁ VOLVIENDO AL CAMINO  
QUE LA NATURALEZA LE HA MARCADO.



# 18

SPIDER

DOS AÑOS DESPUÉS

Media hora antes de empezar el concierto en el Madison Square Garden, estoy tomándome un trago de tequila de marca cuando llaman a la puerta del camerino. Es la segunda copa antes de que salga al escenario. Lo necesito para relajarme, pero no bebo en pleno concierto. Es algo que le he prometido a Sebastian que no haré, y por ahora he cumplido.

Pero después, cuando la música termina y la multitud se ha ido..., comienza un juego completamente nuevo.

Llevo mi atuendo habitual para las actuaciones: unos vaqueros negros ajustados y una camisa gris gastada con rotos estratégicamente colocados. Me he colgado las joyas de plata, y ya ha venido la maquilladora para delinear los ojos con lápiz negro.

Abro la puerta, esperando ver a Sebastian o al batería, Rocco. A los dos les gusta hablar y entablar conversaciones antes de actuar, para no ponerse nerviosos. A Rocco le gusta comentar los dibujos al carboncillo que hago para relajarme, y a Sebastian le gusta hablar del espectáculo. Max, el guitarrista rítmico, es un tipo tranquilo al que le gusta estar solo hasta que subimos al escenario.

Pero no es ninguno de ellos. Es Rick, uno de los encargados del transporte en la gira *Wake Up and Die*, con la que estamos recorriendo el mundo después del gran éxito de nuestro último álbum.

—Hola. ¿Qué pasa?

Está masticando tabaco, y se lo aparta a un carrillo para hablar. Tiene un lento acento sureño; creo que es de Alabama.

—Hay una chica en la puerta de atrás que quiere verte.

Arqueo una ceja.

—Nada de *groupies* hasta que termine el espectáculo, amigo. Llama a seguridad.

Escupe en una botella de agua vacía.

—Los he llamado por radio, pero no puedo contactar con ellos.

—Esa chica se irá una vez que comience el espectáculo —digo, pensando ya en otras cosas. Tengo que llamar a mi padre y verificar dónde me alojaré aquí, en Nueva York, después del concierto. Cada vez que vengo, termino alojándome en una de sus propiedades en lugar de en un hotel. Probablemente debería haberlo hecho antes, pero estamos al final de la gira y tengo la cabeza en otra parte.

—Dice que te conoce. —Ahora me está mirando con los ojos entrecerrados, como si supiera algo que yo desconozco.

—¿No lo hacen todas?

Mira el nuevo tatuaje que tengo en la parte superior de la mano izquierda, una rosa roja con los pétalos abiertos. Me lo he hecho la semana pasada. En mi espalda hay otra rosa, pero esa me la tatué un año después de marcharme de Dallas.

—Dice que te diga que se llama Rose.

Siento que el aire desaparece de la habitación, y me sujeto al marco metálico de la puerta para no

caerme.

—¿La has visto? ¿Qué aspecto tiene? —pregunto con un hilo de voz.

Asiente con la cabeza.

—Le he abierto la puerta, jefe. Es muy sexy, va vestida con un ajustado vestido negro y tacones. Parece tu tipo, una morena.

Sebastian se acerca, casi está preparado, solo le falta abrocharse los vaqueros y ponerse la chupa de cuero negra. Su melena dorada le cae alrededor de su cara, y noto que acaba de lavarse el pelo. Se detiene en seco delante de mi puerta.

—Amigo, parece que acabas de ver un fantasma. ¿Estás bien? —Sus ojos buscan los míos.

—Perfectamente —respondo.

Nos mira atentamente, pero sigue andando.

—¿Nos vemos en la puerta del escenario dentro de unos minutos?

Le guiño un ojo, pero estoy mirando a Rick.

—Normalmente, me limitaría a ignorarla, como a las demás chicas que se presentan en la puerta de atrás —continúa explicándose—, pero, bueno, conoce tu verdadero nombre: Clarence.

Un calor puro me envuelve cuando las imágenes de Rose inundan mi mente... El beso en el avión... Su cuerpo debajo del mío en el ático... Su aliento como alas de un ángel cuando me roza la piel...

El único recuerdo que queda en mi cabeza es su expresión cuando me vio con Mila.

Aparto esa imagen de su rostro apagado.

«No pienses en eso ahora...».

De hecho, solo puedo pensar en la promesa que le hice a mi padre cuando me marché de Dallas. Le juré que dejaría que Rose viviera su vida, que creciera y fuera la persona que debía ser. Acepté la oferta de medio millón de dólares y me monté mi vida en Los Ángeles.

«Sí, pero no te gustaría simplemente... ¿verla?».

Mi corazón pega un brinco ante la idea.

—Jefe, ¿qué quieres que haga?

«¡Déjala entrar!», grita mi cuerpo.

Ya no tiene diecisiete años.

Pero...

Todavía no estoy limpio. Es evidente que tengo algunos días buenos, pero no soy lo que ella necesita. Tengo que ser fuerte para mí antes de poder ser fuerte para ella.

Sebastian grita mi nombre.

—Diez minutos. Ven, quiero enseñarte algo.

Miro a Sebastian sin comprender, tengo la cabeza otro lado, y él me mira con impaciencia.

—¿Vienes?

Asiento, y empujo a Rick.

—Dile que llamarás a la policía si no se va.

Me apresuro hacia el escenario; mi cuerpo está tenso mientras hago aumentar la distancia entre donde estoy y donde necesito estar. Corro, porque, de lo contrario, podría romperme.

Podría abrir la puerta trasera y dejarla entrar.

Podría apretar los labios contra los de ella y decirle la verdad.

Que es en ella en quien pienso cuando cierro los ojos por la noche.

Me despierto de golpe con el sonido de una sirena de policía a través de una ventana abierta.

«Mierda...».

«¿Dónde estoy?».

Miro a mi alrededor, y observo el pequeño y estrecho piso. La ropa está esparcida por todas partes, y el lugar apesta a humo de tabaco y alcohol. Levanto la vista y miro el techo lleno de goterones, la mancha de agua oscura en la esquina de la pared. Es un tugurio, pero me he despertado en lugares peores.

Me froto la cara, mientras la cabeza me palpita como la batería en el concierto de anoche.

Escucho un gemido en el otro lado de la cama.

Hay una chica desnuda a mi lado cuyo rostro no reconozco. Lo único que veo es una masa de pelo rubio y enredado. ¡Gracias a Dios!, no soportaría a otra morena.

Me levanto y me estiro. El tambor de mi cabeza es producto de lo que me metí después del espectáculo.

En una discoteca en el ático de algún hotel.

Cuando esnifé coca del trasero de una chica en el baño.

Me pongo los vaqueros y la camisa, me siento como si fuera a morir. Tengo que largarme de aquí.

—¿A dónde vas? —dice la chica mientras apoya la espalda contra el cabecero de la cama, con las tetas colgando. Se me revuelve el estómago, y rápidamente bajo la vista mientras meto los pies en las Chucks.

—Me tengo que ir.

—Todavía es temprano. Vamos a desayunar. —Cuando se levanta, la miro fijamente al ver lo alta que es.

Ah..., eso al menos explica por qué la he elegido...

Todas las chicas, las altas, las morenas, las que tienen los ojos verdes, todas son Rose en mi cabeza.

Me las follo porque no puedo tenerla a ella.

Se está poniendo una bata de seda mientras me preparo para salir corriendo al estudio.

—¡Espera! —grita ella—. ¡Dame tu número! ¿No quieres que te llame cuando vuelvas a Nueva York?

«¡Joder, no!».

Me estremezco ante la idea.

Hay un sombrero vaquero de paja en el respaldo del sofá. Lo cojo y me doy la vuelta.

—¿Te importa si me llevo esto?

Se muestra de acuerdo, pero me dice que es un sombrero de chica.

Eso me importa una mierda; lo único que quiero es que no me reconozcan.

—¿Podemos volver a vernos? —Me pasa las manos por el pecho mientras me cubro la cabeza con el sombrero, pero me zafo de ella para acercarme a la puerta.

Me disculpo, asegurándole que estaré fuera del país de gira durante los próximos meses, y luego, antes de que pueda seguir manoseándome, le doy rápidamente las gracias y salgo por la puerta.

En lugar de esperar el ascensor, me decido por las escaleras. Ni siquiera sé en qué piso estoy, pero no me importa.

Necesito aire.

Bajo las escaleras de dos en dos hasta que, por fin, cruzo la puerta y me sumerjo en la mañana neoyorquina. Inspiro profundamente; al fin soy capaz de respirar. Las calles están bastante tranquilas porque es domingo. Reviso los letreros de las calles, y consulto la aplicación del móvil para saber dónde estoy: Bedford Street, en Greenwich Village.

Mi cerebro, incluso medio dormido, se da cuenta de que estoy cerca de la universidad de Nueva York. Me quedo quieto; Rose está muy próxima... A solo unas manzanas de distancia. Lo sé porque está viviendo en una de las propiedades de mi padre, y lo sé porque..., bueno, sé todo sobre Rose. Mi padre me mantiene informado y tengo a mi propia gente, que la visita periódicamente.

Ni siquiera soy consciente de lo que están haciendo mis pies..., hasta que me detengo delante del edificio donde vive, en los alrededores de Washington Square Park.

Me meto en un Starbucks que hay al otro lado de la calle para pedir algo de beber, y, una hora después, sigo sentado en un taburete delante de su casa cuando ella sale.

«Ella lo es... todo».

Su rostro es una obra de arte. Sus movimientos, una dulce canción.

Estira el cuello y mira calle abajo como si esperara a alguien. Mis ojos siguen la dirección de los suyos bruscamente..., y luego lo veo caminando en su dirección. Él la está saludando con una amplia sonrisa en su apuesto rostro.

«Trenton».

Cierro los ojos para no verlos juntos..., aunque no debería sorprenderme. Después de todo, la he empujado aquí, con él. Yo creé este puto desastre.

No puedo evitar abrir los ojos y mirarlos.

Necesito verlos. Necesito comprobar que ella ha seguido adelante sin mí.

Cuando llega junto a ella, Trenton la levanta entre sus brazos y la besa con intensidad. Rose le rodea el cuello y se aferra a él.

Siento que me estoy muriendo...

Que estoy jodidamente muerto.

«¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda!».

Dios.

Me odio a mí mismo. Odio esta vida que tengo sin ella. Lo odio todo.

No puedo seguir sin Rose. Ya no. Lo he intentado durante los dos últimos años. He fingido que estoy bien..., pero no puedo hacerlo más.

Quiero arrancarla de los brazos de Trenton y hacer que me ame de nuevo.

Y en mi corazón..., sé lo que tengo que hacer para que esto suceda.

Tengo que estar limpio.

# 19

ROSE

DOS AÑOS DESPUÉS

—¡Feliz cumpleaños, cariño! —dice Oscar, levantando su vaso para brindar mientras nos acomodamos en una mesa en Bono's, mi restaurante italiano favorito y uno de los lugares más modernos de Manhattan. Además, trabajo aquí a tiempo parcial para ganar algún dinero extra mientras asisto a los cursos de posgrado.

Levanto mi chupito y me tomo el tequila de un trago. La habitación me da vueltas cuando vuelvo a dejar el vaso sobre la mesa.

Estoy de humor para celebraciones.

Es septiembre, y los dos nos hemos graduado en la universidad de Nueva York en mayo. Oscar, que terminó obteniendo la beca que quería, se ha sacado un título en diseño y ha logrado el codiciado trabajo en Barneys que anhelaba, aunque su aspiración es llegar a ser el director algún día. En cuanto a mí, me he matriculado en el programa de posgrado de la universidad de Nueva York para obtener el doctorado en psicología.

—Ojalá Trenton no tuviera que trabajar —murmura Oscar con un pequeño mohín mientras se endereza las gafas de pasta oscuras de estilo *hipster*—. Pero no te preocupes. Sustituiré a tu novio esta noche y me aseguraré de que llegues sobria a casa. —Desliza otro chupito de tequila hacia mí y le lanzo una mirada compungida.

—Ya sabes lo que me hace el tequila —le digo mientras lo cojo—. O me da por pelearme o por quitarme la ropa, y no creo que deba hacer nada de eso esta noche.

—Pelea, pelea, pelea —dice, golpeando la mesa con las manos.

Me río mientras reviso mi teléfono para ver si Trenton ha llamado o me ha enviado algún mensaje de texto desde esta mañana, cuando quedamos para tomar un café. No lo ha hecho, y eso me frustra. Ha estado trabajando hasta tarde casi todas las noches de la semana.

Suspiro mientras me obligo a recordar lo importante que es este nuevo trabajo para él. Es gestor patrimonial en un pequeño bufete cuyos socios eran amigos de su padre en la universidad.

—¿Qué está haciendo el Señor Inversor esta noche? —me pregunta Marge mientras se sirve otro martini. Con su rizado cabello rojizo y una sonrisa llena de hoyuelos, ha sido una buena amiga para mí desde que me mudé a Nueva York, hace cuatro años, para estudiar en la universidad de Nueva York. Todavía nos reímos de la noche en que me metió en el bar para ver a los Vital Rejects.

Sí: Anne, animada por Robert, aceptó que me matriculara en Nueva York. Han sido un gran apoyo para mí durante los cuatro últimos años, incluso han permitido que Oscar y yo vivamos en una de sus propiedades.

La noche que me pillaron con Spider, mi relación con Anne cambió. Desde entonces no tolero que me manipule, y ella lo sabe. Hemos recorrido un largo camino juntas, y la aprecio. Siempre ha querido lo mejor para mí; aunque no estábamos de acuerdo en qué era eso.

Marge agita una mano delante de mi cara.

—¿Hola? ¿Estás con nosotros?

—Sí —respondo con una risita—. Trenton está con algunos compañeros de su oficina. Celebran que han pescado hoy a un buen cliente. Está poniendo las bases para tener buenas relaciones con la gente del bufete y todo eso. Seguramente aparecerá más tarde.

Oscar arquea una ceja. Trenton y él nunca han sido grandes amigos, y leo su rostro como si fuera un libro abierto. Piensa que Trenton es idiota por no estar aquí.

—Su carrera es importante para él —agrego.

Oscar se encoge de hombros; está muy elegante con unos pantalones y una camisa azul con las mangas enrolladas.

—¡Siempre puede unirse a nosotros en el club, porque esta noche vamos a bailar, pequeña! Me alegra que hayas traído tus zapatos de baile.

Axe, la nueva pareja de Oscar, mira hacia abajo y silba al ver mi regalo de cumpleaños, unos Louboutin plateados, de Barneys, por supuesto.

Oscar suspira y se lleva la mano al corazón.

—El descuento del diez por ciento que tengo como empleado es la única razón por la que me adoras.

Le doy una palmada en el brazo.

—Eso no es cierto, solo te adoro porque cocinas genial.

Arquea las cejas.

—¿Mañana quieres tortitas?

Lo rodeo con los brazos.

—Yo haré los huevos, o al menos lo intentaré.

Se está riendo cuando me llega un mensaje de texto, que me apresuro a mirar, pensando que es de Trenton. No lo es, pero no me siento demasiado decepcionada, ya que me lo manda Lexa: me desea un feliz cumpleaños desde Atlanta. Se lo enseño a Oscar y nos hacemos un *selfie* para enviárselo. Después de asistir a la universidad de Claremont, se trasladó a la universidad de Emory y nos hemos distanciado a lo largo de los años. Sin embargo, todavía me alegra tener noticias de ella.

Unos minutos después, me levanto para ir al baño.

Siendo un edificio alargado de forma rectangular, la mayor parte de las mesas de Bono's están cerca del ventanal que hay en la entrada; además, hay una barra muy larga a lo largo de la pared derecha. El cuarto de baño más cercano se encuentra en la parte posterior del lado izquierdo, pero el lugar está lleno, y no tengo ganas de luchar contra la multitud que atesta el local el sábado por la noche. Así que opto por ir al cuarto de baño que hay en el sótano, una parte del restaurante que es menos urbanita, pero cómoda, generalmente reservada para fiestas privadas. Una vez conocí a Reese Witherspoon en esta área cuando estaba celebrando que había terminado de rodar una película en Nueva York.

Bono's es un sitio popular, en especial entre las celebridades, y considerando que venía de trabajar en el *diner* de Jo's en Highland Park, me sentí muy contenta de conseguir un puesto aquí. La suerte parece seguirme a todas partes en Nueva York; es algo muy raro. Tal vez sea porque me siento tan feliz de estar lejos de Highland Park que estoy envuelta en vibraciones positivas.

Bajo las escaleras cuidadosamente con los Louboutin, y cuando estoy en el último escalón, a punto de girarme para dirigirme al baño de mujeres, me detengo en seco.

Siento como una conmoción que me roba el aliento.

Es él.

Mi corazón se acelera... El primer amor siempre es el más profundo.

Spider está mirando su teléfono, desplazando el pulgar por el aparato mientras dobla la esquina hacia el pasillo que conduce a los cuartos de baño.

Todavía no me ha visto, y lo recorro ávidamente con la mirada.

«Lleva el pelo más largo de lo que recuerdo», observo mientras se lo aparta de la frente con un gesto, solo que en lugar de blanco o azul, ahora es castaño oscuro con reflejos rubios. Es nuevo y diferente. Y hace que resulte todavía más sexy.

Noto que me caliento mientras lo miro descaradamente, ansiosa por captar cualquier pequeño detalle. Su ropa consiste en un suéter de punto con el cuello en V de color granate que le queda como un guante y unos pantalones de pinzas ajustados. Tiene los hombros más anchos, incluso me parece más alto, aunque no creo que sea posible.

Parece un tipo capaz de romper corazones todas las noches con solo pasar los dedos por la guitarra, o por la piel de una chica.

Me obligo a dejar de pensar eso y a recordar a la chica de Dallas, lo que me da ganas de vomitar.

Se lleva el móvil a la oreja como si estuviera haciendo una llamada, y casi inconscientemente, retrocedo hasta la sombra oscura que hay en el rincón creado por el hueco de la escalera.

—¿Está preparado el piso? —lo escucho decir.

No parece que le guste lo que escucha, porque pone su mano libre en la pared como si necesitara apoyarse, y aparece una mirada vulnerable en su rostro mientras escucha a quien sea que le esté hablando.

—En efecto. Ese dato no lo has mencionado antes. ¿Cómo demonios esperas que me quede en el mismo edificio que ella?

Se detiene bruscamente, como si la persona que le habla desde el otro lado de la línea lo hubiera interrumpido. Da golpecitos en la pared con los dedos mientras continúa la conversación. Me arrastro hacia adelante, intentando escuchar, aunque me aterroriza que se dé la vuelta y me vea, pero parece que no puedo evitarlo, en especial cuando su tono se vuelve más engatusador.

Me llegan algunas palabras.

—Hola, cielo... Te veré pronto..., cariño...

Se ríe de forma cálida.

—Dile a papá que te llevaré un cachorro. Ya verás cómo le gusta... ¿Quién es tu hermano mayor favorito, Bella? —dice, con una voz clara como el día que hace que mi pecho se contraiga.

«¡Bella!».

Por supuesto que conoce a Bella, la hija de tres años de Robert y Anne. Los dos la vemos de vez en cuando, solo que nunca al mismo tiempo. Yo estaré en su casa en Navidad, y luego Robert mencionará casualmente que Spider llegará unos días después de que yo me vaya. Es algo muy extraño, pero supongo que, sencillamente, no quiere verme.

—Adiós, cielo. Te quiero. Dile a papá que lo veré pronto, ¿vale? Además, dile que se relaje con las zanahorias, necesitas más chocolate. —Se ríe mientras se guarda el teléfono en el bolsillo, girando el cuerpo hacia el lugar donde yo me encuentro.

Me pego contra la pared, preparándome para el momento en el que finalmente me vea.

## 20

SPIDER

—¡Tengo que ir al cuarto de baño! —le grito a Sebastian por encima de la multitud mientras pide otra ronda de bebidas en el reservado que hay en el sótano de Bono's. Levanto el vaso de *ginger ale* con una sonrisa. Gracias a un buen psicólogo, a mis cuadros y a mi padre, que me ha apoyado desde el principio, llevo limpio bastante tiempo.

Estamos de celebración con el equipo porque la semana que viene es el último concierto de la gira, y una vez que se termine, Sebastian y yo nos separaremos para ir a lugares diferentes. Sebastian y la compañía regresarán a Los Ángeles, donde viven, pero hace mucho tiempo que yo abandoné esa ciudad por un apartamento en Londres. Allí todo es más tranquilo, y me siento como en casa.

Me hace un gesto con la barbilla antes de que me vaya; necesito escapar del ruido para poder llamar a mi padre. Ha intentado comunicarse conmigo varias veces a lo largo del día, pero esta es la primera oportunidad que he tenido para contactar con él.

Cuando lo llamo, me dice la dirección del lugar en el que me alojaré en Nueva York. Me da vueltas la cabeza cuando me doy cuenta de que es el mismo edificio y la misma planta donde vive Rose. Todavía no estoy preparado para verla, pero poco puedo hacer al respecto. Mi padre no dispone de ningún otro sitio, puesto que están terminando de pintar el ático que posee en Park Avenue. Podría conseguir habitación en un hotel, pero las *groupies* siempre dan con la manera de entrar, y me resultan demasiado ruidosas, y siempre hay gente por los pasillos, a todas horas del día y de la noche. Necesito paz y tranquilidad. Necesito mi propio espacio...

Así que estoy atrapado en Greenwich Village.

Robert pone a Bella al teléfono, y hablo con ella antes de seguir andando. Me despido de los dos y vuelvo. Levanto la cabeza, a punto de entrar en el cuarto de baño, cuando una figura femenina que está debajo de la escalera me llama la atención. Entrecierro los ojos cuando ella inclina la cabeza y una cortina de largo cabello castaño deja su rostro en sombras.

Entiendo que debo de estar bloqueándole el camino, así que, de inmediato, murmuro una disculpa y le dejo espacio para pasar.

Pero no lo hace.

La miro de nuevo, esta vez con más detenimiento, tratando de leer sus rasgos.

«¿Es una acosadora? ¿Una periodista? ¿Una *groupie*?».

La estudio mientras da un paso adelante para salir del escondite. Me invade una sensación de familiaridad.

Labios de color rojo rubí...

Piernas largas...

Vestido corto...

Trago saliva, y mi pecho se hincha cuando me acerco más.

No puede ser. Se supone que ella no debía trabajar esta noche. He llamado antes para comprobarlo con el gerente y estar seguro.



Puede que resulte curioso que haya elegido este lugar para celebrar la despedida del grupo esta noche, pero es porque quiero estar donde ha estado Rose, aunque sin llegar a verla.

—¿Rose?

Pronunciar su nombre es como un golpe para mi corazón.

—Spider. —Sale completamente de las sombras y la luz del techo ilumina su rostro.

Respiro hondo.

Está diferente con el pelo castaño. Dios, apenas puedo creer que sea ella.

Pero resulta...

Está guapísima... Es preciosa.

Con un corto vestido blanco de abalorios con los tirantes finos. Se queda allí quieta con la barbilla algo levantada, como si se estuviera preparando para la batalla. Me mira con aquellos ojos verdes que una vez leyeron mi alma, al tiempo que extiende la mano para apoyarse en la pared de ladrillo pintado de blanco.

Apenas puedo respirar, y creo que mi presencia también le provoca una gran sorpresa.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Es una pregunta estúpida.

Abre la boca, pero no dice nada... hasta que finalmente se aclara la garganta.

—Trabajo aquí..., literalmente, soy una de las camareras. —Su respiración y su voz parecen cobrar fuerza mientras habla, sus rasgos se convierten en una máscara fría cuando se recompone.

Es algo que ya sé, por supuesto, pero no puedo decírselo.

Me llevo las dos manos a la cabeza, solo para evitar acercarme a ella. Es decir, mi intención ha sido estar limpio para poder recuperarla, pero he estado esperando... No sé a qué. ¡Dios, estoy acojonado!

Me da terror que me odie.

Me aterra que me quiera y luego me deje.

No estoy preparado para verla esta noche, y el corazón me palpita con fuerza.

—Entonces, ¿eres real?

Se lo pregunto porque hay noches en las que he creído que ella está conmigo, noches en que estaba tan drogado o bebido que veía su imagen borrosa en cualquier sitio.

—Lo soy.

Apoyo el hombro contra la pared mientras me esfuerzo por aparentar un poco de indiferencia. Acabo de terminar una actuación y todavía estoy nervioso; no se me ocurre qué decirle.

—Me he imaginado mil veces... que nos encontrábamos de nuevo.

Ella se sonroja, y el rubor le cubre las mejillas de una forma que me entenece.

—Sí, claro —dice secamente—. Hace dos años fui a verte a un concierto. Me presenté en la puerta trasera, pero pronto me resultó evidente que no querías verme. Sin duda, un momento de debilidad por mi parte. No volverá a suceder. —Se encoge de hombros—. Nunca coincidimos en las cenas familiares ni en vacaciones.

«Porque me duele ver lo que he perdido...».

Alguien sale del cuarto de baño y pasa a nuestro lado, pero apenas lo miro.

Me muerdo el labio.

—Lo sé. Estoy ocupado. Voy a casa cuando puedo. Bella... es alucinante. Estoy loco por ella. Me llama «Spidie».

Asiente con la cabeza, pero tiene los labios apretados.

«Mierda...».

Está cabreada conmigo.

«¿Acaso puedes echárselo en cara?».

Cuando mueve la cabeza, un rizo cobrizo se desliza por su hombro hasta descender por el escote de su vestido.

—Me gusta cómo llevas el pelo.

«Menuda estupidez, Spider...».

Veo cómo traga saliva.

—Tengo... Tengo que irme. Oscar está arriba... —Se le apaga la voz mientras se da la vuelta para marcharse.

La agarro del brazo.

—Espera.

—¿Qué? —Parpadea mirándose el brazo y luego levanta la vista hacia mí, tambaleándose.

—¿Estás bien?

Niega con la cabeza; tiene los ojos brillantes.

—No... Sí... No lo sé. Es que no esperaba verte.

Mi corazón se acelera. ¡Mierda! Ella es tan... Rose... que me da vueltas la cabeza.

—¿Y te alegras de haberme visto?

—No.

—¡Rose! —Alguien grita su nombre. Gira la cabeza, y en su rostro aparece una expresión de algo que parece alivio.

Cuando me doy la vuelta, veo que Trenton se acerca. Va vestido con un traje gris; ya no es un chico de diecisiete años. La besa en la mejilla antes de susurrarle algo al oído que la hace sonreír.

Mi corazón boquea como un pez moribundo.

—Trenton, ¿te acuerdas de mi hermanastro, Spider? —Rose me lanza una breve sonrisa bastante formal.

Él me agarra la mano y me la estrecha con firmeza, como un hombre de negocios competente que claramente se esfuerza por ser todavía mejor. Más gregario de lo que recuerdo, me da una palmada en el hombro, y me doy cuenta de que ha estado bebiendo mucho, o al menos eso indica la intensidad del olor a *bourbon*.

—Por supuesto, el músico. Espero que no estés aquí para robarme a mi chica. —Se ríe y mira a Rose, que intenta forzar una sonrisa—. Rose siempre está escuchando tus canciones, tío. Le encantan...

—Es que es mi hermanastro —murmura ella.

—Ya sabes a lo que me refiero, cariño —replica él con una sonrisa haciendo también una mueca. Luego le pone la mano en la parte baja de la espalda..., rozándole el trasero, y la besa de nuevo, esta vez en los labios.

¡Mierda! ¿Debería irme? ¿Alejarme?

«No puedo...».

Es como un tren que va hacia ti a toda máquina y no puedes evitar mirarlo a pesar de que estás plantado allí, en las putas vías, sabiendo que te va a matar.

—Alguien ha estado bebiendo tequila —murmura él, riéndose por lo bajo mientras le rodea la cintura con un brazo—. Sé lo que eso significa. ¿Tienes ganas de largarte de aquí y volver a tu casa más temprano?

En los labios de Rose se insinúa una sonrisa.

—Tenemos pensado ir a la discoteca a bailar.

Se inclina para oler su cuello.

—Hueles tan bien...

Recuerdo su olor a miel y vainilla. Noto que me rechinan los dientes, pero, aun así, no puedo adoptar una actitud caballerosa e irme. Así que aprieto los puños mientras me palpita un músculo en la mandíbula.

Trenton retrocede y me lanza una mirada cómplice.

—Perdón por el numerito, pero no la he visto mucho esta semana... —Luego se pone a divagar, algo sobre un trabajo importante y cómo ha odiado perderse la celebración de su cumpleaños, así que se ha escapado para verla... Bla, bla, bla...

No lo escucho. La estoy mirando a ella...

Que sigue quieta, dentro del círculo que forman los brazos de Trenton mientras nos observamos el uno al otro.

Es como si él no existiera y estuviéramos manteniendo nuestra propia conversación silenciosa.

Parece estar genial, como una maldita maniquí en unos grandes almacenes, pero sé que es mentira cuando noto cómo le palpita el pulso en el cuello, que se mueve furiosamente contra su piel cremosa.

Es ella quien rompe el contacto visual conmigo para sonreír a Trenton y yo suelto el aire, cabreado.

«¡Mírame!», quiero decir.

¡Mierda!

Cuatro años es mucho tiempo. En ellos pueden suceder muchas cosas: los Juegos Olímpicos, la Copa del Mundo de fútbol, un período presidencial...

Demonios, puede pasar cualquier cosa.

Tal vez ella se haya olvidado completamente de mí.

Yo no lo he superado...

—Oye, Oscar está arriba con algunos amigos —dice Trenton; sus palabras penetran en mi cerebro y me sacan de la niebla que me envuelve—. ¿Quieres unirme a nosotros? —Me está mirando fijamente.

—No puedo, tengo que descansar... —Me rasco el tatuaje de la viuda negra, una señal palpable de que estoy nervioso, y Rose me mira, su cerebro analítico no se pierde nada. Noto que frunce el ceño mientras me mira fijamente, con la mirada clavada en la mano que tengo en el cuello.

¡Mierda!

Aparto la mano rápidamente y me la meto en el bolsillo.

Sus ojos vuelven a buscar los míos mientras respira hondo, con los dientes superiores clavados en el labio inferior. No se deja engañar. Ha visto el tatuaje de la rosa que llevo en la parte superior de la mano.

—Ah... —dice Trenton, frunciendo el ceño—, pero hace mucho tiempo que no os veis, y es su cumpleaños...

—Estoy segura de que está aquí acompañado —dice Rose en voz baja.

Asiento, agarrándome a eso como a un clavo ardiendo.

—Sí, está aquí todo el equipo, los músicos y los del atrezo. Hemos venido para dar el último concierto y luego me iré a Londres. —Me aclaro la garganta, devorándola con los ojos por última vez—. Oye, ha sido genial verte..., veros, a los dos.

Ni siquiera les doy tiempo para despedirse antes de salir corriendo y regresar al reservado. Allí busco a Sebastian, me despido y me largo.

Me despierto con frío, solo, en una cama muy grande, y miro el rayo de sol que se cuele por debajo de la puerta de cristal que conduce al balcón exterior. Me estiro al tiempo que me rasco la mandíbula, aflojando los músculos, que siguen en tensión por haber estado de gira durante los cuatro últimos

meses. Además del concierto, lo que espero con más ilusión antes de irme de Nueva York es la exposición que he montado con los cuadros que he pintado. Han formado parte de mi terapia de recuperación, y verlos cobrar vida significa mucho para mí.

Oigo el sonido de la música que proviene del piso contiguo, y giro la cara hacia la pared para escucharla. Es uno de nuestros temas, una nueva versión de *Love is a battlefield*, de Pat Benatar. Estoy tocando el bajo, y la guitarra es perfecta.

No puedo reprimir una sonrisa.

Resulta surrealista pensar cuánto éxito hemos tenido, aunque en gran parte sea debido al dinero y a las influencias de mi padre.

Pensar en él me lleva de vuelta a lo ocurrido anoche, y, de repente, estoy completamente despierto y me levanto.

Por mi cabeza solo pasa un pensamiento en este momento.

Pego la palma de la mano a la pared que me separa del lugar de donde proviene la música.

«¿Será ella?».

Mi padre me ha dicho que estaba en la misma planta que yo, y que solo hay cuatro apartamentos por planta. Respiro hondo, como si pudiera oler su aroma.

Ella está aquí... ¡Aquí!

Me lo dicen las tripas.

Por primera vez en mucho tiempo, me invade una alegría sin control y sin límites que no tiene nada que ver con las drogas.

Me hundo en la cama, sintiéndome casi mareado.

Rose está muy cerca.

La pregunta es: ¿qué voy a hacer al respecto?

# 21

ROSE

Me comienza a sonar la música de la alarma a las ocho de la mañana: es la señal para que saque el trasero de la cama. Es domingo, pero tengo el turno de las once en Bono's.

Me palpita la cabeza y noto revuelto el estómago cuando me siento. Definitivamente no debería haber tomado el último chupito. ¡Aggg...! Me rasco el nido de ratas en que se ha convertido mi pelo y suelto un largo suspiro.

Oigo a Oscar trasteando con ollas y sartenes para preparar el habitual desayuno de los domingos para los dos. Desde el baño, me llega el sonido del agua corriendo, y me imagino que es Trenton. Vive a pocas manzanas de aquí, pero a veces se queda a dormir o me quedo yo en su casa. Me ha estado pidiendo que me vaya a vivir con él desde que se graduó, pero algo me detiene. Además, Robert permite que Oscar y yo vivamos aquí sin pagarle alquiler. No es un sitio lujoso, pero es agradable y está en la mejor zona de Greenwich Village.

Se abre la puerta, y Oscar me entrega una taza de unicornios con «I'M MAGICAL» escrito en ella.

—Rayito de sol... He pensado que podrías necesitar esto después de ver a cierta persona la noche pasada. —Se sienta a mi lado en la cama, sorbiendo de su propia taza a juego.

Intento sonreír todo lo que me permite una resaca descomunal.

—Recuérdame que nunca vuelva a beber.

Él arquea una ceja.

—Sabes lo que dice Frank Sinatra sobre las personas que no beben... Que cuando se despiertan por la mañana deberían entristecerse, porque eso es lo mejor que se van a sentir en todo el día. —Se ríe entre dientes mientras toma un sorbo de café.

Yo sonrío.

—Tu héroe es sabio, y tú eres un alma vieja con el corazón de un *hipster*.

—Ya lo sabes. —Me mira con atención—. En serio, ¿recuerdas todo lo que pasó anoche?

Entrecierro los ojos; mi cerebro intenta acordarse de todo lo que pasó la noche pasada después de ver a Spider, pero está borrosa. Arrugo la nariz.

—¿No pedí algo llamado «Estallido de cerezas»?

—En realidad fueron tres.

Casi siento náuseas.

—Por eso estoy tan mareada.

Él cruza las piernas.

—No me sorprende en absoluto, ya que lleva licor de melocotón y amaretto, así como un líquido verde que no tengo idea de qué era.

—¡Eso ni siquiera es cereza!

—Recuerdo claramente que no te importó mientras hiciera su trabajo. —Inclina la cabeza hacia un lado—. Pero te voy a dar... un consejo: ten cuidado con las cosas que dices cuando estás borracha: suele ser lo que realmente piensas cuando estás sobria.

Mi cabeza palpita aún más fuerte, si es posible.

—Mierda... ¿Qué fue lo que dije?

Oscar hace una mueca.

—Estabas cabreada por el *sex appeal* que tienen las estrellas del rock, y luego añadiste que todos son unos imbéciles que se van tirando cualquier cosa que se les pone delante.

Me muerdo el labio.

—Mierda... ¿He mencionado a ya-sabes-quiénn?

Me mira.

—Niña, estoy segura de que todos sabíamos a quién te referías, incluso Trenton.

Maldigo por lo bajo. Hace cuatro años, cuando comencé a salir con Trenton, no le llegué a hablar de Spider. Al principio fue porque no quería que Trenton pensara que salía con él de rebote, aunque obviamente así era, y luego, cuando mis sentimientos por Trenton se convirtieron en algo más profundo, ya no era apropiado. Spider es mi hermanastro, y la mayoría de las personas piensa que está mal que haya algo entre nosotros, en especial la gente de Highland Park.

—Gracias por la advertencia —le digo mientras tomo un trago muy largo del líquido espumoso y apoyo la espalda contra el cabecero—. ¿Qué haría yo sin ti?

—Serías considerablemente menos elegante y pasarías mucha hambre.

Sonrío.

—Sin embargo, tendría más dinero.

—¿Quién necesita dinero cuando me tiene a mí?

El agua deja de correr en el cuarto de baño y me levanto de la cama. Noto que todavía estoy usando la ropa interior que llevaba la noche pasada: un sujetador de encaje blanco y unas bragas a juego. Suspiro. No me he acostado con Trenton; por desgracia, no me sorprende. Últimamente, parecemos no tener tiempo para nada, pues ambos estamos atrapados en nuestra vida cotidiana. Sin embargo, sé que lo amo y que él me ama.

Oscar silba por lo bajo.

—Tienes un tipazo, pero acepta un consejo: tu pelo parece más apropiado para Halloween. —Me da una palmada en la pierna—. Ahora vístete y deja que Oscar te haga unas tortitas.

—¡Te adoro! —le grito a su espalda mientras sale de mi habitación para ir a la cocina.

Cuando Trenton aparece en la puerta del cuarto del baño, ya me he puesto unos pantalones de yoga y una camisola. Me ducharé después de desayunar; mi estómago revuelto necesita comida para sentirse mejor.

Trenton ya lleva unos pantalones cortos de cuadros y un polo cuando entra en la habitación. Estudio su expresión, buscando señales de que haya revelado demasiado sobre Spider la noche pasada, pero parece estar tan tranquilo como es habitual en él. A veces me parece demasiado impasible, como si nada le afectara. Me gustaría que demostrara más pasión, pero es... así. Al menos resulta predecible.

Recuerdo la primera noche que nos acostamos. Fue después de la Spring Fling y yo todavía tenía el corazón roto por Spider. Sintíéndome sola y deprimida, hice lo que le dije a Spider que haría; me concentré en Trenton. Esa noche, Trenton cogió una habitación de hotel, y fue tierno y dulce cuando ocurrió todo. Acostada entre sus brazos, lloré por mi estúpido corazón roto, pero en los días siguientes, aprendí a quererlo. Hemos estado juntos desde entonces, la nuestra es una relación fácil y sin dramas.

Cuando me da un besito en los labios, huele a menta fresca.

—¿A dónde vas? Pensaba que desayunaríamos juntos.

Se arregla el pelo delante del espejo que hay encima del tocador y se aplica cera en sus mechones color arena.

—Tengo que ir a comportarme como un hipócrita. Me reuniré con algunos de los socios en un club de campo en Connecticut. Tengo que irme ya si quiero llegar a tiempo para el té.

Me siento decepcionada, pero también aliviada. Hoy necesito algo de espacio para pensar, para repetir mentalmente cada detalle de mi interacción con Spider la noche pasada, lo cual está mal. Ni siquiera debería estar pensando en él.

—Me parece que apenas nos vemos últimamente.

Sus ojos se encuentran con los míos en el espejo.

—Les caigo bien, y necesito alimentar estas buenas relaciones si quiero ascender. Tengo un presentimiento sobre esta compañía. —Se acerca y me abraza—. Venga, no te pongas triste. Ya sabes que no tienes por qué servir mesas, ni siquiera hacer los cursos de posgrado...

—Pero es lo que quiero —le digo, interrumpiéndolo.

Aprieta los labios.

—Pues a mí me parece que entre tu trabajo en Bono's y la facultad estás demasiado ocupada para estar conmigo.

Me pongo rígida y me alejo. Este es un argumento familiar entre nosotros desde la graduación. Trenton es un chico tradicional que quiere que deje la universidad y le dedique todo mi tiempo. A veces me parece que está poniendo distancia entre nosotros y que se mantiene ocupado a propósito, solo para manipularme y que haga lo que él quiere, que es dejarlo todo e irme a vivir con él.

Suelta un suspiro.

—Entonces, ¿quizá podamos almorzar juntos un día de esta semana?

—Claro.

Va hacia la puerta, pero antes de irse me mira con una expresión burlona en la cara.

—Por cierto, me parece raro que Spider no quisiera celebrar tu cumpleaños con nosotros anoche. ¿Hay algún tipo de tensión entre vosotros?

—No —digo con rapidez.

Frunce el ceño.

—¿Estás segura? Ayer pusiste verdes a las estrellas del rock. Parecía haber algo... de animosidad en tus palabras.

—Estaba borracha. No sé qué dije. —Hago un gesto—. Spider es... genial, pero nuestras vidas son muy diferentes.

Asiente moviendo la cabeza lentamente, pero la mirada de sus ojos me dice que no me cree. Hace una pausa durante unos segundos, como si fuera a añadir algo más, pero luego sale por la puerta. Suelto un suspiro de alivio cuando lo oigo despedirse de Oscar en la cocina y salir a la calle.

Media hora más tarde, me siento mucho mejor después de comer una loncha del mejor beicon que haya probado nunca. Entonces suena un golpe en la puerta.

Oscar está ocupado friendo más lonchas, así que me acerco a la puerta y la abro, casi esperando ver a Trenton. Siempre se anda dejando cosas aquí y luego tiene que regresar a toda velocidad para recogerlas.

Pero no es Trenton.

—Buenos días, hermanastra.

La conmoción se apodera de mí, y tengo que apoyarme en el marco de la puerta, pero, aun así, no puedo respirar. Está delante de mí, otra vez. Tengo que conseguir que mi corazón no se acelere.

Parece más confiado esta mañana, y eso me sorprende.

—¿Cómo... cómo has llegado aquí?

Lo veo encogerse de hombros de esa manera tan suya.

—Soy tu vecino. Vivo justo en la puerta de al lado.

—Eso no tiene sentido. —No puedo pensar con claridad. Ni siquiera soy capaz de asimilar sus palabras. Es demasiado guapo para verlo tan temprano, y sé que parezco una persona trastornada con el pelo en un estado terrible.

—Mi padre es tu padrastro, y es el dueño de este edificio. Me dijo ayer por la noche que estábamos en la misma planta. Esta mañana he escuchado la música, y acabo de darme cuenta de que la has puesto tú. Supongo que tenía razón. —Se echa hacia atrás y señala la puerta del apartamento que hay a la izquierda—. Ese es el mío.

—Oh... —Suelto el aire al tiempo que me paso la mano por el pelo—. ¿Siempre te has alojado en el 4E cuando estás en la ciudad? —Sé exactamente cuántos conciertos ha dado en Nueva York: tres. Solo fui al que no salió a verme, pero no he dejado de seguirlo.

Niega con la cabeza.

—Mi padre me ha dicho que esto es lo único que tenía libre en la ciudad.

Oscar lanza un grito desde la cocina.

—¡Dios mío, deja de interrogar a ese hombre y deja que entre y coma algo! Somos de Texas, niña, ¿dónde está tu hospitalidad? —me riñe.

Sonrío. Supongo que Oscar ha oído todo lo que hemos dicho.

Los ojos de Spider se iluminan.

—Eso estaría genial —asegura en voz baja—. Aquí huele muy bien, sinceramente. Además, no tengo café. Por lo que estoy a punto de morirme.

A la mierda la hospitalidad sureña. Quiero decirle que se vaya al infierno, en serio, pero no puedo. Es Spider en carne y hueso, y tiene poder sobre mí.

—¿Puedo pasar, Rose? —Sus ojos son como charcos de luz solar atravesando el ámbar, y me hacen suspirar.

—Nunca le negaría una taza de café a un hombre. —Aprieto los dientes y me hago a un lado para dejarlo entrar, y su mano roza la mía accidentalmente. La electricidad vibra entre nosotros, encendiendo mis entrañas, pero lo ignoro.

Cuando entramos en la cocina, le lanzo a Oscar una mirada asesina por haberlo invitado, pero Oscar apenas la percibe. Está besando a Spider en las mejillas como si fueran viejos amigos. Le saco la lengua a espaldas de Spider, y él sigue ignorándome.

—¿Qué será esta mañana, Spiderman? ¿Tortitas? ¿Huevos revueltos? Eso sí, es mejor que comas bien, porque solo hago esto una vez a la semana.

Spider sonríe mientras va hacia la encimera para servirse una taza de café.

—Tomaré todo lo que cocines.

—Pareces terriblemente contento esta mañana —me quejo.

Toma un sorbo de su taza.

—Es lo que tiene estar limpio. Resulta sorprendente lo buenas que resultan las mañanas cuando no te estás recuperando de una curda.

Lo miro, buscando la verdad en su rostro. Robert mencionó que Spider estaba limpio la última vez que fui a visitarlos, pero me negué a pensar demasiado en ello, a preguntarme cómo era ahora su vida.

Hace una pausa.

—No consumo alcohol ni drogas desde hace casi dos años. Ahora, que si hablamos de tabaco... Esa es otra historia.



—Es increíble. Me alegro mucho por ti. Felicidades.

Se encoge de hombros y se queda callado.

Afortunadamente, el silencio es interrumpido por Oscar cuando le pone un plato delante. Spider se concentra en comer, mareando su comida y metiéndosela en la boca con insoportable lentitud, saboreando cada bocado.

Verlo comer me resulta tan sexy que me vuelve loca. Resoplo antes de probar las tortitas, lo que hago con tal desgana que, probablemente, parezca un perro sarnoso.

Un poco más tarde, Oscar se levanta para dejar la taza en el fregadero.

—Bueno, tortolitos, odio marcharme, pero mi hombre me está esperando. ¿Puedo contar con que os llevaréis bien mientras estoy fuera?

—Por supuesto —farfulto.

Spider sonrío.

—Gracias por el desayuno.

Oscar le lanza a Spider una mirada muy seria.

—De nada. Espero que no vuelvas a hacer daño a mi chica... o te mataré. —Antes de que ninguno de los dos pueda decir nada, se va a su habitación y cierra la puerta.

Respiro hondo, mortificada. Cuando Spider me mira, sus ojos oscuros están llenos de una emoción que no puedo interpretar. O quizá solo sea que no quiero hacerlo. Se limpia la boca y me estudia con atención.

—¿Quieres que me vaya? Supongo que solo me has invitado por Oscar.

Trago saliva; me duele el pecho al ver su cara cincelada, la forma en la que sus pómulos perfectamente esculpidos acentúan la línea de la mandíbula. Me hormigean los dedos por el deseo de apartarle el pelo de la cara. ¡Mierda! Está rompiéndome de nuevo el corazón..., que le he abierto al sentarme a su lado.

—Sí.

Él asiente con la cabeza mientras me lanza una mirada llena de comprensión.

Me levanto al mismo tiempo que él, y cierro el puño mientras digo las palabras que mi cerebro no pudo obligarse a pronunciar anoche.

—Lo cierto es que no quiero volver a verte. Lo que me hiciste... El dolor que me hiciste sentir... nunca podré perdonártelo... Solo quiero olvidar que ocurrió, y si te veo no puedo hacerlo.

Asiente con la cabeza.

—Antes de desaparecer, quiero que sepas algo....

—¿Qué?

Suspira y abre la boca, pero no dice nada. Se muerde el labio y se pasa una mano por el pelo; luego se frota la barba incipiente. Está tratando de encontrar las palabras, pero parece que no es capaz.

Mis ojos van solos al tatuaje de la rosa que vi la noche pasada, en la parte superior de su mano, la misma donde lleva grabado «LOST» en los nudillos.

—¿Eso va por mí?

Él lo mira.

—Sí. Me he hecho uno —respira hondo— cada año que hemos estado separados.

No le creo. Noto la cara caliente.

Suspira.

—El primer año fue una rosa en la espalda. La de la mano fue la siguiente. —Se sube la manga de la sudadera azul marino y me enseña la parte interior del brazo, donde mi nombre está escrito a lo largo del bíceps—. Este fue el tercer año...

Respiro hondo, asimilando sus palabras.

Se queda allí, inquieto.

—¿Y este año? ¿Qué te has hecho?

—Todavía nada. Estoy esperando...

—¿A qué? —Me tiembla la voz, y quiero que no sea así. No quiero que sepa ni cómo me están afectando sus palabras ni que me siento conmovida por su vulnerabilidad.

Se muerde el labio mientras me lanza una mirada larga y firme.

—Estoy esperándote a ti. Este es el año en el que pienso recuperarte.

Jadeo y doy un paso atrás.

—No tienes derecho a pensar eso, no tienes derecho...

—Lo sé.

—Tengo una vida sin ti, una vida perfecta.

—Lo sé —Se mete las manos en los bolsillos de los vaqueros ajustados.

—Estoy saliendo con Trenton...

—Créeme, lo se.

—Y no puedes esperar..., sencillamente, volver a presentarte aquí y que yo esté dispuesta a...

—No lo espero.

—¡Me hiciste daño! —le grito, cansada de la calma que muestra. Necesito que esté tan enfadado como yo—. ¡Te acostaste con otra justo después de casi hacerlo conmigo! Me dejaste en Dallas después de prometerme que me llevarías a Los Ángeles. Eres un mentiroso, un cerdo mentiroso, horrible, y te odio por ello. —Mis palabras son amargas y duras, y me siento bien al decirlas, al soltar todo lo que he acumulado dentro desde que se fue...

Traga saliva; su rostro refleja sus emociones, y parece lleno de indecisión y arrepentimiento.

—Es que sabía..., sabía qué clase de chica eras: dura y fuerte. Sabía que si realmente me querías, encontrarías la manera de estar conmigo, y no podía permitir que eso sucediera. Por eso te hice daño, Rose. —Su voz suena tan áspera como si hubiera tragado grava—. Le prometí... a mi padre que te dejaría en paz.

—Pero ¿por qué?

Se pone frente a mí con una expresión pétrea.

—Me dio medio millón de dólares para que me largara de Dallas y comenzara mi carrera. La única condición era que tenía que dejarte en paz.

Cierro los ojos.

—Y mírate ahora... Eres famoso.

Él niega con la cabeza.

—No, Rose, mírate a ti...

—¿Qué quieres decir?

—Te has graduado en la universidad de Nueva York *cum laude*. Estás matriculada en los cursos de posgrado. Estás viviendo la vida que querías.

Las lágrimas hacen que me ardan los ojos ante la idea de que él sabe cosas sobre mí que nunca le he dicho, como si me hubiera seguido la pista..., pero parpadeo con rapidez. No puedo ser blanda con él. Me ha hecho demasiado daño.

—No tienes derecho a pensar que no habría conseguido lo mismo estando contigo en Los Ángeles. Decidiste aceptar ese dinero porque te diste cuenta de que yo no valía la pena. Me hubiera metido en tu vida y te habría impedido hacer las cosas que realmente querías: follarte cualquier cosa que se moviera, meterte de todo... Todo eso.

Palidece.

—Me lo merezco. Te dejé atrás sin darte ninguna explicación, y eso no estuvo bien. Lamento lo que ocurrió en Dallas. Pero entonces no era el hombre que necesitabas.

—¿Crees que lo eres ahora? —La incredulidad es evidente en mi tono cuando lo fulmino con la mirada. ¿Quién se cree que es?

«¿Piensa que puede regresar a mi vida como si no hubieran pasado los cuatro últimos años?».

Me estudia lentamente; su mirada se pasea por mi rostro hasta detenerse en mis labios.

—Eres mía, Rose, siempre lo serás.

Y luego se va antes de que pueda siquiera pensar una respuesta.

ROSE

El miércoles por la noche me despierto al oír un trueno resonando sobre los altos edificios de Manhattan.

Perfecto, justo lo que necesito, y una noche en la que Oscar se ha quedado a dormir con Axe.

Reviso el móvil, y veo que es la una de la mañana del jueves. ¡Agg...! Salgo de la cama en la oscuridad para ir al cuarto de baño. Está siendo una semana extraña y todo por culpa de Spider y su «Eres mía, Rose» del domingo.

Al mirarme en el espejo, me fijo en las ojeras que me ha provocado no dormir bien esta semana.

En ese momento, un rayo atraviesa el cielo y el sonido reverbera traspasando los muros de hormigón del apartamento. Se me escapa un grito cuando se va la luz y me quedo sumergida en una oscuridad total. Odio las tormentas desde la noche en la que mataron a mi madre.

Tropezándome en la oscuridad, regreso a mi habitación, donde me doy un golpe en el pie por andar demasiado rápido, y grito. ¡Maldita sea! Doy saltitos a la pata coja entre improperios hasta que logro encontrar el cajón de la mesilla de noche donde guardo una pequeña linterna por si acaso se diera un apocalipsis zombi... o un apagón.

Pero no está ahí. ¡Oscar! El mes pasado se fue de campamento con Axe y me la pidió prestada. Lo insulto para mis adentros.

Empiezo a palpar las almohadas hasta que encuentro el móvil y uso la linterna, pero sé que no durará mucho, ya que me queda poca batería. Me acerco a la puerta del balcón, y por fin reúno el valor para mirar, aunque trato de ignorar el fuerte estallido de otro rayo. Me encuentro la manzana a oscuras. Sin semáforos, sin luces en los escaparates, sin farolas, nada... El rayo debe de haber alcanzado un transformador en alguna parte.

La vista de la ciudad resulta tan espeluznante que me vuelvo a estremecer.

«Velas... Necesito velas».

Voy a la cocina, donde me pongo a rebuscar en los cajones en busca de las velas perfumadas que Oscar compra en Bath & Body Works y de cerillas. No tengo suerte, y cuando me golpeo la cabeza con la puerta abierta de una alacena, suelto otra maldición.

Para empeorar la situación, acabo encontrando las velas, pero no las cerillas. Aterrada como si luchara contra un monstruo, decido olvidarme de todo e ir a acurrucarme debajo de las mantas, en la cama, mientras rezo para que la tormenta pase pronto.

Cuando suenan unos golpes en la puerta, pego un grito.

—¿Rose? ¿Estás bien?

Cojeo hasta la puerta y la abro, aunque dejo el pestillo puesto. Enciendo la luz del teléfono, lo que le hace entrecerrar los ojos.

Spider solo lleva encima unos *baxers* con la Union Jack. Sus musculosos abdominales quedan a la vista, y, sí, compruebo que son más prominentes desde la última vez que los vi. Tiene el pecho ancho y definido, sus bíceps parecen tan duros que harían rebotar a una moneda, y la profunda V que

dibujan los marcados oblicuos me está haciendo salivar.

«Dios salve a la reina...».

Muevo la luz hacia abajo para verle las piernas. Sí, también son sexys.

¡Maldición!

Aparto los ojos de su cuerpo y me concentro en su rostro. Al menos lleva el pelo peinado hacia arriba. Me parece muy apropiado...

Levanta la mano para que la luz no le dañe los ojos.

—Por favor, ¿puedes apagar eso? Me estás dejando ciego.

Mira detrás de mí y hacia la zona del vestíbulo.

—Te he oído gritar y me he preocupado. Me he acordado de que las tormentas te asustan.

—¿Cómo lo has sabido? —pregunto, pues no recuerdo habérselo dicho nunca.

—Me lo dijiste el día que nos conocimos, en el avión.

—Ahhh... —Me muerdo el labio, sorprendida de que lo haya grabado en su memoria. Otro dato de esa conversación parpadea en mi mente—. ¿Sigues teniendo miedo de que Dolly Parton se esconda en la ducha?

Una sonrisa curva sus labios.

—De hecho, estoy jodidamente aterrorizado.

Hay nuevos relámpagos, y me estremezco.

—¿Estás bien? ¿Necesitas algo?

Me quedo allí quieta, con intención de decirle que estoy bien, pero algo me hace ablandarme.

—Oscar me ha robado la linterna y no tengo cerillas —confieso con una sonrisa.

Él sonríe y levanta la pequeña linterna que lleva en la mano.

—¿Quieres compañía?

Se desata en mi interior una pequeña batalla. Me incomoda la tensión que existe entre nosotros, pero también odio estar sola durante las tormentas.

Suelto el aire, quito el pestillo y doy un paso atrás para que pueda entrar.

Me estremezco ante su proximidad, en especial porque casi puedo tocar todos esos músculos ondulantes y su cabello revuelto.

Miro sus *baxers*.

—¿No tienes frío?

Curva los labios.

—¿Quieres que me ponga unos pantalones?

Estalla un trueno seguido por varios rayos, un destello brillante que entra por las ventanas en la parte trasera del apartamento e ilumina el vestíbulo y la zona del estudio durante unos segundos. Cierro los puños.

—No —me apresuro a decir—. No me dejes. No te vayas hasta que termine la tormenta. Los rayos... me dan miedo.

Frunce el ceño mientras observa cómo me apoyo en la mesa de entrada.

—Eh, estoy aquí. No voy a ir a ninguna parte. —Ilumina con la linterna el interior del apartamento, fijándose en los grandes ventanales de la parte de atrás.

—¿Hay ventanas en tu habitación?

Asiento moviendo la cabeza.

—De suelo a techo en una de las paredes. He pensado en pedirle a Robert algún tipo de sistema, como una persiana para el ventanal, pero ha hecho mucho... —Se me apaga la voz—. Las únicas habitaciones que no tienen ventanas son los baños y la cocina.

Se queda un momento pensativo.

—Ven, tengo una idea —dice finalmente.

Lo sigo mientras entra en el estudio y se pone a observar los muebles. Por fin, parece tomar una decisión y comienza a moverlos. Frunzo el ceño cuando le veo empujar una silla hacia la ventana. Luego coge una lámpara de pie y la acerca a la silla. ¿Qué está haciendo?

Se inclina para ver mejor la mesa, y yo suspiro. ¡Menudo culo...! Cierro los ojos para que mi cuerpo no se caliente, pero me estoy poniendo cachonda, y no es por la humedad de la tormenta.

—¿Dónde está Oscar? —me pregunta mientras cambia de lugar la mesita para el café.

Me muerdo el labio.

—Se quedará en casa de Axe esta noche.

—Ah...

No puedo esperar más; me siento demasiado desconcertada por sus acciones.

—¿Qué estás haciendo? ¿Algún tipo de feng shui?

Me lanza una sonrisa, y, por primera vez desde que lo vi, todo fluye entre nosotros como acostumbraba a hacerlo en... casa.

—Ya lo verás, cielo.

Lo sigo cuando se dirige sin vacilar a mi habitación, retira las almohadas y las sábanas y las lleva consigo al estudio, usando la linterna para iluminar el camino.

—Necesito más edredones. ¿Tienes alguno?

Asiento y le muestro el armario donde guardo la ropa de cama. Coge lo que necesita y regresa al estudio.

Coloca los edredones y las almohadas sobre la alfombra, y luego cubre con varias sábanas los muebles que ha situado en el centro de la habitación. La lámpara es el punto más alto y crea una especie de carpa. Hace un gesto para señalar una pequeña abertura que ha hecho: está claro que quiere que me arrastre.

—Has hecho un fuerte —le digo—. ¿Es para que me esconda?

Asiente, y luego hace uno de esos encogimientos de hombros, como si todo le diera igual.

—Solo quiero que te sientas segura. Al menos, los rayos no serán tan visibles. Es decir, sé que todavía podrás percibirlos a través de las sábanas...

—Es perfecto —aseguro, mordiéndome el labio—. ¿Vienes?

—¿Es lo que quieres? —Hay un matiz vacilante en su voz.

—Sí.

Cuando me inclino y me arrastro, miro por encima del hombro y lo pesco admirándome, probablemente estudiando la ropa interior de encaje amarillo que llevo debajo de la amplia camiseta.

Una vez que me acomodo, me lanza la linterna.

—Ahora cierra los ojos y cuenta hasta cien en voz alta, para que pueda escucharte. Vuelvo enseguida.

Mis ojos brillan cuando se pone de pie.

—¿Te vas a marchar?

—Solo será un segundo. Espérame... —Y se va. Le escucho abrir la puerta de mi casa y luego... silencio.

Suspiro, cierro los ojos y empiezo a contar.

Regresa cuando voy por setenta. Lo escucho revolotear alrededor de mi refugio, y emite un fuerte gruñido cuando choca con algo; luego acciona un encendedor.

La entrada de la puerta del fuerte cruje cuando él entra, pero mantengo los ojos cerrados. Su

hombro roza el mío.

—Está bien, puedes abrir los ojos —murmura.

Los abro y me quedo paralizada ante la miriada de velas encendidas que ha colocado por la habitación. Algunas están en la repisa de la chimenea, y otras en la mesa del vestíbulo, junto a la puerta principal.

Se me hincha el pecho, y descubro que no puedo mirarlo.

—Es... como el país de las maravillas.

Me aprieta el hombro. Los dos estamos sentados con las piernas cruzadas sobre las colchas.

—La próxima vez que haya una tormenta, haz esto. Tal vez cambie toda tu perspectiva.

—Sí. —No sé qué más decir.

Me siento abrumada por él. Por su consideración.

Me hace girar la barbilla hacia él y... nos quedamos muy cerca. Veo que se ha puesto unos pantalones de pijama al final; son de tela escocesa con cuadros azules y verdes, y le cuelgan desde las caderas.

—¿Sigues teniendo miedo?

—No —susurro. Ahora siento algo muy diferente.

Saca algo de detrás de él, un pequeño paquete envuelto en papel grueso y caro, atado con un lazo de arpillera.

—¿Qué es esto? —Mi voz sale suave y un poco jadeante.

—Un regalo. Lo compré para ti... hace tiempo.

—¿Por qué no me lo has enviado?

Suelta un largo suspiro y traga saliva.

—Rose... No podía verte ni tener ningún contacto contigo... hasta que estuviera limpio. Por eso no fui a la puerta de atrás la noche del concierto.

Asimilo sus palabras, sintiéndolas.

—Ya llevas limpio un tiempo, ¿verdad? Si yo soy tan importante para ti..., ¿por qué no te has puesto en contacto conmigo?

Se pasa una mano por la cara.

—No lo sé... Estar limpio ha sido difícil, y lo voy descubriendo a medida que avanzo. Estoy teniendo sesiones con un terapeuta, y pinto para mantener alejados los demonios. Mi padre y yo... estamos hablando más y tratamos de vernos a menudo. Tener su apoyo... ya significa mucho para mí.

Asiento con la cabeza.

Se muerde el labio inferior.

—No ha pasado un día sin que me haya preguntado cómo estás y qué estás haciendo. —Se detiene para inspirar profundamente—. Quería estar limpio para ti. Para nosotros.

—No existe un nosotros —le advierto.

—Todavía...

Sus palabras hacen que me recorra el cuerpo una oleada de pura necesidad, pero la sofoco.

«Te ha hecho daño, Rose...», me recuerdo.

Le cojo el paquete y lo abro despacio. Mis ojos se llenan de lágrimas cuando veo de qué se trata: un ejemplar de la primera edición de *Jane Eyre*. Lo miro.

—Esto debe de haberte costado... una millonada.

Le doy la vuelta a la cubierta del libro, y paso los dedos por la página donde aparece el título, que está cuidadosamente conservada.

Él se encoge de hombros, pero me mira con ternura. Admiro la cubierta marrón, y me aferro a ella

como a un salvavidas. No quiero soltarla nunca. Spider me besa suavemente en la mejilla y, de repente, no puedo respirar, siento mi cuerpo caliente y tembloroso.

Me acaricia un mechón de pelo.

—Terminé de leerlo, ¿sabes? Hace mucho tiempo.

—¿Y qué te pareció? —pregunto.

—En el fondo, es una historia sobre el destino, el destino de Jane y de cómo este se entrelaza con el de Rochester. El destino es algo maravilloso, ¿verdad? —Se le escapa una risita, y me pregunto si está pensando en mí y en... ese destino nos reunió ese día en aquel supermercado y luego en el avión—. Jane es la puta ama —continúa—, como tú. Aunque la gente quiera cargársela, ella solo anhela..., no sé, libertad para ser ella misma y tomar sus propias decisiones.

—Sí.

Se aclara la garganta, y acerca los labios a los míos más que antes, aunque el cambio en nuestra posición es casi imperceptible.

—Rechaza la oferta de ser la amante de Rochester porque tiene que ser fiel a sí misma.

—¿Y qué pasa con Rivers? —pregunto, pues quiero saber su opinión sobre el otro interés amoroso de Jane—. ¿Qué piensas de él?

Se ríe por lo bajo.

—No es más que un idiota temeroso de Dios.

Estoy completamente fascinada por sus palabras... Sobrecogida por el hecho de que lo haya leído por mí.

—¿Cómo sabes que ella no ama a ese idiota? —digo, con los ojos clavados en los suyos.

—Porque ella no puede olvidar a Rochester. Nunca lo supera, y cuando escucha su voz llamándola, va a él... —Su voz se detiene de pronto, y me mira con la cara sonrojada mientras me acuna la mejilla.

Su boca se detiene a unos centímetros de la mía, mientras su pecho sube y baja con rapidez.

«Podría tocarlo...».

Dios, si no lo toco... Me moriré aquí mismo.

—Rose, no sabes las ganas que tengo de besarte en este momento.

—Dios, sí... —lo animo, jadeante.



## 23

SPIDER

La beso con suavidad, como si fuera una primera cita, saboreándola con reverencia, reclamando sus labios de una forma insoportablemente lenta. Es como si le estuviera diciendo que puede alejarse en cualquier momento.

No quiero asustarla.

En este momento mis emociones son increíblemente feroces, ardientes por el deseo, y tengo que contenerme para no aplastarla entre mis brazos.

Aspiro su aire mientras le rodeo el cuello con la mano, tirando de ella para acercarla más a mí, hasta que solo puedo pensar en ella, olerla y desearla.

—Spider... —susurra al tiempo que me cubre el cuello de besos. Luego me araña la clavícula con los dientes, haciéndome sisear. Ya tengo la polla dura como el acero.

Gimo, deslizo la mano por debajo de su camiseta y le acaricio el pecho antes de pellizcarle el pezón.

—No deberíamos seguir... —dice ella cuando le subo la camiseta hasta los hombros.

Le alzo la barbilla y la miro a los ojos.

—No hay nada de malo en lo que siento por ti ni en lo que creo que sientes por mí, pero debes tomar una decisión. Te quiero. Te deseo tanto que no puedo respirar.

Cierra los ojos lentamente, y me fijo en cómo sus pestañas revolotean creando sombras sobre sus mejillas.

—Mírame.

Abre los ojos

—Dime que pare y lo haré. —Le recorro el labio inferior con el pulgar—. Dilo y nunca volveré a besarte en los labios. Podemos seguir fingiendo y mirando hacia otro lado cuando ambos sabemos que este calor entre nosotros es algo que no podemos ignorar siempre. El destino tiene otros planes. Quiere esto. ¿Lo quieres tú también?

Un lento sonrojo comienza a subir desde su cuello.

—Sí.

Me envuelvo la mano con su cabello y tiro de su cara hacia la mía.

—Entonces déjame enseñarte cuánto te deseo.

La beso de nuevo, esta vez con más intensidad; mis dientes y mi lengua se apoderan de los de ella.

Jadea y me pasa una mano por el pelo para ahuecarla sobre mi cráneo, acercándose a ella mientras con la otra tira de la parte inferior de mi pijama. Desliza los dedos dentro, hacia mis *baxers* de seda, para agarrarme la polla.

Me alejo de ella con una risita y la recuesto contra las almohadas para devorarla con los ojos.

—Vas a conseguir que explote demasiado pronto, cariño.

—No importa. Siempre podemos empezar de nuevo.

Se quita la camiseta y las bragas, haciéndome gemir.

Tiene prisa, y sospecho que es porque, como yo, quiere concentrarse en el momento, ya que teme

que esto que vibra entre nosotros se detenga en cualquier instante.

Su cuerpo largo y tonificado, con unos senos de tamaño perfecto que me hacen la boca agua, es el epítome de la forma femenina ante mis ojos. Siempre lo ha sido.

Me bajo los pantalones y los *boxers* y los lanzo lejos de mí.

Sus ojos van directamente a la barra que asoma hacia arriba.

—Lo sé, es formidable.

Ella se ríe.

—¿Qué te parece tan gracioso? —digo, mirándola.

—Nada. Es solo que... he esperado tanto que estoy nerviosa... —Se le apaga la voz.

Me inclino hacia delante y le acaricio la cabeza antes de besarla.

—Yo también. Contigo me siento como un adolescente.

Se inclina y me captura con la boca, su mano empieza a subir y bajar por mi erección mientras me explora con largas lamidas, empujando hacia abajo con los labios hasta que siento la tensión de su garganta en el glande.

Echo la cabeza hacia atrás; no estoy preparado para esto y tengo que contenerme, sosegando mi corazón mientras me chupa.

—Joder... Rose...

Gime, ronroneando contra mí, y dejo que me chupe unas cuantas veces más antes de alejarme.

Quiero poseerla..., estar dentro de ella.

La tiendo de nuevo en la colcha y la beso otra vez. Se arquea hacia arriba, queriendo más mientras me muevo por su cuerpo, sin detenerme hasta que la tengo abierta frente a mí. Le exploro con los labios la curva de su rodilla, la redondez de sus caderas, la pendiente de su cuello. Una parte de mí quiere tomarla con fuerza, porque me parece que llevo toda la vida esperándola, pero otra quiere ser tierna. No sé cuál de mis dos personalidades va a ganar.

La pongo de lado y presto especial atención al tatuaje que tiene en la parte superior de la espalda, el que contiene mi antiguo número dentro del ala de la mariposa. Trazo el contorno con la lengua mientras mis labios rozan su piel satinada. Sigo bajando hasta llegar a sus caderas, donde deslizo los dedos desde atrás entre sus pliegues para tocarla...

—Estás jodidamente mojada, amor.

Ella gime cuando mi boca sigue el camino de mis dedos, probándola. Susurra mi nombre al tiempo que separa las piernas, arqueándose más cuando la acaricio por dentro, alcanzando su punto G.

—¿Te gusta? —murmuro contra su centro, jugando con su clítoris con la lengua.

—No te detengas —murmura, con un nudo en la voz.

Nunca he podido negarle nada. Aprieto la lengua contra ella, me apodero de su protuberancia y se la chupo tan fuerte que grita mi nombre y se arquea, separándose del suelo, sus paredes se ciñen alrededor de los dos dedos que tengo dentro de ella.

Se recuesta contra las almohadas.

—Nadie me había hecho eso nunca.

Sé que me brillan los ojos, y, ¡joder!, no quiero decir el nombre de él, pero un millón de preguntas arden en mi mente.

Baja la vista, obviamente avergonzada.

—Nunca he querido que lo hiciera.

Alejo cualquier pensamiento sobre él y me concentro en ella.

—Tenemos mucho más que experimentar. —Sonrío—. ¿Tienes condones?

Ella asiente, y cuando me dice dónde están, corro a buscarlos. Estoy de vuelta dentro del fuerte en

menos de diez segundos, donde me esperan sus brazos abiertos.

—Has tardado mucho.

Me río y me relajo situándome entre sus piernas, luego hago que demos la vuelta y la hago rodar sobre mí.

—¿Qué estás haciendo? —dice suavemente.

—Esto... —Le separo los pliegues con los pulgares y la siento encima de mi polla, gimiendo al sentir que me ciñe con fuerza mientras me deslizo dentro. Sí. Esto.

Gime y arquea la espalda mientras me aferro a sus caderas para empezar a moverme. Sus tetas rebotan con cada envite, los pezones se mueven hacia mí, y divido mis labios entre ellos, saboreo su sudor con la lengua, inhalo el olor de su piel...

Es hermosa.

Lo es todo.

Nos movemos el uno contra el otro, mi polla se desliza fuera casi por completo y luego vuelve a entrar. El sonido del roce de nuestra piel es tóxico, y me lleva más alto. Ella jadea y grita cuando la penetro con más fuerza, cada vez más profundamente, queriendo que cada uno de mis centímetros quede envuelto por ella. Todo se desvanece, y solo veo a Rose.

Quiero correrme rápido.

Ella parece tener la misma urgencia, como si este momento fuera el último que vamos a estar juntos.

Le doy la vuelta y vuelvo a entrar en ella, la breve ausencia es suficiente para hacerla jadear ante el renovado contacto. Tomo el control, entrando y saliendo de ella, con dureza, con velocidad... Le engancho una pierna en mi hombro. Quiero más.

Mi mano libre encuentra su coño y empiezo a jugar con su clítoris, acariciándoselo al ritmo de mis empujes.

—Eres mía —murmuro con la voz ronca.

Le muerdo la palma de la mano y gruño mientras la poseo con aquellos movimientos frenéticos, que son más intensos cuando ella se arquea más, y me aprieta entre las piernas como una prensa.

—Siempre... Siempre... Siempre... —digo sin parar.

Empujo dentro de ella más rápido, y comienzo a sentir el cosquilleo del orgasmo en la base de la columna vertebral. Follamos como salvajes, y estoy a punto de explotar. El sudor me gotea por la cara y cae sobre sus senos.

—Córrete —grito al tiempo que me hundo, apretándole un pezón entre los dedos.

Sus ojos tienen una expresión salvaje cuando se separa de nuevo, sus músculos internos me ciñen la polla y me lanzan a la dicha con ella.

Con mi corazón aún volando, me desplomo junto a ella. Mis emociones son incontrolables en este momento. Ha sido... jodidamente asombroso.

Se da la vuelta hasta que nos quedamos acostados cara a cara, con las piernas entrelazadas. Una expresión de preocupación cruza su rostro.

—¿Qué te pasa? —le pregunto al tiempo que le paso la mano por la mejilla.

Se muerde el labio.

—¿Siempre será así contigo? ¿Tan... intenso?

Sonrío lleno de satisfacción.

—Es el mejor sexo que has tenido, ¿verdad?

Pone los ojos en blanco y me golpea el brazo, haciéndome gruñir. No me duele, por supuesto, pero me gusta hacerla sonreír.

—Quizá —admite mientras se apoya en el codo—. ¿Y para ti? ¿Ha sido el mejor?  
Me pongo serio mientras la miro a los ojos.

—Contigo todo es diferente. Nunca me había acostado con alguien que me importara, así que sí, es alucinante. Demonios, por lo general ya estaría vestido y saliendo por la puerta. —Noto una opresión en el corazón—. Y no me estoy yendo... No me iré a menos que quieras que lo haga.

## 24

ROSE

A la mañana siguiente me despierto antes que Spider. En algún momento de la noche abandonamos el fuerte, apagamos las velas y nos fuimos a la cama.

Dormimos acurrucados uno junto al otro, mi espalda contra su pecho. Durante las primeras horas sentí que me rozaba los hombros con los labios casi con reverencia... esperanzada.

Pero esta mañana, mientras observo el resplandor del sol que atraviesa las persianas, me empiezo a sentir culpable, en especial cuando echo un vistazo al teléfono.

Ojeo los mensajes de texto. Son todos de Trenton.

*«¿Estás bien?».*

Me lo ha enviado más o menos a la hora en que se produjo el apagón. Su apartamento está a unas cinco manzanas del mío, pero imagino que todas las alarmas y las noticias lo informaron del suceso. El siguiente fue enviado unos minutos después, seguramente cuando Spider estaba llamando a la puerta.

*«Rose, sé que estás despierta. ¿Estás en casa? ¿Estás asustada?».*

Luego, otro, media hora después.

*«Vale, está bien, debes de estar dormida. Buenas noches. Te quiero».*

—¿Va todo bien? —murmura Spider, que se acaba de incorporar y está mirando por encima de mi hombro. Tiene el pelo de punta, y una leve sonrisa curva sus labios carnosos.

Suelto el teléfono e intento dejar de pensar en Trenton. Miro a Spider mientras se frota los ojos y se estira. Me parece... sexy. Echo un vistazo a su amplio pecho entre las sábanas, y lo único que quiero es arrojarme encima de él.

Pero no puedo

—Sí, todo va bien... —digo como si nada. Pero eso no es cierto. Estoy preocupada por Trenton y por lo que he hecho.

Salgo de la cama y me envuelvo el edredón alrededor del mi cuerpo desnudo mientras corro hacia el baño.

—Eh..., vuelve aquí, mujer. No he terminado contigo. —Su voz es burlona y me hace sonreír un poco.

Me acerco a la cómoda, notando una deliciosa molestia entre las piernas.

—Tengo clase dentro un par de horas. Me queda el tiempo justo para ducharme y marcharme.  
No lo estoy mirando, pero sé que me está observando. Escucho el crujido cuando se sienta en la cama.

—¿Rose?

—¿Sí? —Rebusco en el cajón de la ropa interior y, nerviosa, cojo lo primero que encuentro. Es un conjunto de algodón blanco, sencillo, inocente..., ideal para las chicas que no engañan a sus novios.

—¿Estás bien?

Lo miro cuando se pone de pie en toda su gloria desnuda, el sol crea un efecto de halo alrededor de su cabeza.

Parpadeo ante su magnificencia. Además de lo increíbles que son sus tatuajes, tiene el pecho bronceado y con los músculos marcados. Y la V deliciosamente cincelada que baja hasta su cintura está muy cerca del pedazo de carne más hermoso que he visto. Clavo la mirada directamente en su polla, que se muestra larga y gruesa ante mí. Necesito chupársela.

Mi cuerpo vibra, lo deseo de nuevo.

Es, sin duda, la criatura más bella con la que he estado.

Aunque eso ya lo sabía.

Lo deseo de nuevo. Ahora mismo.

Me asalta una oleada de remordimientos.

¡Soy horrible! Se supone que tengo que cenar con Trenton esta noche. ¿Cómo podré mirarlo a la cara?

Spider se acerca a mí y apoya la palma de la mano en la pared, detrás de mi cabeza, mientras me mira con una expresión de inquietud.

—¿Te arrepientes?

Este hombre es el que me hizo enamorarme de él y luego se fue.

—No estoy segura de que pueda confiar en ti, Spider. Me abandonaste.

Se mira la rosa que lleva tatuada en la mano.

—Te dejé para dejarte respirar.

La emoción me obstruye la garganta y me alejo de él, deslizándome fuera de su alcance.

Me atrae de nuevo hacia él agarrándome la mano y entrelaza nuestros dedos mientras su expresión cambia de inquietud a determinación.

—¿Qué te pasa?

Me muerdo el labio.

—Estoy un poco nerviosa... Tengo un examen y debería prepararlo.

Me pasa la mano por el cuello.

—No te hagas rogar..., no te va.

—Spider...

Me interrumpe con un beso, su lengua se enreda con la mía mientras desliza la mano debajo del edredón para ahuecarla sobre mi culo y apretarme contra él.

—Esto... esto es lo que quiero. Dime que tú también me deseas.

—Sí —murmuro.

Todos mis pensamientos coherentes salen volando por la ventana.

Él sabe que soy suya.

## 25

SPIDER

Con las gafas de aviador con cristales de espejo azules y una gorra de béisbol de los Yankees calada hasta los ojos, me siento bastante irreconocible cuando salgo del edificio y recorro la calle hacia la panadería a la que voy a buscar el desayuno para Rose. Me detengo en la esquina al ver a un hombre mayor y mal vestido sentado en una vieja caja de leche tocando el ukelele. El hambre que debe de estar pasando es palpable en sus rasgos demacrados y la ropa gris y gastada. Sus ojos están rojos y legañosos.

Yo podría haber acabado así.

El pequeño perro callejero que descansa junto al músico me ladra, como si me leyera los pensamientos y me sonriera. Me obligo a detenerme delante de él, y decido quedarme a escuchar mientras el anciano toca una melodía que me resulta familiar, aunque no puedo ubicarla. Dejo caer cien pavos en el estuche abierto.

Me mira.

—Que hoy encuentres alegría y felicidad.

Asiento con la cabeza, que giro para responderle mientras me alejo:

—Ya lo he hecho, y es preciosa.

Aprieto el paso hasta la panadería y adquiero algunas cosas que creo que podrían gustarle: dos cruasanes con huevo y beicon, varios bollos de arándanos y dos *muffins* de fresa. Por impulso, elijo también unas galletas con pepitas de chocolate recién horneadas. Nos hemos pasado la noche abriendo el apetito, y yo, por mi parte, me muero de hambre.

—Oye, ¿no te conozco? —me pregunta la camarera mientras pago en efectivo.

—No.

Ella entrecierra los ojos, estudiándome con atención mientras envuelve las galletas y las agrega a la bolsa del desayuno. Me mira el tatuaje del cuello.

—Te pareces mucho a ese tipo, Spider, el de los Vital Rejects.

—¿A quién? —pregunto, con una expresión de desconcierto en la cara.

Inclina la cabeza a un lado.

—Sí, podrías ser su doble.

«Dame el cambio de una puta vez», pienso.

Se echa hacia delante con aire conspirador.

—Me lo puedes decir. No se lo contaré a nadie.

Suelto el aire.

—Sí, soy Spider. —Después de todo, es bastante obvio con el tatuaje.

—¡Oh-Dios-mío! —chilla.

Levanto las manos, indicándole que se calle. La gente nos está mirando.

Se humedece los labios y se pasa un mechón de pelo por encima del hombro.

—Oye, estás en mi lista.

Frunzo el ceño.

—¿Eso significa que tengo café gratis?

Se ríe.

—No, significa que puedo follarte contigo y que mi novio tiene que estar de acuerdo.

Parpadeo, mirándola ahora en lugar de fijarme en las delicias que hay en la vitrina de la panadería.

Es una rubia escultural, con rasgos bonitos y unos pechos abundantes.

—Yo no voy follando con cualquiera —le digo. Y ya no lo hago.

Arquea una ceja.

—No es eso lo que ponen las revistas de cotilleos. —Coge un bloc de notas, garabatea algo en una página, la arranca y la mete en la bolsa; su número de teléfono, sin duda.

Me mosqueo y la miro con los labios apretados. Saco el papel y se lo devuelvo.

—No lo quiero.

Una mirada hosca atraviesa su rostro.

—Vale, vale, solo he pensado que te interesaría, eso es todo.

Podría haberme interesado hace años, pero no ahora.

Unos minutos más tarde, estoy de vuelta en el apartamento de Rose con la bolsa, y ella me mira con incertidumbre. Me imagino que está pensando en Trenton, y en lo que vendrá después. Francamente, yo estoy aterrorizado. Quiero que me diga que no lo volverá a ver nunca, pero hay una lejanía en sus ojos que me impide pedírselo.

Echo un vistazo a los pantalones de yoga grises y a la sudadera de la universidad de Nueva York que lleva puestos. Me deja sin aliento.

—Estás preciosa.

—Gracias. —Sonríe vacilante mientras yo abro los armarios de la cocina en busca de platos para el desayuno.

Comemos juntos, en silencio. Yo estoy nervioso; ella está nerviosa. Pasan los minutos mientras en la habitación reina la calma. La miro mientras se come el cruasán: miro fijamente sus labios perfectos, la forma en la que el pelo se le riza sobre los hombros. Estoy empalmado, y lo único en lo que puedo pensar es en tenderla sobre la mesa. Me obligo a relajarme. No quiero abrumarla.

Ella me mira mientras mastica.

—Desde que hemos tenido sexo, todo es muy raro.

Me meto el último bocado de mi cruasán en la boca.

—Sé cómo conseguir que no sea raro.

—¿Sí? —Arquea una ceja.

—Podemos hacerlo otra vez —le digo con un pequeño gruñido.

Se remete un mechón de pelo detrás de la oreja mientras suelta un suspiro tembloroso.

—¿Qué estás pensando? —le pregunto, inclinándome sobre la mesa para limpiarle una miga de la mejilla.

No dice nada, y aunque mantiene la mirada gacha, sus pestañas revolotean.

—Dime lo que estás pensando. —Estoy a punto de suplicarle.

—Te quiero tanto que no puedo respirar. No puedo pensar con claridad...

No le dejo terminar la oración.

La cojo entre mis brazos y la llevo de vuelta a la habitación.



## 26

ROSE

Soy una persona horrible.

Una traidora.

Una mentirosa.

Voy sentada en el metro, noto que se me agita el estómago y me froto la frente.

Solo puedo pensar en el tiempo que he pasado con Spider.

En los momentos que hemos disfrutado hoy por todo mi apartamento.

Es tóxico.

Resulta fascinante.

Me parece increíble...

Me hipnotiza.

Y solo puedo pensar en él.

Está sucediendo de nuevo, y tengo miedo de que esta vez me deje más destrozada todavía.

Suena el pitido que indica que el metro va a detenerse y, cuando levanto la vista, me doy cuenta con sorpresa de que es mi parada. Trenton... Dios... Se me revuelve el estómago al pensar en lo que tengo que decirle.

Entro en las oficinas que ocupa el bufete dentro del enorme edificio y me detengo en la recepción, que se encuentra en el centro del lugar. El vestíbulo tiene dos ventanas, cada una decorada de forma personalizada. A lo largo de la pared se encuentra una fila de sillas cómodas de aspecto formal estilo Reina Ana que apestan a dinero viejo, rancio abolengo y tradición familiar. Me recuerdan a Highland Park.

La recepcionista me da la espalda, pues está archivando papeles, así que me aclaro la garganta para llamar su atención. Cuando se gira para mirarme, parpadeo sorprendida.

—¿Aria? —Dado el tono de mi voz, estoy bastante segura de que me he quedado boquiabierta.

Lo último que he sabido de ella por Trenton es que estaba en Texas y asistía a la universidad. Sí, es su prima, pero la ha visto en raras ocasiones, excepto durante las vacaciones, cuando han coincidido en las reuniones familiares. Por mi parte, he evitado cualquier evento en el que sospechara que podía encontrármela, pero la vi una vez en una boda de otra prima. Apenas nos hablamos entonces, lo cual fue bastante fácil, ya que el lugar estaba lleno de invitados.

«¿Por qué no me ha dicho Trenton que se ha mudado aquí?».

Todavía es muy guapa, por supuesto; lleva el cabello castaño más corto y cortado con un estilo contundente y liso. Con una falda tubo roja y corta y una blusa estampada, tiene un aspecto increíble. Me miro los pantalones de yoga y la sudadera que visto yo; soy prácticamente una vagabunda en comparación con ella.

—¡Hola, Rose! —me saluda ella, arrastrando su suave acento sureño—. Empecé la semana pasada. ¿Trenton no te ha dicho nada? —Arquea las cejas.

Niego con la cabeza

Su risa resuena en la oficina de paneles oscuros, poniéndome de los nervios.

—Bueno, pues aquí estoy... La nueva del despacho. —Abre los brazos y hace una pirueta completa sobre sus tacones de aguja negros.

Asiento con la cabeza.

—Trenton ha estado tan ocupado con ese nuevo caso que creo que se ha olvidado de decírmelo.

Sonríe de oreja a oreja pero sin mostrarme los dientes. Luego recorre mi atuendo con la vista hasta aterrizar en mis Converse rojas.

—Tienes algo pegado en la sudadera —dice, señalándome y entrecerrando los ojos con una expresión en su rostro como si estuviera oliendo algo apestoso.

Bajo la vista y veo una pequeña mancha blanca, que imagino que es fruto del cruasán que Spider me ha traído esta mañana o, lo que es más vergonzoso, de la pasta de dientes.

Tengo la sensación de haber regresado a Highland Park de nuevo, y de volver a llevar el grasiento polo de Jo's.

La tensión que siempre ha existido entre nosotras surge de nuevo, y suelto el aire.

Le devuelvo la sonrisa, pero también ella sabe que es forzada.

—¿Así que el padre de Trenton te ha conseguido este trabajo? ¿No pudo encontrar otra cosa para ti en la ciudad?

—Somos familia y nos mantenemos unidos —suspira, llevándose la mano al corazón, lo que hace que me fije en el enorme diamante del anillo de compromiso—. Tengo suerte de tener cerca a mi familia de verdad, ¿sabes? No es muy habitual en estos tiempos.

Me rechinan los dientes ante la insinuación.

Ella se levanta y se inclina sobre el mostrador.

—Espero, por supuesto, que podamos superar nuestras diferencias. Trenton es mi primo, y quiero que seamos amigas.

—Siempre he pensado que no tenía el pedigrí adecuado para ser tu amiga.

Se encoge de hombros.

—Nos acabamos de mudar aquí, y estoy segura de que Trenton querrá pasar el tiempo con nosotros. Esta es una ciudad bastante grande, y la familia tira.

—¿«Nos»? —Mis ojos aterrizan de nuevo en el diamante, que casi me ciega con su tamaño.

Sonríe ampliamente al tiempo que me tiende la mano.

—Es de Garrett, por supuesto. Nos casaremos en verano, después de que termine el primer año de especialización en medicina.

Cierro los puños, pero lo oculto bien, sonriendo.

—Genial. Ahora voy a ver a Trenton.

Me llama mientras yo atravieso el espacio hacia el pequeño despacho de Trenton, pero la ignoro.

Él se levanta detrás del escritorio cuando abro la puerta de par en par; tiene el pelo revuelto, como si se hubiera pasado las manos por él varias veces. Sentada en una silla junto al escritorio está su secretaria, Vivien, una elegante mujer de unos cincuenta años que conocí cuando él empezó a trabajar aquí. Hay papeles y carpetas por toda la habitación.

—¡Rose! —Frunce el ceño cuando me ve, y luego Aria se detiene justo detrás de mí.

—Le he dicho que estabas ocupado, pero me ha ignorado —se disculpa ella.

Le hace un gesto con la mano.

—Está bien. Puedo saludar a mi novia.

—Hola —le digo, entrando en la habitación y cerrándole a Aria la puerta en las narices, con gran satisfacción por mi parte.

Me acerco al escritorio de roble y él se encuentra conmigo a medio camino, donde me abraza.

—Una imagen agradable para mis ojos doloridos. —Me besa profundamente en los labios, y le devuelvo el beso sin pensar, aunque me siento mal, horrible, horriblemente mal.

Vivien me saluda también, pero vuelve a bajar la mirada inmediatamente al trabajo.

—¿Y Aria? Qué sorpresa...

Sonríe.

—Sí, lo siento, me he olvidado de decírtelo. Espero que podamos resolver las cosas con ellos... y que no te sientas incómoda con Garrett.

«¿Incómoda? Es un cabrón». Frunzo el ceño.

—Por supuesto que estaré incómoda.

Me acaricia el brazo con la mano.

—Están comprometidos, así que él formará parte de mi familia. Quizá deberías relajarte un poco...

Empiezo a decir algo, pero cierro la boca cuando me doy cuenta de que hemos llegado a un punto en el que Garrett no es importante.

Hay una razón para que esté aquí, y no tiene nada que ver con Aria ni con Garrett.

—Mira, siento no haberte llamado primero, pero...necesitaba hablar contigo ¿Podrías hacer un descanso y tomar un café conmigo en la cafetería que hay al otro lado de la calle?

Cuando mira el reloj, aparece una expresión de pesar en su rostro.

—¿Puede esperar? Hay un cliente que vendrá mañana para una reunión, y acabamos de añadir algunas acciones de última hora a su cartera de inversiones, así que tenemos que tener toda la información actualizada. —Me besa en la frente—. Te lo prometo, una vez que pasen los próximos días, seré todo tuyo, pero tienes que dejarme trabajar.

Jugueteo con el cierre de la mochila, sin mirarlo a los ojos.

—Tenemos que hablar.

Me levanta la barbilla, y me estudia con sus ojos azules mientras frunce el ceño.

—¿Alguien está en peligro de muerte? ¿Todos bien por Dallas?

—Es algo con respecto a nosotros, Trenton.

Una expresión de impaciencia atraviesa sus rasgos cincelados.

—Estoy trabajando, Rose. Este es un cliente nuevo, y Vivien y yo tenemos una fecha tope.

Vivien se aclara la garganta, y él da un paso atrás, en su dirección.

—Te mandaré luego un mensaje. Quizá podamos ir a cenar.

Asiento con la cabeza.

—Pasaré por tu apartamento, y podemos pedir algo por teléfono.

Mueve la cabeza distraídamente, ya de regreso a su escritorio.

Les lanzo un vistazo final, aunque ninguno de ellos se da cuenta. Me cuelgo la mochila del hombro, me voy hacia la puerta y salgo al vestíbulo.

SPIDER

«¿Dónde estás?».

Le envió el mensaje de texto a Rose después de acomodarme en una pequeña librería con cafetería tenuemente iluminada que he encontrado al lado del edificio donde están nuestros apartamentos. Intento no permitir que el pánico me carcoma, pero cuando me ha dicho en su casa que iba a hablar con Trenton después de clase, la preocupación no ha dejado espacio para nada más en mi cabeza.

Me ha dicho que iba a romper con él, pero leí dudas en su rostro. ¿Las dudas eran por Trenton o por mí?

¡Mierda! No lo sé. Estoy preocupado. Quiero que vuelva de una vez y tomarla entre mis brazos. Eso es todo. Es como una jodida flor, y quiero abrir cada pétalo, uno a uno.

Sebastian se sienta frente a mí y bebe una cerveza. Ambos llevamos gorras y gafas de sol con los cristales de espejo; además, mantenemos la barbilla baja. Quizá sea demasiado llevar unas gafas de sol por la noche, pero hay un ambiente extraño en esta ciudad. Sebastian ya se ha reunido con un grupo de reporteros que de alguna manera lo han pillado en el balcón del hotel Madison. Rocco y Max están pasando el rato en casa de un amigo hasta que llegue el momento del concierto.

Mila, nuestra relaciones públicas, se acerca desde el lugar donde estaba buscando un libro romántico.

Recuerdo que le pedí que viniera al ático el día que Rose apareció en mi departamento, en Dallas. Sabía que Mila tenía debilidad por mí y la utilicé: le pedí que fingiera que habíamos mantenido relaciones sexuales, que le diera la vuelta a la falda hacia atrás. Por supuesto, estuvo de acuerdo, y, bueno..., el resto es historia.

Fuimos más amigos en Los Ángeles, pero no llegó a ser una amistad muy profunda, y nunca follamos. Cuando se dio cuenta de que la estaba usando para quitarme a Rose de la cabeza, siguió adelante, y actualmente está saliendo con una estrella de la música *country*.

Vestida como es habitual en ella —con una minifalda rosa y una blusa blanca—, deja un libro de poemas de amor sobre la mesa.

—Si le gusta *Jane Eyre* y quieres cortejarla, será mejor que vayas a por todas. Quizá deberías leerle algo de poesía. —Se ríe mientras observa a las personas que nos rodean, asegurándose de que nadie está escuchándonos. Es nuestra pequeña bulldog, y hace un esfuerzo muy grande para protegernos.

—Sé cómo cortejar... —Arqueo las cejas.

Sí, saben que le he regalado el libro, pero no les he hablado sobre la noche que pasamos juntos. Ni siquiera les he dicho que es mi vecina. No sé por qué no quiero hacerlos partícipes de la felicidad que siento. Tal vez sea porque temo que, si hablo demasiado sobre ella, desaparecerá. Como Cate y mi madre. La idea de perderla de nuevo... me atenaza por dentro.

—Por favor, no me hables sobre tu vida sexual —añade Mila—. Podría vomitar.

Sonrío.

Mila me mira, como si estuviera tratando de descifrarme.

—La amas —dice finalmente ella, con una expresión satisfecha en su cara—. El poderoso Spider ha caído con todo el equipo.

Parpadeo.

—No sé a qué te refieres.

—No puedes oír hablar de amor, ¿o sí? —Sebastian sonrío mientras se bebe lo que le queda de cerveza.

Tomo un sorbo de mi agua con gas.

—No todos estamos tan en contacto con nuestros sentimientos como tú. —Pero tiene razón. No uso la palabra «amor».

—Lástima...

—Cállate, capullo.

—Vete a la mierda —replica.

Me río.

—Ni siquiera sabes lo que significa.

—¿No significa «flor»? —pregunta con un brillo en los ojos.

—No, capullo.

Mila se sienta a mi lado.

—Me encantan todas tus palabras inglesas malsonantes, pero «capullo» es mi favorita —dice.

Me río, y ella me da un puñetazo.

Me pasa un brazo por los hombros y me da un abrazo de medio lado.

—Me alegro de que la hayas visto. ¿Has decidido qué hacer? ¿Vas a invitarla a la inauguración de tu exposición? —Sonríe.

La abrazo y la beso en la mejilla.

—Sí.

No veo que Rose entra en el bar y nos mira.

No la veo cuando se va.

ROSE

Estoy casi entrando en el portal cuando miro las luces de la pequeña librería con cafetería que hay al otro lado de la calle. Es uno de mis lugares favoritos, paso por aquí con frecuencia después de las clases para leer los libros que hay en las estanterías mientras saboreo productos recién horneados. No es una librería al uso, es oscura y acogedora, a lo que hay que sumar que sirven increíbles *pretzels* de elaboración propia.

Decido entrar a comprar un *pretzel*... o dos. Quizás Spider esté en casa y pueda compartirlo con él. Sé que el concierto es mañana por la noche, así que es posible que se haya quedado ensayando hasta tarde, pero nunca se sabe. Se me ha agotado la batería, si no, le enviaría un mensaje de texto para preguntarle.

Ya estoy dentro del local cuando me llama la atención una risa familiar. Con el *pretzel* para llevar que me tiende la camarera en la mano, me doy la vuelta, y mis ojos se posan directamente en la espalda y los hombros de Spider. Una gorra de béisbol intenta esconder su cabello, pero conozco su risa. Una bella morena con una falda muy corta está casi encima de él. Otro tipo está sentado un poco más alejado de ellos, también con una gorra de béisbol.

Esa mujer...

«La conozco...».

Noto que me mareo y que se me revuelve el estómago. Me asaltan las náuseas cuando la veo abrazar a Spider. Él le pone las manos sobre los hombros y le besa la mejilla.

Se me detiene la respiración, ¡Demonios!, todo el mundo se detiene.

Hay algo entre ellos, una complicidad que habla de muchos años juntos.

Me humedezco los labios, mareada, con el corazón en carne viva y sangrando

Vuelvo a rebobinar el recuerdo que tengo de ella..., saliendo del edificio de Dallas donde vivía Spider, con la falda del revés... Prueba palpable de que se la acababa de tirar.

—Oye, ¿estás bien? —me pregunta la camarera que me ha entregado el *pretzel*.

Trago saliva y asiento con la cabeza, las lágrimas me hacen arder los ojos, tengo las palabras pegadas a la garganta mientras me apoyo en la pared. En un movimiento borroso, salgo corriendo por la puerta hacia la noche.

Llego a casa aturdida. A las nueve, mi teléfono ya está medio cargado, y han entrado un montón de mensajes de texto; algunos son de Trenton preguntándome si voy a ir por allí, y hay varios de Spider, que quiere saber dónde estoy.

Los ignoro todos.

Anne también me llama, pero prefiero no responder. Unos minutos más tarde, me envía un mensaje de texto: vendrán a Nueva York dentro de unos días.

No me importa; solo quiero acurrucarme y olvidar lo que he visto esta noche.

Me obligo a comerme el *pretzel* y me tomo una copa de vino... y luego otra. Al poco rato tengo la botella encima de la mesa para poder beber a morro.

Cuando llega Oscar a casa alrededor de las diez, estoy encogida en el sofá con una manta encima, recostada en los cojines, llorando por una película que emiten en Lifetime.

Se sienta y me rodea los hombros con un brazo. Lo he llamado antes y le he contado todo.

—Estoy aquí, niña. Ha llegado el momento de que Oscar intervenga...

Le hago un gesto para que se calle, aunque realmente no quiero que permanezca en silencio. Necesito hablar con alguien, pero tengo miedo de enfrentarme a la verdad: Spider estaba en la librería con la chica de Dallas. ¿Quién es ella? ¿Qué significa para él? ¿Por qué la ha besado? ¿Por qué me ha parecido que llevan juntos mucho tiempo? Siempre me ha asegurado que no permanecía demasiado con ninguna chica..., pero, por lo que parece, ella es diferente.

Oscar me mira fijamente.

—Creo que debes dejar de esconderte aquí y ponerte las braguitas de chica mayor.

Levanto la nariz.

—¿No puedes esperar? El protagonista está a punto de descubrir que la chica tuvo un bebé suyo en secreto hace diez años.

—Estás viendo la mierda de la televisión para no pensar en tus problemas. Creo que en tus clases de psicología lo llaman «evasión clásica».

Cojo un pañuelo de papel y resoplo.

—Has estado leyendo mis apuntes otra vez.

Se encoge de hombros.

—Estaban a mano. Tienes que ir a su apartamento y preguntarle qué está pasando.

—Pero ¿no puedo terminar antes de ver *El bebé secreto del millonario*?

Coge el mando a distancia, apaga el televisor y me mira muy serio.

—¡Ahora me perderé lo que pasa!

Oscar no se ablanda ni un poco.

—Es posible que lo que hayas visto no sea lo que parece.

—Esa tía lo estaba abrazando, se lanzó sobre él —aseguro—. Y Spider la estaba mirando como si fuera alguien importante. —Se me quiebra la voz.

¡Dios! Tengo que llegar al fondo de esto.

Me levanto con una profunda exhalación, me sacudo los pantalones de yoga y la camiseta arrugada. No me queda apenas maquillaje, y hace mucho rato que el moño flojo en el que me he recogido el pelo decidió deslizarse a un lado.

Voy hacia la puerta.

—¡Espera! —chilla Oscar—. No puedes ir allí así. Al menos, cálzate y péinate.

—¿Por qué?

—Porque hueles a vino y pareces una mendiga. —Posa los ojos en la botella de Chardonnay que llevo en la mano—. Al menos deja el vino aquí.

Tomo un trago.

—No quiero perder mi entusiasmo.

Se queja por lo bajo al tiempo que me reorganiza el pelo y me limpia los ojos.

—Al menos déjame que te quite el rímel corrido.

Me pongo las Converse y salgo a trompicones por la puerta, apoyándome en las paredes del pasillo. Estoy un poco borracha, pero no me importa.

Llamo a su puerta, y esta se abre.

«Es ella».

Está a las diez de la noche en su apartamento. Si eso no lo deja todo claro como el agua, no sé qué lo puede dejar.

Abre la puerta unos treinta centímetros y luego la cierra lentamente mientras me mira con cautela.

Resoplo; es evidente que no se fía de mí.

Me mira de arriba abajo, abriendo los ojos como platos al ver la botella que aprieto en la mano.

—¿Eres la repartidora de comida china?

—¿Tengo pinta de entregar comida china a domicilio? —replico, aunque la palabra «comida» no la he pronunciado bien.

El ceño fruncido no le resta ni un ápice de belleza.

—¿Nos conocemos?

La ignoro. Debería conocerme de Dallas, aunque es probable que tenga un aspecto diferente con el pelo recogido en un moño y la ropa de estar en casa. Además, estoy segura de que no me prestó tanta atención como yo a ella.

Estira el cuello para ver el pasillo, mirando a todas partes.

—¿Cómo has llegado hasta esta planta?

Me limpio la boca sin responderle, notando con consternación las migajas que caen bajo el roce de mis dedos. Oscar tenía razón: parezco una vagabunda.

«Eso no importa una mierda», grita mi cabeza.

La señalo con el dedo, usando la mano con la que sostengo la botella.

—Quiero ver a Spider. Ahora.

Frunce el ceño como si estuviera confusa y se mueve a un lado para impedirme ver el interior del apartamento.

—No sé de quién hablas.

—Mentirosa. Sé que está alojándose aquí.

Me mira con los ojos entrecerrados.

—Te sugiero que te vayas antes de que llame a la policía.

Me río.

—Lo último que él quiere es que haya un informe policial de una pelea de chicas en su casa.

Inclina la cabeza a un lado.

—Me resultas muy familiar.

No la dejo terminar y empujo la puerta. Ella también me empuja hacia atrás, y empezamos a pelearnos como gatas rabiosas.

Durante un breve instante pienso que es probable que me arrepienta de esto por la mañana, pero en este momento no me importa.

Tengo el alcohol y las Converse de mi lado, y ella es bajita y lleva unas bailarinas rosas que serían más propias para una niña de diez años. La empujo a un lado y atravieso el vestíbulo del apartamento mientras ella me va tirando del brazo. Me la quito de encima con facilidad. Especialmente porque la adrenalina ruge en mis venas, alimentada por ira pura.

Una rápida mirada alrededor me indica que el estudio y la cocina están vacíos. Hay ropa por todas partes, la mayoría dentro de bolsas de la tintorería para limpieza en seco. Las partituras cubren el suelo, junto con lienzos en blanco. Me detengo brevemente ante ellos, preguntándome qué pintan allí, pero también veo una suave rebeca rosa de cachemira colgada en la silla de la sala de estar. Me estremezco, pues sé que es de ella.

Me doy la vuelta hacia la chica.



—¿Dónde está?

Me lanza una mirada gélida mientras saca el teléfono.

—Estás invadiendo una propiedad privada, y voy a llamar al portero. Él se ocupará de ti.

Le arranco el teléfono de la mano. No es rival para mí, y menos asistiendo como asisto a clases de defensa personal y con la ira ardiendo en mis entrañas.

—¿Dónde está Spider? —digo lentamente—. Dímelo ya o...

Ella respira temblorosa, y, por un momento, veo el miedo en su rostro, pero luego parece recuperarse, su resolución se fortalece mientras pasa junto a mí para impedir que avance más hacia el interior del apartamento.

Cuando clavo los ojos en el dormitorio, el corazón se me hunde en el pecho.

Ella se pone rígida.

—Está en la ducha. ¿Contenta?

Mis ojos vuelven a la habitación y el silencio ensordecedor me permite escuchar el agua corriendo. Un segundo después, se detiene.

—Ahora tienes que irte —dice, moviendo las manos como si fuera una mosca cojonera que quisiera echar del apartamento.

—Oye, Mila —la voz de Spider llega desde el dormitorio—, todavía no he abierto las bolsas de la tintorería. Sé buena y tráeme unos *baxers*, ¿quieres? Por fa... —Se ríe, y el sonido flota hasta donde estamos.

Me siento extraña, como si no estuviera realmente en la habitación, sino viendo una película en la que la chica se da cuenta de que el héroe realmente es un imbécil. Ya no puedo ignorar la verdad.

Todavía lo amo..., con todas mis fuerzas.

No sé cómo es posible, pero esta vez duele más. Me golpea el corazón con más fuerza, con un poco más de intensidad. Me froto el pecho, sintiéndome enferma. Me parece que estoy a punto de vomitar.

«Hemos hecho el amor».

«Me ha dicho que soy suya».

No..., solo ha sido un polvo más para él...

Los leopardos no cambian sus manchas. El comportamiento en el pasado es la mejor manera de predecir el futuro.

No puedo evitar amarlo, pero si algo sé que es verdad es que no merezco este tipo de amor.

La chica de rosa se vuelve hacia mí. Ha hablado por teléfono con alguien.

—He llamado al portero, ya está subiendo.

Sin otra palabra más, salgo a trompicones por la puerta, que ella ha abierto del todo para mí, y luego la cierra de golpe.

Cansada, recorro los pocos metros que me separan de mi propio hogar. Mi bravuconería ha desaparecido, mi espíritu se ha quebrado. Abro la puerta y entro.

SPIDER

Al día siguiente, alrededor de las once, llamo a la puerta de Rose, pero no me responde nadie. El concierto es esta noche y tengo muchos flecos pendientes, pero tengo ganas de ver su cara. Me pregunto si podrá venir a vernos desde detrás del escenario. También quiero hablarle sobre la exposición y, tal vez, presentarle al resto del grupo.

Me siento preocupado mientras llamo a la puerta con los nudillos.

Ayer por la noche también llamé a la puerta después de que Mila trajera la ropa de la tintorería, pero fue Oscar quien respondió, y me dijo que Rose estaba enferma y no quería verme. Quise abrirme paso a la fuerza y llegar hasta ella, en especial porque Rose no había respondido a ninguno de los mensajes de texto que le había enviado, pero la cara preocupada de Oscar me hizo detenerme. Estaba seguro de que había pasado algo, pero no sabía qué. Me sentí preocupado por Trenton y lo que podía haber ocurrido entre ellos. Decidí dejarle a Rose algo de espacio, así que me relajé y volví a mi casa.

No fue hasta esta mañana en la ducha, cuando estaba pensando en la noche pasada, sobre todo en lo que me había contado Mila de la chica que apareció borracha en mi piso, que todo hizo clic. Mila me había mencionado que la joven le resultaba familiar pero que no había logrado situarla. Asumió que era una de las *groupies* incondicionales del grupo que seguían a los Vital Rejects de ciudad en ciudad, tratando de encontrar la forma de llegar a nuestras habitaciones u hogares. Una vez, en Los Ángeles, una chica se escondió en mi coche y durmió allí; la sorprendí cuando me senté detrás del volante al día siguiente para ir al estudio.

Pero...

«¿Y si esta joven hubiera sido Rose?».

Porque no le he dicho a Mila que vivía al lado, y si Mila le hubiera abierto la puerta a Rose antes de que yo tuviera oportunidad de explicarle lo que había ocurrido en Dallas en realidad...

Con un nudo en el estómago, vuelvo a llamar a su puerta de nuevo, esta vez con más fuerza. Solo me responde el silencio.

Saco el móvil y le escribo un mensaje rápido.

*«¿Estás en casa? ¿Te sientes mejor?».*

Agitado, me apoyo en la pared del pasillo a esperar su respuesta, pero no recibo ninguna. Me paso la mano por el pelo antes de ponerme a pasear por el pasillo, preguntándome qué hacer a continuación. El tema de la chica que apareció en mi puerta me está mosqueando de verdad... Me parece siniestro, y quiero dejar de preocuparme por ello.

Tengo que saber si fue Rose.

Le mando otro mensaje.

*«¿Anoche viniste a mi apartamento?».*

*«Sí. Y la vi».*

La respuesta ha sido inmediata.

«Joder...».

El miedo se me acumula en las entrañas mientras me imagino la escena tal y como ha podido percibirla Rose. La cosa no pinta bien.

*«No es lo que estás pensando. Puedo explicártelo, pero no a través de un mensaje de texto. Abre la puerta».*

*«Estoy en la biblioteca. Voy a apagar el teléfono. Adiós».*

Golpeo la pared con la mano y me alejo, frustrado. No sé qué puede estar pasando por su cabeza. ¿Está enfadada? ¿Va a dejar que se lo explique todo? ¡Mierda!

Tal vez debería ir a la biblioteca a buscarla. Supongo que al mencionar la biblioteca se refiere a la de la universidad de Nueva York, pero no estoy seguro. Podría ser cualquiera. Ansioso y lleno de nervios, decido que seguir aquí no me está ayudando nada, así que me yergo y voy a hacer los recados.

La primera parada es en la galería de arte del Soho donde se va a inaugurar la exposición dentro de unos días. Es un evento al que solo se puede asistir por invitación, y en el que varios músicos exhibiremos nuestro trabajo. He estado concentrándome en mi arte varios meses, y me siento ansioso al ver que está a punto de hacerse público.

Entro y Jenny, la galerista, me recibe con una gran sonrisa. Es una rubia con una risa contagiosa. Me da la mano con entusiasmo.

—¿Quieres echar un vistazo para ver cómo ha quedado todo?

Niego con la cabeza.

—Solo he venido para recoger algunas invitaciones más para la inauguración. Pensaba que mi padre y su esposa no iban a poder venir, pero han conseguido encajarlo todo. También necesito una para una chica.

O al menos eso espero...

Mi padre me llamó ayer para decirme que iban a poder asistir al evento. No lo sabían con certeza porque Anne se rompió la pierna esquiando hace unas semanas, y no sabía si estaría bien para poder viajar. Por suerte, lo está, y me alegro de ello. Anne se esfuerza para tolerarme cuando estamos juntos, y, a decir verdad, me parece bien.

Es con mi padre con quien quiero tener una relación sólida.

Le he contado que he estado viendo a Rose, y me ha deseado lo mejor.

Cojo las invitaciones que me tiende Jenny y me voy. Con la inquietud que siento por Rose todavía en el cuerpo, me subo al coche para dirigirme al lugar donde se organiza el espectáculo. Le escribo a Rose un mensaje más.

*«¿Puedo verte esta noche después del concierto?».*

No recibo respuesta.

ROSE

Después de leerme el mensaje de texto de Spider, he guardado el móvil. Aunque le he dicho que iba a apagarlo, no lo he hecho. Se trata más bien de que no puedo hablar con él en este momento.

Cierro los ojos y recuesto la cabeza contra la pared de la biblioteca donde me estoy escondiendo, aunque la excusa para estar aquí es que estoy haciendo un trabajo de investigación para una de las clases.

Saco el Gatorade con sabor a cereza que Oscar me he metido en la mochila esta mañana y lo tomo con unas galletitas saladas: un almuerzo que se supone que es para campeones.

Después de obligarme a anotar algunos datos más en el portátil, lo recojo todo y me voy a recibir la clase de *krav magá* a la que asisto todos los fines de semana en un pequeño gimnasio en Brewster Street. En cuanto me mudé a Nueva York me inscribí en un curso similar al que estaba recibiendo en Dallas. Es una disciplina que ayuda a convertir los instintos viscerales en movimientos eficientes, y mi instructor es uno de los mejores de la ciudad.

Después de una agotadora lección en la que mi contrincante me lanza al tatami más veces de las que considero necesarias —aunque mi cuerpo acepta de buen grado ese dolor—, me ducho allí y me pongo los pantalones negros y la blusa blanca de botones con el cuello de encaje que son el uniforme de Bono's. Me seco el cabello y me hago un moño. El único maquillaje que me aplico es un lápiz labial rojo intenso y algo de máscara de pestañas.

Esta noche tengo el turno de la cena. Como es fin de semana, todo está que arde, y me alegro, porque así no tendré tiempo para pensar en Spider.

Cuando atravieso la puerta, recibo otro mensaje de Anne. Me envió uno anoche comunicándome que vendrían a Nueva York, y no he llegado a contestarle. Escribo la respuesta y le pregunto por sus planes, deseando saber si verá a Bella. Me dice que este desplazamiento lo harán sin la niña, y que se alojarán en el ático, dado que los pintores han terminado ya. Me invita a cenar con ellos el domingo por la noche y le digo que sí, ya que no tengo que trabajar.

Su siguiente mensaje me deja sorprendida.

*«Asistiremos a la inauguración de la exposición de Spider el lunes. ¿Vas a ir?».*

¿Exposición de Spider? ¿A qué se refiere?

No sé bien cómo responderle.

Se dirige a mí uno de los jefes, y sé que ha llegado el momento de ponerme a trabajar. Tengo ganas de saber más de esa exposición, pero no quiero que me despidan, así que guardo el teléfono.

A las nueve, cuando ya ha pasado lo peor, estoy llevando los entrantes a una mesa de cuatro comensales en el momento en el que escucho una voz familiar a mi espalda.

—Imagino que ha sido un largo camino desde el *diner* de Jo a Manhattan. Sin embargo, sigues

siendo camarera. Qué... pintoresco...

Me doy la vuelta con los dientes apretados y veo a Aria, Trenton y Garrett, a los que la *maître* ha sentado en la zona que me toca atender. La chica me lanza una mirada de disculpa después de oír el comentario de Aria.

—Esta gente quiere estar en tu sección.

Suspiro.

—Excelente.

Trenton me da un fuerte abrazo.

—Estamos de celebración. Lo he entregado todo a tiempo, y el cliente me está recomendando a algunos de sus amigos.

Parpadeo, recordando de repente que se suponía que debía haber ido ayer a su casa para hablar.

No menciona que no he respondido a sus mensajes de texto, probablemente porque están delante Aria y Garrett.

—¡Genial! Felicidades. —Aunque intento mostrar emoción, mi voz es plana.

Aria entrecierra los ojos, mirándome.

—Y, por supuesto, recuerdas a Garrett, mi prometido. —Enfatiza la última palabra.

Concentro en él mi mirada, diciéndole «¡Que te jodan!» con los ojos.

Garrett ha perdido pelo de la parte superior de la cabeza, y parece amargado y un poco hosco mientras me mira con los hombros en tensión. Una leve mueca curva sus labios antes de desaparecer, en un abrir y cerrar de ojos, una pequeña expresión, de esas que las personas hacen cuando quieren ocultar cómo se sienten de verdad. La mayoría de las veces son completamente involuntarias. Es como cuando entras en la casa de alguien y te huele a pis: no puedes ocultar una breve mueca de disgusto.

Suelto el aire y miro a Trenton. Hoy no es el mejor día para que esos tres estén aquí, me duele mucho la cabeza...

—No pienso ser vuestra camarera —afirmo.

—Eso es pura negligencia —murmura Aria—. ¿No ganas dinero con las propinas?

—No quiero tu dinero. —Me enfrento a Trenton, cada vez más cabreada—. Los has traído aquí sin siquiera preguntarme.

Arruga la nariz como si no le gustara mi tono.

—Son familiares míos. Y solo vamos a celebrar mi éxito...

—No. —Levanto una mano—. Esto se trata de ti y de mí.

Debe de leer algo en mi cara, porque me coge por el codo y me aleja de Aria y Garrett hasta que estamos a unos metros de distancia, cerca de la puerta principal.

—¿Qué te pasa, Rose? —Su voz suena entre irritada y sorprendida.

Por lo general, soy una persona de trato fácil y cedo a lo que él quiere.

La tensión flota en el aire, y sé que este es el momento de la verdad, que tengo que ser fiel a mí misma a pesar de que no lo he sido durante mucho tiempo. Miro a Trenton: mi instinto me dice que ya no puedo seguir con él así, contenta con una relación pero sin llegar a ser feliz. No entiende quién soy y lo que necesito.

—No podemos seguir viéndonos.

Pone cara de estupefacción.

—No me lo puedo creer. ¿Qué he hecho mal?

—Nada. No eres tú. Es solo que... esto va mal desde hace un tiempo.

Suspira.

—Nos veríamos más si te mudases conmigo y dejases de trabajar...

—No soy adecuada para ti —le digo, interrumpiéndolo.

Me mira con intensidad.

—¿De qué va esto realmente?

Aprieto los labios.

—¿Se trata de Spider? —añade—. Puede que estuviera borracho la noche que os vi a los dos juntos, pero tendría que ser idiota para no darme cuenta de que te desea.

«Éramos pocos...».

Aprieto los puños con fuerza.

—Esta semana me he acostado con él. —Mejor quitar la tirita de golpe para que todo vaya más rápido.

Se pone blanco, y noto que le palpita un músculo en la mandíbula. Hinchaba el pecho para coger aire.

Asiento con la cabeza.

—Lamento hacerte daño. De verdad. Hace mucho tiempo que lo nuestro no funciona...

Ahora está enfadado, tiene el cuello y la cara rojos. Es la reacción más intensa que le he visto en mucho tiempo.

—Todo el mundo sabe que se droga, Rose. Nunca te será fiel.

Sus últimas palabras me destrozan, porque podrían ser ciertas. Pero no puedo pensar en eso ahora, y me concentro en decirle la verdad.

—Lo amo más que a nada. —«Más que a ti».

La emoción le cruza la cara y niega con la cabeza. Aprieta las manos, y noto que está luchando contra sus sentimientos, decidiendo qué decirme. Me preparo para que arremeta contra mí. No me decepciona, y las palabras que usa solo prueban que él y yo nunca hemos estado destinados a permanecer juntos.

—Debería haber escuchado a mis amigos. Solo eres basura, Rose.

Luego se da vuelta y vuelve al lugar donde Aria y Garrett le esperan. Los observo mientras él les dice algo, y todos se giran para mirarme. Sin una palabra más, recogen las cosas de la mesa donde les ha sentado la *mâitre* y salen por la puerta.

Cuando acaba mi turno, estoy exhausta. Es casi medianoche, y lo único que quiero hacer es meterme en la cama.

Mientras voy de camino a casa, Oscar me envía un mensaje de texto diciéndome que pasará la noche de nuevo con Axe, pero que estará en casa por la mañana para preparar el desayuno del domingo. Aprovecho que me responde rápido para decirle que invite también a Axe. Me alegra que al menos a uno de nosotros le vaya bien en el amor.

—¡Sujeta la puerta del ascensor! —grita Spider, justo antes de que se cierre.

Lo hago sin pensar, y él entra. Intento ignorar su aroma masculino y la forma en que la camiseta se ciñe a su amplio pecho. Tiene el pelo húmedo como si se lo hubiera lavado hace poco, así que supongo que ya ha terminado el concierto y que ha pasado por la ducha. Cuando se detiene a mi lado, sé que debería alejarme, pero soy débil y quiero estar lo más cerca posible de él.

—Apenas podía concentrarme en el concierto. ¿Estás bien? —Sus ojos buscan los míos, luego bajan para estudiar mi uniforme de camarera.

Ignoro su pregunta.

—He estado en el trabajo... y he roto con Trenton.

Percibo el alivio que cruza su rostro.

—Gracias a Dios... —Me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja—. ¿Anoche estabas enferma de verdad o ha sido todo por Mila? Deja que te explique lo que...

Me tenso, y aprieto los dientes antes de interrumpirlo.

—¿Mila es la chica que estaba en tu casa el día que te marchaste de Dallas?

Mueve la cabeza en un breve gesto de asentimiento.

—Es la relaciones públicas del grupo, y la conozco desde hace años. No es...

—Te vi con ella ayer en el bar de enfrente. —Lo corto con palabras afiladas—. Más tarde, llamé a la puerta del apartamento, y respondió ella..., mientras tú te duchabas.

Suelta un suspiro.

—Rose, escúchame. Nunca me he acostado con ella. Ese día en Dallas estábamos actuando los dos. La llamé para que me ayudara a organizar esa charada ante ti, quería asegurarme de que no arruinaras tu vida y que no se te ocurriera seguirme a Los Ángeles. Odié cada segundo, ese día no quería marcharme, pero tenía que hacerlo. —Hace una pausa; su expresión es ansiosa mientras me estudia la cara, observando mi reacción—. Te lo habría dicho antes, pero... todo ha sido una locura y no hemos tenido tiempo.

Sé que dice la verdad, pero...

—Parecéis muy amigos. ¿Mantuviste una relación con ella mientras estabas en Los Ángeles?

—Nunca me he acostado con Mila. —Me suplica con los ojos que lo entienda, y una parte de mí lo hace. La usó para hacerme aceptar lo que no hubiera creído de otra manera.

—Es una amiga, y también compañera de trabajo, Rose. Y ayer por la noche vino a traerme lo que dejé en la tintorería. Nada más. No siento nada por ella. Nunca lo he sentido. Solo por ti. Para mí solo importas tú.

Me ablando con sus palabras, pero las lágrimas me hacen arder los ojos al recordar aquel día en Dallas.

—Sé que pensabas que yo era demasiado joven y que tú estabas demasiado jodido, pero me habría ido al fin del mundo contigo.

Parece torturado.

—No estaba listo todavía.

—¿Y ahora estás preparado?

Asiente con la cabeza.

—Sí.

Pero noto una expresión incierta en su cara, como si no estuviera seguro..., y eso me da miedo. No sé dónde ha ido su cabeza. En qué está pensando...

Necesito más compromiso por su parte.

Necesito las palabras.

—¿Me amas?

Veo reflejada en sus rasgos la lucha que mantiene internamente, y él solo me mira.

De repente lo entiendo todo con claridad. Spider siempre ha perdido a la gente que quería, pero ha llegado el momento de que descubra que no lo voy a dejar.

Me muerdo el labio inferior antes de abrirle mi corazón.

—Dices que soy tuya, pero lo único que veo es un chico que me quiere bajo sus condiciones. Apareces de repente y esperas que caiga en tus brazos. Deberías haberme hablado de Mila cuando volviste a verme. Podrías habérmelo contado todo la noche de la tormenta. Y hoy tendrías que haber buscado la manera de encontrarme para explicármelo, pero no lo has hecho. Tu vacilación y falta de



compromiso me aterrorizan. Tienes miedo de lo intenso que es lo que hay entre nosotros. —Me quedo callada un rato—. Necesito más, Spider. Quiero algo épico. Quiero que alguien me ame con la misma intensidad que yo a él. —Respiro hondo—. Y hasta que no me correspondas de igual forma, no puedo estar contigo.

Suelta el aire mientras me mira, con los ojos ardiendo de emoción.

La puerta del ascensor se abre y salimos. Me contempla mientras busco las llaves en el bolso. Por fin las encuentro y abro la puerta.

Me giro para observarlo, con el corazón dolorido.

Sigue en el mismo lugar cuando cierro la puerta.

Me apoyo contra la hoja de madera y dejo de reprimir las lágrimas que he mantenido a raya todo el día.

ROSE

Al día siguiente, voy con Oscar a cenar al ático de Robert y Anne. Oscar no ha coincidido mucho con ellos estos últimos años, solo cuando venían a Nueva York para una visita rápida.

—¿Qué tal estoy? —pregunta con aire ansioso mientras se arregla la corbata púrpura de Tom Ford ante las pesadas puertas de color crema que dan acceso al ático.

—Increíble —replico a punto de llamar.

Se aclara la garganta con una expresión extraña en su cara. Está demasiado nervioso para asistir a una simple cena, y frunzo el ceño al leer su lenguaje corporal.

—¿Qué pasa? ¿Me estás ocultando algo?

Suelta el aire que contiene, y deja caer los hombros mientras se da la vuelta para mirarme.

—Tengo que decirte algo. Quizá debería habértelo dicho hace mucho tiempo, pero preferí callarme.

—Vale, pero me estás asustando un poco. ¿En realidad eres heterosexual?

Resopla y hace un gesto señalando su traje gris pálido con unos pantalones ajustados y llenos de arrugas que ha combinado con calcetines amarillos.

—¿Es que eso no lo dice ya mi ropa?

—No.

—Vale... —Se peina el cabello.

—Suéltalo. Me estás ocultando secretos. ¿Te vas a casar con Axe?

Suspira.

—Ya me gustaría. No, Robert me pidió que no te dijera nada, pero ¿recuerdas que te dije que conseguí una beca de última hora para estudiar en la universidad de Nueva York? ¿Que fue así como pude venir aquí?

Asiento con la cabeza.

—Sí, siempre me has dicho que te dieron una beca para niños desfavorecidos-e-inteligentes-que-también-podían-ser-gais. Recuerdo que tu carta llegó en el último momento, y que estaba muy preocupada por ti.

Oscar hace una mueca.

—Mi carta no llegó tarde. La recibí a tiempo y me negaron la beca. Pero no podía decírtelo porque sabía las ganas que tenías de que los dos viniéramos a Nueva York.

«Oh...».

—Bueno, entonces, ¿cómo conseguiste el dinero?

Oscar me mira.

—Robert..., o Spider..., no sé con seguridad cuál de ellos..., lo pagó todo.

Abro la boca, pero la cierro con rapidez al tiempo que niego con la cabeza.

—Deja de bromear. ¿Qué fue lo que pasó?

Suspira.

—Hace cuatro años, un día después de la Spring Fling, recibí una llamada de Spider. Me dijo que quería que te cuidara.

Lo miro en estado de *shock*.

—¡No puedo creer que no me lo hayas dicho! ¡Sabes cuánto hubiera querido saberlo!

—Ya estabas con Trenton, y sinceramente, no quería que te pusieras triste o que te fueras y trataras de verlo en Los Ángeles. —Me mira fijamente.

Asiento con la cabeza, recordando lo deprimida que estuve. Podría haber ido a Los Ángeles. No lo sé.

—A lo que iba: me hizo algunas preguntas; quería saber si iba a estudiar en la universidad de Nueva York contigo, y le conté toda la historia..., que me habían aceptado, pero que no me habían concedido la beca. Que eso era todo.

—Entonces, ¿qué pasó?

Mueve la cabeza.

—Unos días después, apareció Robert en mi casa para que firmara los documentos en los que decía que una fundación iba a pagarme toda la carrera. Lo único que tenía que hacer era ponerme en contacto con la fundación cada semestre con las facturas de mis gastos, y se harían cargo de todo. La dirección de la fundación estaba en Los Ángeles. Por eso creo que fue cosa de Spider.

Se me ha acelerado el corazón, y mi cabeza trata de asimilar toda esta información.

—¿Por qué Robert no quería que lo supiera?

Se encoge de hombros.

—No lo sé. Quizás no quería que investigaras más a fondo y te fueras a Los Ángeles. Me pidió que no te lo contara, y fue muy amable al respecto; yo me sentía muy agradecido de tener la oportunidad de vivir nuestro sueño, así que lo dejé pasar. Fue mucho dinero, Rose.

La puerta se abre en ese momento, interrumpiendo la conversación.

Robert y Anne nos abrazan en la puerta, pero yo sigo tambaleándome. Me da vueltas la cabeza. No estoy segura de poder quedarme. No sé si voy a poder comer algo..., pero entro en el ático porque una parte de mí tiene la esperanza de que Spider también se presente. Quiero verlo, incluso aunque no estemos juntos. Eso es todo.

Anne mira el vestido rojo que llevo, muy escotado y ceñido a las caderas, y respira hondo.

—Me gustan los vestidos ajustados, así que no me digas nada —le advierto con una sonrisa, suavizando mis palabras.

Asiente y engancha su brazo con el mío para llevarme al comedor. Cuando veo que hay otro lugar frente a mí, me da un vuelco el corazón.

—¿Va a venir Spider?

—Lo hemos invitado, pero lamenta... —me explica Robert; su tono es inquisitivo y no pierde detalle de mi expresión mientras me mira— no poder asistir...

—Ah... —Me aclaro la garganta; tengo que preguntar, necesito saber qué demonios está pasando —. Oscar me acaba de decir que... Spider... le ha pagado la carrera. ¿Tengo que enterarme de algo más?

Robert mira a Anne, y tras lo que parece alguna especie de comunicación silenciosa, ella asiente con la cabeza.

—Sí —responde—. ¿Por qué no vienes conmigo al estudio y hablamos de esto antes de la cena?

Me levanto en silencio.

Por fin voy a obtener algunas respuestas.

SPIDER

«Dios, sigo queriendo beber whisky!».

Pero imagino que si lo hiciera no podría correr diez kilómetros como he hecho ahora.

Acelero el paso, trotando por un sendero de Central Park, pero cuanto más intento mantener la concentración, controlar el ritmo de mi respiración, más perdido y desequilibrado me siento.

No tengo a Rose.

Nada está bien...

Mi teléfono ha estado sonando durante veinte minutos, y por fin me detengo en el puente de piedra que da al parque para sacarlo de mi bolsillo y responder.

Es mi padre.

—Hola... —Respiro con fuerza contra el teléfono mientras me siento en un banco cercano—. ¿Habéis recibido las invitaciones para la inauguración?

—Spider... —Su voz es tranquila pero firme al mismo tiempo—. Tengo malas noticias.

La cabeza me da vueltas, no sé qué pensar.

—¿Se trata de Rose?

—No, no. Pero no podemos asistir a la inauguración esta noche. Bella está enferma, con fiebre alta, y queremos volver a Dallas. Anne y yo tomaremos un vuelo dentro unas horas. Solo quería que lo supieras. Odio perdérmela, hijo. Quería que lo supieras.

—¿Puedo hacer algo por vosotros?

Se ríe por lo bajo.

—No, a menos que quieras acunar a una niña llorona durante unas horas.

Suelto una carcajada. Cuando me callo, suelta un suspiro.

—¿Hay algo más?

Lo imagino asintiendo severamente con la cabeza.

—Rose me preguntó anoche. Le he contado todo.

Ahora me toca a mí suspirar. Me paseo de un lado para otro por el pequeño camino, con el teléfono pegado a la oreja, pensativo.

—¿Qué ha dicho?

—Casi nada...

—Ah... —La decepción se apodera de mí.

«Qué esperaba...».

—Lo siento, hijo. Espero que todo se arregle.

ROSE

Estoy nerviosa al pensar que voy a estar en la inauguración de la exposición de Spider en la galería de arte. Oscar me acompaña con una expresión sombría y contemplativa en la cara; supongo que todavía está reflexionando sobre la conversación que mantuvimos anoche con Robert.

Pienso en la carpeta que me entregó, en la que ha guardado todos los recibos de los gastos que Oscar y yo hemos tenido a lo largo de nuestra estancia en Nueva York, y el costo total asciende a más de cuatrocientos mil dólares, que han sido abonados en plazos en los cuatro últimos años, a medida que Spider alcanzaba el éxito. Robert incluso me ha contado que Spider negoció que debían dejarme ir a estudiar en Nueva York como parte del trato para renunciar a mí. Y quería pagarlo él... Era algo que quería hacer por mí.

Me había dejado estupefacta que Robert le regalara medio millón de dólares para que se fuera, y que luego él se hubiera gastado la mayor parte de ese dinero en Oscar y en mí.

Además, en la carpeta había una invitación muy bien diseñada con la dirección de una galería de arte en el Soho.

He venido esta noche para preguntarle por qué.

Por qué hizo... todo eso.

La primera persona a la que veo es a Mila.

Nuestros ojos se encuentran desde extremos opuestos de la habitación, y ella se tambalea. Palidece antes de dejar la bebida en la bandeja del camarero que pasa junto a ella, y atraviesa la multitud para llegar hasta nosotros.

Me pongo rígida y tenso la espalda.

Oscar me mira de reojo.

—¿Zorra a la vista?

—Ya veremos —murmuro.

—Joder. Debería haber traído los nudillos metálicos. —Enlaza el brazo con el mío—. Estamos juntos, niña. Es posible que tú y yo seamos basura blanca de Texas, pero no nos ha ido tan mal... Por cierto —añade—. Me alegra que te hayas puesto el vestido blanco, te hace parecer una novia. Por otro lado, la visión que se aproxima vestida de rosa es un algo difícil de tolerar durante demasiado tiempo.

—Me recuerda una bola de algodón de azúcar, ¿no crees? —Miro a Oscar con una mueca—. Tal vez venir no ha sido una buena idea.

Él niega con la cabeza.

—No, debes escucharla. Has dado un gran paso al venir. Estamos aquí, y hay champán y marisco gratis. Un hombre tiene que comer.

La visión del vestido rosa decorado con un millón de lentejuelas se detiene justo delante de nosotros. Tengo que entrecerrar los ojos para que no me dañe las córneas.

—Así que tú eres Rose —me dice, mirándome atentamente, como si yo fuera un perro rabioso que

estuviera a punto de atacarla—. Estaba tan nerviosa en Dallas que apenas te miré. También eres diferente a los bocetos que ha hecho de ti..., aunque esta noche es la primera vez que los veo bien.

«¿Qué bocetos?».

Mila sigue hablando como si nada.

—Soy un poco idiota. No tenía idea de quién eras cuando te presentaste ante la puerta de Spider. Pensé que eras una *groupie* borracha.

—¿Eso habría supuesto alguna diferencia en cómo me trataste?

Una expresión de horror atraviesa su cara.

—¡Por supuesto! Eres... eres... su Rose.

Mila me toca el brazo, aunque de forma tentativa.

—Mira, ya no estoy interesada en él. Si lo estuviera, Spider y yo no podríamos trabajar juntos. —Me observa con los ojos muy abiertos y una mirada firme—. Lamento mucho haber pensado que eras una *groupie* acosadora.

Las personas que mienten tienden a mirar hacia arriba y hacia la izquierda.

Así que ella dice la verdad, y yo la creo.

Mientras nos miramos la una a la otra, me acuerdo del momento en que la vi besando a Spider, hace tantos años, y el dolor debe de asomar a mis ojos, porque me empuja hacia la entrada de la sala de exposición de la galería, por donde los invitados entran y salen.

—Mira, entra y observa los cuadros. No creo que te arrepientas. Si aún tienes preguntas después, las responderé, pero no creo que te quede ninguna duda.

Oscar y yo nos alejamos para entrar en la estancia y una azafata nos entrega el programa con información sobre la exposición. La sala es alta, con techo abovedado, tragaluces espaciosos y paredes blancas. El protagonista principal es el arte.

Los invitados se mueven por todas partes, y reconozco a algunos...

—Santa María madre de Dios, ¿es Sting quien está en la esquina? —me sisea Oscar al oído.

Echo un vistazo al lugar donde ha clavado los ojos, en el fondo de la habitación.

—Sin duda se parece a él. Deberías ir a comprobarlo. Voy a recorrer la sala, quiero ver los cuadros. ¿Nos reunimos en el otro lado?

Me acaricia la mano.

—¿Estás segura?

Asiento; quiero estar sola.

Cuando llego a la zona de la galería donde expone Spider, veo de inmediato que los cuadros están hechos al carboncillo, como los de su hermana. Voy de uno a otro, y me doy cuenta al instante de que la muestra está organizada como un viaje autobiográfico. Hay un dibujo de Cate jugando en la nieve en el jardín de la casa donde pasaron la infancia. La estudio atentamente, percibiendo los trazos audaces y la sensación de modernidad. Sonríe. Sin duda, Spider posee un talento increíble.

¿Hay algo que no sea capaz de hacer?

Jadeo cuando llego a uno dibujo de mí..., en el que estoy sirviendo mesas en el *diner* de Jo's; llevo el pelo recogido en una trenza, y tengo puesto ese horrible polo. Es un esbozo de perfil, y se aprecian mis labios llenos y exuberantes mientras me muerdo el inferior. Ofrezco una imagen... hermosa y dolorosamente joven.

Se me acelera el corazón.

Los siguientes tres dibujos son todos míos.

En uno aparezco con una copia de *Jane Eyre* en la mano.

En otro estoy de espaldas, desnuda y con la cara oculta; el motivo central de la pintura es el tatuaje

de la mariposa con el número de su móvil dentro de las alas.

Finalmente, hay uno más delante del edificio donde está el ático que habitaba en Dallas; estoy sentada en un banco del parque, tengo la cara girada hacia arriba, como si lo estuviera buscando, y llevo puesto el uniforme escolar.

Aprieto el *clutch* de abalorios cuando me embarga la emoción e, instintivamente, sigo adelante, pues necesito ver cómo termina la muestra.

Los siguientes dibujos pasan borrosos por mi mente, aunque estudio cada uno de ellos; en todos se puede percibir una representación de sí mismo.

Spider haciendo una raya en un pequeño espejo de mano.

Su cabeza apoyada en una mesa con una botella de whisky al lado.

Son momentos crudos y reveladores...

Lucho por reprimir mis sentimientos. No puedo estallar aquí, y menos cuando no se trata en realidad de mí, sino de él.

Al final de la exposición hay otro autorretrato de Spider mirándose al espejo, con la guitarra atada a la espalda. Se pasa la mano por el pelo y su rostro aparece afilado y muy delgado, pero tiene una mirada clara y limpia. Se titula *Recuperación*.

Me seco los ojos como puedo y voy al cuarto de baño que hay a un lado, evitando a todo el mundo. Me quedo quieta frente al lavabo y me limpio la cara; una vez que me vuelvo a aplicar la máscara de pestañas, me lavo las manos, aunque todavía me están temblando, y no sé si perderé el control.

Tengo que ver a Spider... Tengo que decirle que no me importa que no pueda pronunciar las palabras, que quiero estar con él de todos modos.

Estoy tan concentrada en mis pensamientos que ni siquiera me entero de que me ha seguido al cuarto de baño hasta que levanto la cabeza para coger un pañuelo.

—Rose...

Me doy vuelta para mirarlo, y, al verlo, contengo el aliento.

Le quedan increíblemente bien los pantalones negros con el suéter gris. Lleva un brazalete de cuero en la muñeca y un collar de plata alrededor de su cuello que contrasta con su piel bronceada y con los reflejos en su cabello oscuro. Pero son sus ojos lo que más me llama la atención.

Leo necesidad en ellos.

—¿Me has pagado los gastos de la universidad? ¿Y los de Oscar? —No sé por qué son esas las primeras palabras que salen de mi boca en vez de un elogio a sus cuadros, pero desde que Robert me entregó la carpeta, no he podido superar el estado de *shock*.

Asiente brevemente con la cabeza mientras se apoya contra el marco de la puerta y se cruza de brazos.

Muevo la cabeza de un lado a otro mirándolo mientras recuerdo el contenido de la carpeta y todos los detalles que contenía.

—¿Te encargaste de que pudiera asistir a las clases de *krav magá* a pesar de que la lista de espera era ridículamente larga, e incluso llamaste al dueño de Bono's para que me aceptara cuando solicité el empleo?

Asiente de nuevo con la cabeza.

Trago saliva mientras siento que la emoción me desgarrar por dentro.

—Me preguntaba por qué tenía tan buena suerte desde que llegué Nueva York. —Me muerdo el labio—. ¿Cómo has estado al tanto de lo que yo hacía?

Suelta el aire mientras me escudriña la cara con los ojos, como si estuviera memorizándola.

—Durante un tiempo contraté a alguien para que te vigilara periódicamente... Nada que invadiera

tu intimidad..., solo para asegurarme de que estabas bien. Robert me mantenía informado de las cosas que querías o mencionabas, y yo trataba de que las consiguieras. No fue nada importante.

—¿Por qué no permitiste que Robert me pagara los estudios? Lo hubiera hecho sin problemas.

—Quería hacer algo por ti, Rose. Trabajé para ganarme ese diner50o, y era mío. Quería que fueras feliz y que tu amigo estuviera contigo. —En su rostro se ve reflejada la angustia que está sintiendo—. Te hice mucho daño...

—Pero ¿por qué hacer todo esto? —pregunto, abriendo los brazos.

Él sonríe, aunque con tristeza, como si le doliera esbozar una sonrisa más amplia.

—Creo que sabes por qué.

Asiento con la cabeza.

Su pecho se hincha mientras me recorre con los ojos, y sé lo que ve: una chica que se ha vestido solo para él. Mi vestido es de color blanco impoluto, con la espalda al aire, lo que deja al descubierto claramente el tatuaje, pues me he recogido el pelo en un moño del que caen algunos rizos sueltos. La falda es un trozo de tul muy corto que flota contra mis muslos mientras me muevo sobre los *stiletto*s plateados.

—Estás preciosa...

Sus palabras son como un bálsamo para mi alma.

—Gracias.

Se acerca y me toca la cara con suavidad, como si tuviera miedo de que pudiera desaparecer.

Cierro los ojos.

«¡Dios!».

Lo quiero ser todo para él...

Quiero que se consuma conmigo...

Quiero ser la persona que lo mantenga en el buen camino.

Quiero que no pueda salir de la puta cama a menos que yo esté a su lado.

Quiero que se quede destrozado si me alejo.

Quiero que me quiera para siempre.

Le digo todas esas cosas mientras las lágrimas corren por mis mejillas.

Cuando cae de rodillas ante mí, su expresión parece rota...

—Rose, he estado pensando en lo que dijiste. Siempre ha sido mi intención recuperarte algún día, pero siempre acabo perdiendo a todo el mundo —confiesa en voz baja—. El día que mi padre me dejó en Texas, juré que sería frío, duro y despiadado durante el resto de mi vida. Me juré a mí mismo que nunca dejaría que nadie entrara en mi corazón, pero luego llegaste tú... y lo perdí por completo.

Le toco la mejilla, y gira el cuello para rozarme la mano con los labios.

—No lo admití hasta que estuve en el avión rumbo a Los Ángeles, pero me enamoré de ti en el momento en el que nos besamos. Sin embargo, era un desastre andante, no era el hombre apropiado para ti. Y no podría arrastrarte conmigo. Tenía que ofrecerte una vida real sin mí, debía darte algo para que cuando nos volviéramos a ver supieras que estaba listo para siempre.

—Has sido mi referente eterno desde que tenía once años. —Me arrodillo frente a él.

Respira hondo, y noto que se le humedecen los ojos mientras me dirige una intensa mirada.

—Te amo, Rose, más que nada. Siento no habértelo dicho antes. Si todavía me quieres, si todavía crees que tenemos una oportunidad, entonces aquí estoy.

Mi corazón explota.

—Por supuesto que todavía te quiero. Te amo —susurro—. Quiero que estemos juntos todos los días. Siento haberte dicho que necesitaba oírtelo decir. Lo único que necesitamos es tenernos el uno



al otro...

Cuando me besa para interrumpirme, sus labios se aferran a los míos.

—Para siempre —me dice al oído.

Y así es...

## EPÍLOGO

SPIDER

UNOS AÑOS DESPUÉS...

—Señor, no puede llevar eso en el avión.

Frunzo el ceño al oír a la asistente de tierra que comprueba los billetes. Tiene alrededor de cincuenta años, el cabello rubio en forma de casco y lleva lápiz de labios de color rosa brillante. Normalmente, puedo conseguir que cualquier mujer haga lo que yo quiera con mi sonrisa arrogante y mi elegante acento inglés, pero, sinceramente, no lo intento con las mismas ganas que solía hacerlo.

—Efectivamente, lo sé.

Ella asiente.

La etiqueta dice que se llama Gwendolyn, y sonrío mientras la leo, a pesar de que estoy cansadísimo después de la gira de tres meses a la que acabamos de poner punto final en Nueva York.

—Gwendolyn..., ¿puedo llamarte Gwen?

—No —dice ella con un parpadeo.

No me dejo vencer por el desconcierto. Me inclino y apoyo los brazos en el mostrador, ofreciéndole una buena vista de mis bíceps musculosos bajo la manga corta de la camiseta de Vital Rejects que llevo puesta. Hago ejercicio todos los días, y no me da vergüenza mostrar mis hermosos músculos al mundo.

—Te confieso que no puedo vivir sin Helene, ese es el nombre de mi guitarra. —Miro la funda que tengo a los pies—. Lleva conmigo desde el principio de..., bueno, durante toda mi vida, y me da mala suerte viajar sin ella. Además, estoy tan cansado que, si no tengo mi guitarra cerca..., podría ponerme muy triste.

La mujer me lanza una mirada reprobatoria. Sus ojos se detienen un segundo más en mi pelo recogido, que este mes llevo blanco.

—¿Nos conocemos?

Yo sonrío.

—¿Te gustan las estrellas del rock británicas?

—No especialmente.

—¿Y los hombres guapos con tatuajes? —Giro el cuello para que pueda ver la viuda negra.

Arruga la nariz con desagrado.

—Definitivamente no.

Sonrío.

—¿Y la música melosa con increíbles acordes de guitarra?

Ella aprieta los labios.

—No quiero nada de eso, hace que me duelan los oídos. Me gusta la música de Kenny Rogers y Dolly Parton.

Abro mucho los ojos cuando me quedo paralizado. Dolly me asusta muchísimo. Tal vez sea por el pelo, o tal vez por las tetas, pero es oír su nombre y evocar imágenes en las que ella me espera escondida detrás de una puerta o una cortina de baño con un cuchillo. No sé por qué. No puedo explicar ese miedo que siento; existe y punto.

—¿Necesitas ayuda, nene? —me susurra Rose desde atrás. Está tan cerca que noto su aliento cálido

en la nuca. El simple sonido de su voz me relaja, y me dan ganas de darme la vuelta para besarla, pero tengo que concentrarme. Estoy decidido a ganarme a esta empleada de la compañía aérea.

—No —siseo por lo bajo—. La tengo en el bote...

Ella se ríe. Antes de llegar al mostrador, hicimos una apuesta sobre si podría subir o no a Helene al avión con nosotros. Por lo general, viajamos en primera clase y no hay problema en poner mi preciado instrumento en el armario de los abrigos, pero cuando vas en clase turista, todo es diferente. De acuerdo, podría haberla facturado, pero me molesta no tenerla cerca.

—Señor —interviene Gwendolyn, mirándome despectivamente mientras atisba la cola por encima de mi hombro—, si avanzara, podría atender a la siguiente persona.

Lo intento de nuevo, esbozando una sonrisa brillante al tiempo que arqueo las cejas.

—Por si acaso no lo sabes todavía, soy Spider, de los Vital Rejects. El quinto álbum del grupo fue doble platino.

—Nunca he oído hablar de ese grupo. —Gwendoline arruga la nariz.

«¡Por todos los santos!». Solo yo podía dar con una persona que no conociera la buena música.

Detrás de mí, Rose se ríe, haciéndome recordar el momento en que nos conocimos en un avión hace tantos años.

—¿No vas a intentarlo con una mentira sobre que tu novia te pone los cuernos, o... o tal vez que se te ha muerto el perro?

—Mi novia, también conocida como mi esposa —replico—, nunca me engañaría. Ella está contenta con lo que tiene, ya lo sabes. Es consciente de que su marido es jodidamente increíble.

—¿Ahora también? —ironiza Rose.

—No es ningún secreto que es un compañero excelente, además de un semental en la cama.

—Sí, lo es —murmura ella—. Y lo adoro.

Me invade una profunda satisfacción.

—¿Me amas lo suficiente como para encargarte de convencer a esta vieja cacatúa? No creo que le importen mi apariencia, mis tatuajes ni mi música.

—¿Está hablando solo, señor? —pregunta finalmente la vieja cacatúa, con el ceño fruncido y los ojos pequeños y brillantes. Me ha estado mirando desde que empecé a hablar con Rose sin darme la vuelta. Supongo que lo nuestro es muy raro—. ¿Tengo que llamar a seguridad?

Parpadeo... ¿Seguridad? ¡Mierda! No cabe duda: he perdido la apuesta. Suelto el aire, perturbado porque ya no puedo llevar la guitarra en el avión.

—Déjamela a mí —declara Rose mientras pasa junto a mí; su culo en forma de corazón se balancea como a mí me gusta cuando se pone delante de mí con su vestido negro. Estamos en verano y lleva las piernas desnudas y bronceadas, y se ha recogido el cabello cobrizo en un moño que se ve descuidado y elegante al mismo tiempo. Con una expresión de determinación en la cara, se acerca al mostrador.

Sonrío al ver que se prepara para hacer lo que mejor se le da: interpretar a las personas y saber exactamente cómo utilizar sus reacciones. Sus habilidades son muy útiles como publicista del grupo en los lanzamientos y *tours*; se centra principalmente en las multitudinarias ruedas de prensa con los medios cuando estamos de gira. Mila, que se ha casado recientemente, todavía se encarga de las relaciones públicas en general, pero no viaja con nosotros.

Rose rebusca en el bolso, saca el móvil y le muestra algo a Gwen, que ha cambiado su tono avinagrado y está sonriendo de oreja a oreja.

Espera...

«¿Qué está pasando?».

Me echo hacia delante y veo que Rose está enseñando fotos de Chloe y Connor, nuestros gemelos de un año.

—¡Son adorables! —dice la vieja cacatúa, canturreando ante una foto de ellos dos jugando en Central Park hace solo unos días.

Rose sonríe.

—Lo sé... —Me señala con la cabeza—. Y esa arrogante estrella del rock es su padre.

Gwendolyn me lanza una mirada crítica, pero me parece que ya empieza a ablandarse.

—¿Es bueno?

Sonrío y doy un paso atrás mientras espero la respuesta de Rose. Hemos estado juntos los cuatro últimos años, y cada instante ha sido un sueño hecho realidad. Sí, pasamos por el infierno para resolverlo hace años, pero ahora que estoy limpio, nuestros destinos van de la mano, alineados...

—Es el mejor padre del mundo —murmura con suavidad, llevándose la mano al corazón.

«Buen golpe...», dicen mis ojos.

«He aprendido del mejor...», responden los suyos.

Rose se aclara la garganta y vuelve a concentrarse en Gwendolyn.

—Así que si pudiera encontrar un lugar para su guitarra en un armario o algo así, sería fantástico. Normalmente vamos en primera clase, pero venimos con algunos amigos para que nos acompañen a Londres y hemos decidido ir juntos en turista.

—El avión va lleno, y probablemente el armario ya esté cerrado. —Gwendolyn lo dice pensativa, con cara de duda.

—¡Por fin lo ha hecho! —grita Oscar mientras se apresura para llegar junto a nosotros, empujando a los gemelos en un cochecito doble—. ¡Gracias a Dios que estáis aquí! —Parece nervioso mientras agita un abanico negro. Axe lo sigue, sonriente.

—No se os ha ocurrido mencionar que estos pequeños demonios son asquerosos productores de popó. ¡Oh, Dios mío, están fuera de control! —exclama Oscar, con el rostro pálido, mientras los mira—. Sí, tienen un aspecto angelical... Quiero decir, parece que no tiene sentido...

Lo doy un golpe en el hombro y me río.

—Y solo los has cuidado durante diez minutos, amigo.

—Diez minutos es mucho tiempo cuando no puedes respirar por miedo a tener náuseas.

—¿Es su niñera? —pregunta Gwendolyn a Rose.

Oscar pone los ojos en blanco.

—No, señora. Soy su mejor amigo. Nos vamos juntos a Londres para pasar unos días de vacaciones en su nueva casa en el campo.

Axe levanta una mano.

—Yo soy su prometido —informa a una parpadeante Gwendolyn.

Justo en ese momento, Chloe suelta un grito espeluznante y su rostro empieza a adquirir ese color rojo cuando quiere que la cojan en brazos.

Antes de que pueda hacerlo yo mismo, Rose la alza y la calma, dándole unas palmaditas en el trasero mientras la mueve hacia arriba y hacia abajo. La miro, lleno de emoción. Como si supiera que estoy pensando en ella, los ojos verdes de Rose se apartan de Chloe y se encuentran con los míos. Se produce ese zumbido de conexión que siempre ha estado entre nosotros, esa certeza de que ella y yo somos dos partes de un todo. Suelto un suspiro.

No soy nada sin esto.

Sin ella.

Connor, el más callado de los dos, me mira con sus grandes ojos castaños, y porque tengo ganas de

estrecharlo con fuerza, lo levanto y lo sostengo entre mis brazos.

Gwendolyn se derrite al verlo. No lo he hecho para ganar la apuesta, pero se lleva el teléfono a la oreja y se pone a llamar. Solo unos segundos después, una azafata nos ayuda con el cochecito y la guitarra, y logra encontrar espacio en el armario de los abrigos.

Unos minutos más tarde, Rose y yo estamos sentados uno junto al otro. Ella sostiene a Chloe y yo a Connor. Los asientos de Oscar y Axe están justo detrás de nosotros, y me siento como si estuviera en la cima del mundo.

Es solo un día, una simple jornada diaria, pero son los pequeños momentos los que más significan, los que dan forma al tejido de nuestras vidas.

Pienso en el pasado y en lo difícil que ha sido llegar a este nivel de amor.

He hecho cosas que me destruían a mí mismo y he hecho daño a la gente, y no, no puedo volver atrás y desenredar el nudo que hice, pero el pasado es el pasado, y ahora... tengo un futuro.

Tengo a Rose.

Tengo una familia que me ama.

Me inclino y beso a mi mujer en los labios, como hice hace ocho años, solo que esta vez cada uno tiene a un hijo en el regazo. La miro a los ojos, sonriente, y sé que es mi roca.

—Lo eres todo para mí —le digo con ternura—. Te quiero.

La mirada de Rose brilla, llena de amor y felicidad.

—Entre tú y yo hay un amor épico.

Querida lectora:

¡Muchas gracias por leer *My inglés!* Las reseñas de libros lo significan todo para los autores, y si tienes un momento, te agradecería que me dejaras una crítica sincera y cariñosa. ¡Unas pocas líneas ya significan mucho para mí!

Además, te espero en mi grupo de Facebook: Unicorn Girls, donde adoramos a los unicornios. ¿Qué podría haber mejor?

Besos.

Ilsa Madden-Mills

## AGRADECIMIENTOS

Son muchas las fantásticas personas del mundo *indie* que han hecho posible este viaje. Ten en cuenta que mi gratitud no va en orden descendente, ni mucho menos.

A mi marido, que me ha acompañado en cada paso del camino. Tú y yo, cariño, contra el mundo.

A Lisa N. Paul, gracias por todas las risas y las citas para almorzar que nunca hemos disfrutado en persona, ¡salvo para comer palomitas! Gracias por tus llamadas telefónicas y las visitas en verano. Sobre todo, gracias por ser mi querida amiga y estar disponible todos los días.

A Tia Louise, mi gemela, mi amiga de firmas, gracias por la amistad, los consejos y el ánimo. No puedo imaginar una sirena sin pensar en ti. Sigue nadando...

A Tijan, gracias por saber cuándo necesito apoyo. Te adoro.

A Caitlin (C. Marie): gracias por ser dulce y rápido con los reglones y las copias.

A Jena Camp, de Indie Girl Promotions, y a Lisa N. Paul, gracias por las constructivas notas a pie de página y los comentarios.

A Julie Deaton, Erin Toland y Stacy Nickelson, gracias por corregir y ayudarme a pulir este manuscrito.

A Christine Borgford, de Type A Formatting, por hacer un trabajo maravilloso con el formato.

A Miranda Arnold, de Red Cheeks Reads, mi maravillosa y talentosa AP. ¡HOLA! Soy muy feliz de que hayamos conectado a través de nuestro amor por las cosas malas. Gracias por ser mi emprendedora. ¡Corre hasta el final, cielo!

A las administrativas de Racy Readers: Erin Fisher, Tina Morgan, Elizabeth Thiele, Miranda Arnold, Stacy Nickelson, Heather Wish, Pam Huff y Suzette Salinas. Gracias por vuestro constante apoyo, ideas y amor.

¡A Jenn Watson y las chicas de Social Butterfly PR, sois increíbles! Gracias por cogerme de la mano.

Para mis Unicorn Girls: puede que seáis las últimas de esta lista, pero sois las MEJORES. Me animasteis cuando estaba hundida y me hicisteis reír. Gracias a todas por cada nota y cada comentario que habéis publicado. Gracias por compartir una parte de vosotras en el grupo.

## BIOGRAFÍA DE LA AUTORA

Los libros de Ilsa Madden Mills han aparecido periódicamente en las listas de novelas más vendidas de *The Wall Street Journal*, de *The New York Times* y de *USA Today*. Le gusta que sus heroínas sean fuertes y sus héroes, hombres poderosos y atractivos que muchas veces solo merecen un buen bofetón. Es conocida por sus melodramáticos y divertidos romances del género New Adult que transcurren en el ámbito universitario.

Como exprofesora de inglés y bibliotecaria de un instituto, adora todo lo relativo a *Orgullo y prejuicio*, y el señor Darcy es su protagonista ideal.

Ama los unicornios, el café con espuma y las *Crónicas vampíricas*, así como cualquier libro en el que las mujeres manejen la espada.

En 2018 publicamos su primera novela, *El inglés*, que fue un enorme éxito de crítica y ventas, y en 2019 hemos publicado *El otro inglés* y *May inglés*.



[www.ilsamadenmills.com](http://www.ilsamadenmills.com)



Twitter



Facebook

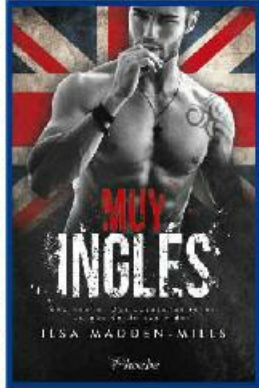


Instagram



## SINOPSIS

### MUY INGLÉS



Se hace llamar Spider y es una estrella del rock inglés.

Cuando le conocí, solo era el tío bueno con cuerpo de infarto y ojos ardientes que el destino sentó a mi lado en el avión.

No sabía quién era...

Primero resultó ser una estrella del rock... Y, más tarde, el hijo de...

Me besó porque pensó que nunca volveríamos a vernos. Pero lo hicimos.

Todo el mundo intentó prevenirme contra él.

Me dijeron que era frío y calculador, un rompecorazones.

Me dijeron que iba a dejarme con el corazón hecho pedazos.

Debí haberles escuchado.

Debí haberme construido una fortaleza para mantenerle lejos de mí.

Pero me derretí.

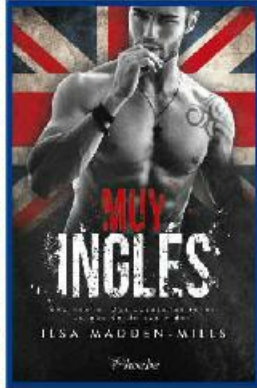
Hay quien dice que hay un hilo irrompible que conecta a aquellos que están destinados a encontrarse. Si eso es cierto, entonces desde el momento en que él se sentó a mi lado quedamos unidos para siempre.

Lo único es que él debió verlo también antes de que fuera demasiado tarde...

Una moderna historia de amor inspirada en *Jane Eyre*.

## SINOPSIS

### MUY INGLÉS



Se hace llamar Spider y es una estrella del rock inglés.

Cuando le conocí, solo era el tío bueno con cuerpo de infarto y ojos ardientes que el destino sentó a mi lado en el avión.

No sabía quién era...

Primero resultó ser una estrella del rock... Y, más tarde, el hijo de...

Me besó porque pensó que nunca volveríamos a vernos. Pero lo hicimos.

Todo el mundo intentó prevenirme contra él.

Me dijeron que era frío y calculador, un rompecorazones.

Me dijeron que iba a dejarme con el corazón hecho pedazos.

Debí haberles escuchado.

Debí haberme construido una fortaleza para mantenerle lejos de mí.

Pero me derretí.

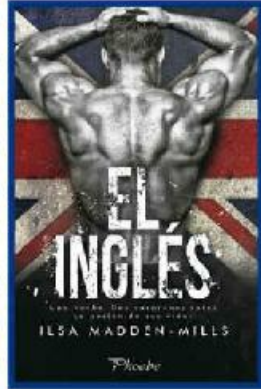
Hay quien dice que hay un hilo irrompible que conecta a aquellos que están destinados a encontrarse. Si eso es cierto, entonces desde el momento en que él se sentó a mi lado quedamos unidos para siempre.

Lo único es que él debió verlo también antes de que fuera demasiado tarde...

Una moderna historia de amor inspirada en *Jane Eyre*.

## OTROS TÍTULOS DE LA AUTORA

### EL INGLÉS



Un luchador con cicatrices.

Una chica con normas.

Una pasión desenfrenada.

Hay tres cosas muy evidentes sobre Elizabeth Bennet: es muy inteligente, siempre mantiene el control y su vida está basada en un conjunto de normas cuidadosamente elaborado. Ha aprendido de la manera más difícil que la gente a la que ama siempre acaba haciéndole daño.

Pero entonces aparece Declan Blay, el nuevo vecino de su bloque de apartamentos.

Declan es británico, experto en artes marciales y el chico malo del campus al que se supone que Elizabeth debe evitar, pero cuando lo conoce en una fiesta universitaria, todas las reglas que ella tiene sobre el sexo y el amor se desvanecen.

Después de pasar una noche de pasión desenfrenada, él anhela algo más: tras la delgada pared que separa sus dormitorios, Declan sueña con que la vulnerable chica de al lado sea suya para siempre.

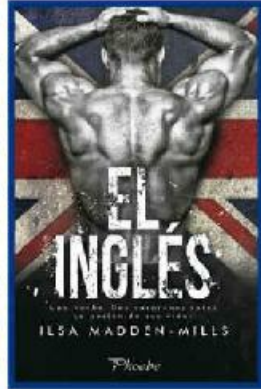
Una moderna historia de amor inspirada en *Orgullo y prejuicio*.

Captura en el código  
los primeros capítulos de  
*El inglés*



## OTROS TÍTULOS DE LA AUTORA

### EL INGLÉS



Un luchador con cicatrices.

Una chica con normas.

Una pasión desenfrenada.

Hay tres cosas muy evidentes sobre Elizabeth Bennet: es muy inteligente, siempre mantiene el control y su vida está basada en un conjunto de normas cuidadosamente elaborado. Ha aprendido de la manera más difícil que la gente a la que ama siempre acaba haciéndole daño.

Pero entonces aparece Declan Blay, el nuevo vecino de su bloque de apartamentos.

Declan es británico, experto en artes marciales y el chico malo del campus al que se supone que Elizabeth debe evitar, pero cuando lo conoce en una fiesta universitaria, todas las reglas que ella tiene sobre el sexo y el amor se desvanecen.

Después de pasar una noche de pasión desenfrenada, él anhela algo más: tras la delgada pared que separa sus dormitorios, Declan sueña con que la vulnerable chica de al lado sea suya para siempre.

Una moderna historia de amor inspirada en *Orgullo y prejuicio*.

Captura en el código  
los primeros capítulos de  
*El inglés*



## OTROS TÍTULOS DE LA AUTORA

### EL OTRO INGLÉS



Un británico ardiente...

Una americana despechada...

Una noche en la que se olvidaron de quiénes eran...

El novio de Remi Montague la deja plantada cuando faltaban dos semanas para la boda, así que, armada con unos *stiletos*, su mejor amiga y una botella de tequila, se sube a un avión rumbo a Londres para ahogar allí sus penas antes de que comience el semestre de otoño en Whitman, la universidad en la que estudia.

No tenía previsto acabar en una fiesta de máscaras ni despertar desnuda al lado de Dax Blay, el chico malo del campus de Whitman, el mismo británico que le había roto el corazón tres años antes. Y, por otra parte, no recuerda cómo han llegado a hacerse unos tatuajes a juego.

Una vez de vuelta, los dos se esfuerzan en borrar aquella pasión desenfrenada de sus mentes y fingir que no han estado juntos en Londres.

Aunque eso es algo muy difícil de conseguir cuando un hombre y una mujer se ven forzados a compartir casa y se sienten tan atraídos el uno por el otro...

Una historia de amor moderna inspirada en *Romeo y Julieta*.

*Spoiler:* Nadie muere en esta novela. ;)

Captura en el código  
los primeros capítulos de  
*El otro inglés*



## OTROS TÍTULOS DE LA AUTORA

### EL OTRO INGLÉS



Un británico ardiente...

Una americana despechada...

Una noche en la que se olvidaron de quiénes eran...

El novio de Remi Montague la deja plantada cuando faltaban dos semanas para la boda, así que, armada con unos *stiletos*, su mejor amiga y una botella de tequila, se sube a un avión rumbo a Londres para ahogar allí sus penas antes de que comience el semestre de otoño en Whitman, la universidad en la que estudia.

No tenía previsto acabar en una fiesta de máscaras ni despertar desnuda al lado de Dax Blay, el chico malo del campus de Whitman, el mismo británico que le había roto el corazón tres años antes. Y, por otra parte, no recuerda cómo han llegado a hacerse unos tatuajes a juego.

Una vez de vuelta, los dos se esfuerzan en borrar aquella pasión desenfrenada de sus mentes y fingir que no han estado juntos en Londres.

Aunque eso es algo muy difícil de conseguir cuando un hombre y una mujer se ven forzados a compartir casa y se sienten tan atraídos el uno por el otro...

Una historia de amor moderna inspirada en *Romeo y Julieta*.

*Spoiler:* Nadie muere en esta novela. :)

Captura en el código  
los primeros capítulos de  
*El otro inglés*

